PROTAGONISTAS DE AMERICA

DIEGO DE ALMAGRO

Manuel Ballesteros

Lectulandia



Nacido posiblemente en Almagro (Ciudad Real) hacia 1472, marchó a América en 1514. Participó en las campañas de Panamá y en 1524 formó con Pizarro y Luque una compañía para la expansión hacia el sur. Pronto las rivalidades personales y los intereses materiales envenenaron la sociedad. En 1535 se le nombró Adelantado de Nueva Toledo, cargo equiparable al que poseía Pizarro, lo que produjo la ruptura entre ambos. Gastó toda su fortuna en una expedición a Chile. Como no obtuvo resultados positivos, regresó al Perú en 1537. Aliado del Inca, rebelado contra Pizarro, ocupó el Cuzco ese mismo año y tomó prisionero al hermano de éste. Sólo quedaba el enfrentamiento, tras la negativa de ambas partes a alcanzar un acuerdo. Derrotado Almagro en la batalla de las Salinas en 1538, fue ejecutado en Cuzco.

Manuel Ballesteros Gaibrois

Diego de Almagro

Protagonistas de América - 15

ePub r1.0
Titivillus 05.12.2021

Título original: *Diego de Almagro*
Manuel Ballesteros Gaibrois, 1987
Ilustración: Gallego
Diseño de cubierta: Batlle-Martí

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


DIEGO
DE
ALMAGRO

INTRODUCCIÓN

Almagro, el futuro mariscal Diego de Almagro, es uno de los hombres que *hicieron* América; uno de los *héroes* tradicionales de la Conquista. Conquistador del Perú, con su socio y amigo —y en cierto modo jefe— Francisco Pizarro, fue uno de los artífices de la llamada gesta perulera. Diego de Almagro no es Hernán Cortés, ni Francisco Pizarro, ni siquiera Pedro de Alvarado, pero tampoco es —como parece a muchos— simplemente el *segundo* de Pizarro, como comprobaremos al adentrarnos en su biografía. Su humilde origen no impidió que los poderosos lo consideraran un hombre de excepción y que el César Carlos le concediera títulos, privilegios y, ¡nada menos!, la dirección de la conquista de la Nueva Toledo.

Oscuro en sus comienzos, durante años lleva una vida gris disciplinada, como soldado a las órdenes de otros jefes, pero llegado por su tenacidad a una posición preeminente, fue largo en dádivas —así como amante del boato— y mostró gran generosidad con sus amigos, a quienes arrastró a seguirle por el entusiasmo y fuerza que emanaban de su persona.

Puede decirse que su suerte nunca fue buena y cuando ésta le sonrió —sin haberla esperado— o no supo aprovecharla, o su modestia, por un lado, y su ambición, por otro, le impidieron elegir el momento oportuno para aprovecharla. Sin que nadie le postergara, se convirtió realmente en un segundón durante largo tiempo; cuando tuvo la plena responsabilidad de las empresas a él encomendadas, o no tuvo beneficio para sí mismo, o lo utilizó en el de la causa común de la hueste capitaneada por Pizarro.

No obstante estos claroscuros, puede afirmarse que la conquista del imperio de los incas no hubiera sido realizable sin la tenaz perseverancia del incansable aprovisionador, del que garantizó siempre la retaguardia y fortaleció el prestigio de los suyos. Nacido humilde y sin porvenir, lo logra en las Indias, y en ellas casi simultáneamente la gloria y la desgracia. Hombre

sin suerte indudablemente, pero afortunado en el recuerdo que ha dejado en la memoria de España.

UN MANCHEGO HUMILDE

Sus orígenes.— No existen noticias ciertas o fiables sobre un largo período de la vida de Almagro, durante algo más de cuarenta años, previos a los brillos de la Conquista. Esta ausencia de datos se extiende a su nacimiento y realmente sólo su propio testimonio sitúa su origen en la villa de Almagro. Pedro Pizarro, próximo a él en el tiempo, afirma que *nunca se le halló deudo* (pariente): *decía que era de Almagro*. Cieza de León, que estuvo largo tiempo en el Perú, cuando Diego de Almagro estaba aún en la memoria de todos, cree, por su parte, que había nacido en Aldea del Rey, población dependiente de Almagro en la comarca de Almodóvar. Del Busto (historiador peruano) sitúa su cuna en la villa de Almagro, aunque afirma que su madre lo crió secretamente en Aldea del Rey, por su condición de hijo ilegítimo, testimonios que —en cualquier caso— nos sitúan con cierta precisión en esta zona manchega.

Sin que pueda parecer una digresión, conviene aquí reflexionar sobre el significado de la bastardía en la época. A fines del siglo XV, se apuntaba una crisis de hombres, porque los hijos de los nobles y de la burguesía adinerada se reblandecían en la muelle vida de riquezas, y muchos pensaron que quizá era conveniente volver a la vieja fórmula de los *bastardos de Borgoña*: los vástagos legítimos se adormecían en la vida propia de la preeminencia de sus familias, en tanto que los hijos bastardos tenían que forjarse su propio destino, habiendo contribuido esta situación a la grandeza de Borgoña y de Flandes. Los hijos bastardos eran, a la postre, la sangre plebeya dando fuerza a las clases aristocráticas. Diego de Almagro, como también Francisco Pizarro, era hijo ilegítimo. Eran los humildes *bastardos de Castilla*, que lograrían la grandeza de los hechos de la Conquista.

En cuanto a la familia de Almagro, sí existen documentos —si bien testimoniales— afirmando que era hijo de Juan de Montenegro, copero del

maestre de Calatrava, y de Elvira Gutiérrez, mujer de humilde extracción, pero ilegítimo. Sin duda por ello no pudo tomar el apellido de su padre y hubo de añadir a su nombre, como tantos otros bastardos, el de su lugar de nacimiento.

Su condición de ilegítimo, unida a su humilde origen, le proporcionó una infancia dura y desgraciada, carente de lazos familiares o afectivos. En efecto, su madre lo dio a criar a una tal Sancha López del Peral, si bien su padre lo halló más adelante, cuando contaba cuatro años, llevándolo consigo a la villa de Almagro. La muerte de Juan de Montenegro y el hecho de que su madre, entretanto, se hubiera desposado con un tal Celino, estableciéndose en Ciudad Real, motivaron el que este huérfano sin fortuna fuera entregado a su tío materno, Hernán Gutiérrez, hombre duro y despótico, de quien se afirma encerraba a su sobrino en ocasiones en una jaula o le encadenaba los pies.

Tanta crudeza, impropia incluso del rigor educativo de la época, provocó que el muchacho huyera en busca de su madre a Ciudad Real, donde hubo de sufrir la cruel decepción de ser recibido por ésta de mala gana y a escondidas de su marido. Parece le dio entonces algo de dinero y algunos alimentos, diciéndole: *Toma fijo e no me des más pasión e vete e ayúdete Dios a tu ventura*, sin que el documento nos permita reconocer ninguna otra circunstancia. Su desventurado nacimiento y su infancia marcada por el desarraigo y la pobreza, debieron pesar grandemente en su ánimo y tal vez determinar en gran medida su ambición posterior y su deseo —casi obsesivo — de obtener del Emperador, primero carta de hidalguía y después nombramientos y prebendas. En cualquier caso —y como afirma, otra vez, Cieza de León— *nació de tan bajos padres que se puede decir de él principiar y acabar en él su linaje*.

Conocidos ya el lugar en que vio la luz y los pocos datos que hacen referencia a su familia y linaje —o ausencia del mismo— resta por determinar el año de su nacimiento. De nuevo hemos de basamos en su propio testimonio, al carecer de documento alguno que precise la fecha, si bien la versión más extendida es que nació en 1480. En efecto, en abril de 1530, con ocasión del juicio de residencia de Pedro de los Ríos, declara tener cincuenta años, *poco más o menos*, lo que nos sitúa en ese año de 1480, o el de 1479, o 1481. Sin embargo, posteriormente —en 6 de junio de 1538— dice tener más de cincuenta años, lo que nos lleva a 1486, sin que esta contradicción deba extrañarnos: como ha probado el erudito francés Marcus, a más de ser una circunstancia que se produce en gran número de sus coetáneos, la gente entonces y aun muy posteriormente no sabía exactamente su propia edad.

Breve experiencia en Toledo.— Nos encontramos con un Diego de Almagro ya mozo, que ha sido maltratado por su tío materno o, en cualquier caso, ha sufrido las duras labores campesinas propias de su tierra y condición —tierra sin árboles ni agua (de ahí los molinos de viento) y condición humilde— viéndose empujado a huir. Hallándose no lejos de la corte, determina encaminar sus pasos hacia ésta en busca de mejor fortuna o, cuando menos, de una situación menos sórdida y carente de futuro. Ya en Toledo no debió serle fácil encontrar amo, dada su condición de campesino ignorante y de pobre apariencia: en efecto, su físico debía ser ya el mismo que conocieron quienes nos lo retratan en su etapa de Indias: sin duda recio, pero pequeño, enjuto, desmedrado y —en general— poco grato a la vista. Halló, al fin, en la casa del licenciado Luis de Polanco, uno de los cuatro alcaldes de Corte de los Reyes Católicos, a quien servir como criado. Probablemente hubiera continuado y tal vez terminado sus días en este humilde empleo, de no ser por alguna nueva circunstancia que —una vez más— le obligó a huir, abandonando Toledo. Noticias vagas hablan de una reyerta habida con otro mancebo, en la que debió matarle o herirle gravemente, viéndose obligado a eludir la persecución de la justicia.

Sevilla y camino de las Indias.— Marchó, bien por su deseo de escapar o, más probablemente, seducido por la atracción de una ciudad como Sevilla, hervidero entonces de todo género de varones inquietos, atraídos por la aventura de las Indias y —desde la organización de la Casa de la Contratación en 1503— vivero de burocracia y especulación, pero al mismo tiempo deslumbrante puerto colonial y mundial, adonde acudían los propietarios a efectuar la venta de sus vinos, aceites y demás productos, y donde las casas de comercio más relevantes de toda Europa tenían sus representantes.

Tal vez le llegaron noticias de los preparativos que se efectuaban para la gran expedición hacia las Indias que el Rey Católico había encomendado al ya viejo Pedrarias Dávila, conocido como *El Gran Justador*, quien se disponía a hacerse cargo de su gobernación en Castilla del Oro —Panamá— y que tanto había de influir, como veremos, en acontecimientos que afectarían negativamente a Almagro, una vez en Panamá. Sea como fuere, es el hecho que se embarca en dicha expedición el 11 de abril de 1514, junto con muchos otros que, como Bernál Díaz del Castillo, habrían de encontrar en las Indias fortuna, fama y un lugar en la Historia. Si tomamos como fecha de nacimiento la de 1480, tenía Almagro entonces treinta y cuatro años. Se daban en él ya

entonces las cualidades más características de los descubridores y conquistadores: audacia, ambición, perseverancia y vigor.

Primeras experiencias americanas.— Su pobre apariencia y humilde origen debieron crear en él un deseo de sobresalir, que se haría notorio muchos años más adelante. Sabedor de pertenecer a una categoría social que sólo podía encumbrarse en el combate, Almagro inició su andadura como soldado, destacando en esta profesión por su acreditado valor, su dedicación y entrega, su hombría y su resistencia física, cobrando fama de excelente rodelero o soldado de a pie que utilizaba para su defensa la rodela o escudo delgado y redondo. Una crónica relata que *era muy buen soldado y tan gran peón que por los montes muy espesos seguía a un indio sólo por el rastro, que aunque le llevase una legua de ventaja, lo tomaba*. Siguiendo los dictados del gobernador de Castilla del Oro, con quien había embarcado en Sevilla hacia las Indias, y militando con distintos capitanes, combate a los indios del istmo panameño —abierto ya el camino hacia el Pacífico por Vasco Núñez de Balboa en 1513—, mucho más hostiles que los indígenas antillanos. Así, destaca y cosecha alguna fortuna, según confirman las crónicas: *Dióse tan buen recabdo, que allegó dinero y esclavos e indios que le sirviesen*.

Hasta alcanzar posición holgada, a base de gran esfuerzo, como soldado primero y con un constante e ingrato trabajo rutinario en las plantaciones y minas, con indios de servicio, después, transcurre gran parte de la vida de Almagro, cuya suerte en las húmedas florestas centroamericanas hubiera sido tan oscura como la de tantos otros soldados, convertidos en colonos, que continuaron en las primitivas instalaciones de la costa del Caribe. Puede decirse que —hasta 1524— estos largos años de la vida de Almagro, desdé su nacimiento en 1480, carecen de todo relieve y que sólo a partir de esa fecha comienza su verdadera vida: los hechos que le harían merecedor de ocupar un destacado lugar entre las grandes figuras de la conquista de América. Pero antes de conocerlos, conviene determinar los acontecimientos que dieron lugar a los mismos.

De cómo se llegó a la busca del Birú.— Para situar debidamente la gestación de las exploraciones que conducen hasta el descubrimiento del Perú es necesario retroceder unos años. La penetración en la América continental por vía terrestre vino determinada por la ruta elegida por Colón en 1492. En efecto, en la noche del 6 de octubre de ese año, en el que había de cambiar la faz del mundo conocido, Martín Alonso Pinzón aconsejó al Almirante *que*

sería bien, navegar a la cuarta Oeste a la parte del Sudoeste. Él día 12 avistaban Guanahaní, bastante próximos al istmo que les hubiera abierto el paso al Pacífico y sus costas, pero naturalmente ajenos a esta posibilidad. Hasta que un nuevo impulso explorador llevó a Vasco Núñez de Balboa a avistar y atravesar el istmo centroamericano, procedente de la costa del Caribe, hallando de este modo un nuevo mar, al que bautizó como Mar del Sur, no se hizo posible el traslado de las actividades descubridoras castellanas a las costas del Pacífico, paso decisivo para la expansión continental. La penetración por la costa del Caribe colombiano hubiera supuesto un retraso de varios lustros, como lo demostraría años más adelante la llegada de Gonzalo Jiménez de Quesada al altiplano andino, a Bogotá, cuando ya estaban los castellanos —entre ellos Almagro— asentados en el Perú.

Fundación de Panamá y primeras exploraciones.— Con el descubrimiento del istmo panameño la expansión hacia el sur quedaba libre. La férrea decisión de Pedrarias, violentando las protestas de muchos, de fundar un nuevo centro de actividades en las costas descubiertas por Vasco Núñez de Balboa, cristalizó en la fundación —en 1519— de una ciudad en el Pacífico a la que se bautizó con el nombre de Panamá y que había de convertirse en el centro de actividades descubridoras de gran alcance y, por tanto, en el punto de partida que permitiría a oscuros soldados, como Almagro, uncirse a una de las más altas empresas de las Indias.

Ya Vasco Núñez, cuando realiza su descubrimiento, iba movido por haber llegado hasta él noticias vagas de un importante imperio, el *Birú*, tan poderoso que su fama llegaba hasta los indios del Caribe, quienes afirmaban que se podía llegar hasta él por unas aguas que se hallaban a Poniente. Aun cuando pudiera pensarse que los indios estaban ansiosos de librarse de los castellanos, y que por esta razón los empujaban a tierras distantes de las suyas, cuando Pedrarias decide fundar Panamá, como vimos, sin duda pensaba que había algo de verdad en estos relatos sobre un fabuloso imperio, con ejércitos potentes y grandes ciudades, con embarcaciones movidas a remo y vela y abundancia de oro. Por ello decidió que era lo acertado llegar a aquellas fabulosas tierras por mar, y de ahí la fundación de Panamá en la costa. En efecto, Pedrarias, ahora con más de sesenta años, se sentía doblemente tentado por el ignoto nombre del *Birú*, cuyo nombre había sido uno de los primeros en conocer, ya que no sólo ambicionaba ser gobernador único —tras haberse desembarazado aviesamente de Núñez de Balboa—, sino también alcanzar la fama de descubridor, como adelantado de la Mar del Sur.

La expedición de Andagoya.— Incapacitado por su edad para llevar a cabo personalmente la expedición marítima hacia el sur, determina conceder los permisos oportunos al prestigioso navegante vasco Pascual de Andagoya y éste, en 1522, se adentra hasta la comarca de Cochama, al sur del golfo de San Miguel, ocupada por otros indígenas de la misma lengua —*cuevas*— quienes solicitan su protección contra los indios del *Birú*, que asediaban y saqueaban sus aldeas. A los seis días de navegación y acompañado por los indios de Cochama, llega hasta una fortaleza principal, ya en las tierras del cacique Birú, a quien derrotan y someten, no sin antes vencer su resistencia. Andagoya recibe entonces de los indios noticias más concretas de un fabuloso imperio situado más hacia el sur, de sus riquezas —consistentes para ellos más en sus industrias y manufacturas que en el oro— y, ansiosos de poseerlas, proponen aliarse a Andagoya para conquistarlas. Este accede y después escribiría: *… en esta provincia* —de Birú— *supe y hallé relación, ansí de los señores como de mercaderes e intérpretes que ellos tenían, de toda la costa de todo lo que después se ha visto hasta el Cuzco*. Efectivamente, Andagoya había estado a las puertas del fabuloso imperio de los incas, tan poderoso y desarrollado como el por aquel tiempo sometido por Cortés, el imperio de los aztecas. No hizo, sin embargo, más que entreabrir las puertas del Perú, ya que una desgraciada caída en el agua —que le impidió montar a caballo y le mantuvo imposibilitado durante meses— le decidió a regresar a Panamá, impulsado también por la prudencia ante la perspectiva de enfrentarse con sus escasas fuerzas a los indios del sur, de cuyo poder guerrero le habían hablado con temor y respeto las gentes de Birú.

ASOCIACIÓN DE DESCUBRIDORES

Amistad con Pizarro y constitución de la sociedad.— Llegados al punto de las primeras exploraciones, es obligado introducir a Francisco Pizarro. Este había de tener tanta y tan decisiva influencia en la vida y los hechos de Almagro, que casi nunca ha sido presentada su figura sin asociarla a la de Pizarro, corriendo parejas sus aventuras, triunfos y desgracias, y llegando a decir de ambos Fernández de Oviedo que eran *un alma en dos cuerpos*.

Existían entre ambos múltiples afinidades, siendo Pizarro también bastardo, del capitán Gonzalo Pizarro, ambos de humildísima condición por vía materna, teniendo en común también el transcurso de una infancia en la pobreza, ocupado el padre de Pizarro en las guerras de Granada y Navarra, sin tiempo para sus bastardos. La personalidad de Pizarro era también en muchos aspectos —según el retrato que de él nos hace Gómara como hombre *grosero, robusto, animoso, valiente y honrado*— similar a la de Almagro. No es de extrañar, por tanto, que naciera entre ellos profunda e íntima amistad y que en 1522, siendo, ya ambos vecinos ricos y respetables de Panamá, esta amistad que databa ya de varios años se consolidara y les llevara a asociarse.

Ya en 1519 habían asistido ambos a la fundación de Panamá y de entonces debía datar su asociación, ya que consta de Almagro que *en el repartimiento de los caciques e indios, como buen poblador, ovo unos indios, los quales, con otros de Francisco Picarro, se metieron en compañía: e fueron ambos tan buenos compañeros e tan avenidos, y en tanta amistad e conformidad, que ninguna cosa de hacienda, ni indios, ni esclavos, ni minas en que sacaban oro con su gente, ni ganados avía entre ellos sino común, e no más del uno que del otro, mucho mejor que entre hermanos*.

Esta sociedad de colonos habría de consolidarse y trocar sus fines por los más arriesgados del descubrimiento y conquista del *Levante*, nombre que entonces se daba a las tierras donde se hallaba el Perú, dada la dirección que

había tomado la expedición de Andagoya, en ruta hacia el Sur, que derivaba hacia el Este en un comienzo. La idea nació en la mente de Pizarro, que había colaborado tiempo atrás con Vasco Núñez de Balboa en las exploraciones del istmo panameño y que sin duda meditaba sobre aquel lejano imperio, de cuyas riquezas y civilización se tenían cada vez mayor cúmulo de noticias. Pizarro no tenía secretos para su amigo y compañero Diego de Almagro, cuyas dotes de organizador —previsor y con visión precisa de las circunstancias— y facultades para el reclutamiento de tropa podían ser preciosas para la empresa. Almagro —ambicioso y presto siempre a la acción — aceptó con entusiasmo, determinando ambos dar parte de sus conversaciones —para resolver el problema de la necesaria financión— a Hernando de Luque, hombre adinerado como señor del repartimiento de Taboga. Este clérigo, de origen sevillano, maestrescuela de la catedral o iglesia mayor de Panamá, se avino encantado a engrosar la sociedad, aportando a ella cierta cantidad de dinero y —por su amistad e influencia con Pedrarias— la oferta de mediar con el gobernador.

Los tres constituyen así esta sociedad que —en términos modernos— quedaría formada por el presbítero como socio capitalista y los dos soldados como socios industriales. Pizarro sería el conductor de la empresa, como persona más capacitada; Hernando de Luque (a quien pronto cambiaron las gentes su apellido por el de *Loco*, por su vinculación a una empresa aparentemente descabellada) el financiero, y Diego de Almagro el intendente y reclutador de la tropa. Era una sociedad cuyos socios aparecían unidos por tan estrechos vínculos que Gómara escribe: *Juraron todos tres de no apartar compañía por gestos ni reveses que les viniesen, y de partir igualmente la ganancia, riquezas y tierras que descubriesen y adquiriesen todos juntos y cada uno por sí.*

Pedrarias.— Restaban sólo los oportunos permisos del gobernador y —mediando Luque— las conversaciones con Pedrarias pronto se vieron coronadas por el éxito. Como era notorio, Pedrarias siempre deseó llevar a cabo la empresa de adentrarse hacia el Sur y, desde que Pascual de Andagoya renunciara, por sus dolencias, a las exploraciones, las aspiraciones quedaron truncadas. Pedrarias buscó posteriormente quien se hiciese cargo de la ambiciosa empresa y creyó encontrar la persona adecuada en un tal Juan de Basurto, pero la muerte de éste impidió una vez más que fuera acometida.

Cuando Hernando de Luque le notificó el acuerdo de las tres personas para navegar y explorar hacia el Sur, siendo el impulsor y conductor de la

empresa Francisco Pizarro, cuya lealtad y falta de ambiciones materiales conocía Pedrarias, el desconfiado gobernador, que ya no contaba con sus dos mejores capitanes —Vasco Núñez de Balboa y Francisco Hernández de Córdoba—, a quienes había hecho ejecutar, puede decirse que saltó de alegría: era una nueva posibilidad de llevar a cabo sus proyectos, y con un hombre de toda confianza como Pizarro.

Ultimados ya los preparativos y formada lo que comenzaba a llamarse la Armada del Levante, escribía Pedrarias al Rey desde Panamá, en abril de 1525, dando noticia de estos hechos: *Al levante por la Mar del Sur tengo enviada otra armada como le he escrito a V. M. a descobrir, con el Capitán Pizarro, mi teniente de Levante, con muy buena gente y buenos aderezos… me han ayudado con sus haciendas el reverendo Padre Don Fernando de Luque, maestrescuela, y el dicho Capitán Pizarro y Diego de Almagro*. En estas breves líneas el receloso y viejo gobernador presentaba sucintamente a quienes habían de ser los auténticos protagonistas de los hechos que conducirían al descubrimiento del Perú y quienes, sin saberlo, acababan de repartirse uno de los más grandes y ricos imperios de la tierra.

Primeras incursiones.— Hechos los aprestos para comenzar la expedición, los tres socios acuerdan no exponer todos sus hombres y recursos en un solo viaje. Determinan que salga primero Pizarro, siguiéndole al poco tiempo Almagro para prestarle ayuda en caso necesario, y continuar luego juntos hastas las tierras prometidas por la fama. Parte, pues, Pizarro el 14 de noviembre del 1524 con un navío y dos canoas, algo más de cien soldados y algunos perros de guerra, aunque al parecer sin caballos, y queda Almagro a la espera de salir más adelante.

Esta primera expedición de Francisco Pizarro no pudo resultar más desalentadora. Navegó con fuertes vientos hacia el Sur hasta que, pasado un tiempo prudencial, decidió hacer un desembarco de aprovisionamiento, en lo que denominaron Puerto de las Piñas, pues no hallaron otra cosa que piñales, sin descubrir habitantes ni alimentos. Siguiendo su navegación a lo largo de la costa desembarcaron de nuevo, en el poblado del Cacique de las Piedras, aparentemente abandonado. Pero al caer la noche los españoles fueron sorprendidos por un ataque encarnizado de los indios, que consiguieron matar a algunos soldados y herir a Pizarro —que había dirigido personalmente la defensa— hasta siete veces con puntas de saeta, obligando a la tropa a huir hacia el navío, llevando consigo al malherido Pizarro. Se alejaron prestamente con intención de regresar a Panamá, pero recalaron finalmente en el pueblo de

Chochama, no lejos de las islas de las Perlas; Pizarro no quiso llegarse hasta Panamá por el temor a que se desbandase la tropa.

En esta primera incursión, apenas salieron de las costas tropicales de la actual Colombia, habiendo padecido el hambre y los ataques de los indios, para regresar finalmente casi al mismo punto de partida sin provecho alguno. Desde allí envía Pizarro al tesorero Nicolás de Rivera con el encargo de informar a Almagro. Era preciso hablar de nuevo con el gobernador, a fin de convencerle para que les hiciera llegar más ayuda y permitiera arreglar el barco, que había quedado bastante maltrecho por la navegación.

Ignorante Almagro de estos acontecimientos y en cumplimiento de las instrucciones recibidas y acordadas antes de lo salida de Pizarro, se había puesto ya en camino —hacia marzo de 1525— con el segundo barco que a tal fin tenían preparado y con setenta hombres. Almagro navegó hacia el Sur en busco de su capitán y compañero. En este empeño atravesó por los mismos o mayores penalidades que Pizarro, encontrándose también con el belicoso Cacique de las Piedras, en el pueblo que los soldados de Pizarro habían bautizado como Pueblo Quemado —tal vez por haberlo incendiado ante su huida—, enzarzándose en encarnizada lucha con estos indios, ya avezados en la lucha contra los blancos, tras haber obligado a los hombres de Pizarro a retirarse, como hemos visto.

Esta refriega a punto estuvo de costarle la vida a Diego de Almagro, quien perdió un ojo por herida de flecha y ya en el suelo —rodeado por los indios y en trance de ser tomado prisionero— fue rescatado en último instancia por Juan Roldán y su esclavo negro, y trasladado luego al navío, donde todos tomaron refugio. De este modo perdió Almagro un ojo —que luciría después en su escudo Juan Roldán— como primera de las desgracias que habían de acongojarlo durante su desventurada vida.

Almagro, capitán.— Tras buscar infructuosamente a Pizarro, decide Almagro regresar a Panamá, pero en las islas de las Perlas sabe que su capitán está en Chochamo. Allí se dirige, y en la playa se abrazan los dos amigos, heridos y maltrechos. A pesar de sus heridas y de los infortunios, ambos soldados —que ya habían encontrado muestras de oro y pedrería— acuerdan no desistir de la arriesgada empresa. Mermados sus fuerzas y conocida la belicosidad de los indios, tras la doble experiencia sufrida con el Cacique de las Piedras, resultaba imprescindible recabar más ayuda a Panamá. Pizarro, temeroso de que Pedrarias le niegue licencia para continuar, encomienda la gestión de Almagro.

En la capital de Castilla del Oro, nombre inicial que tuvo Tierra Firme, encuentra Almagro a un irascible Pedrarias, quien —conocido el fracaso de la expedición— se muestra desengañado de la empresa del Levante y determinado a poner fin a la misma. Sólo la mediación de Luque pudo salvar la situación, si bien el gobernador condicionó su permiso al nombramiento de un segundo capitán. Almagro se apresuró a presentarse como candidato, y hay quien opina que éste pudo ser el comienzo del distanciamiento entre los dos socios, ya que Almagro alcanzó esta capitanía mediante una gestión personal, consiguiendo —en ausencia de Pizarro— paridad de mando con éste. De hecho, algunos soldados murmuraban, acusándole de haber alcanzado el cargo con malicia y deslealtad para su compañero. Ya en Chochama, Almagro se justificaría ante Pizarro, explicando que se había visto obligado a aceptar su nombramiento, en evitación de que fuese nombrado un extraño, con posible perjuicio para la sociedad por ellos constituida con tantos afanes. Pizarro —a pesar de los rumores de deslealtad— desechó las maledicencias y aceptó sin recelo alguno la capitanía de Almagro.

Nueva expedición en busca del Pirú.— A pesar de la primera oposición de Pedrarias, Almagro tuvo éxito finalmente en la gestión a él encomendada. De Luque consiguió nueva financiación, consistente en 20.000 pesos de oro, seguramente procedentes del tesorero Gaspar de Espinosa, quien —como funcionario del Rey— no podía abiertamente invertir en este género de empresas. Por otra parte, y no sin dificultades, consiguieron reclutar 160 hombres, lo que sin duda supuso un gran éxito, considerando que el gran número de muertos en las expediciones anteriores (ciento treinta) había restado entusiasmos.

Asistimos entonces a una nueva consolidación de la sociedad, ya que Pizarro —sabedor de que Pedrarias se dispone a salir rumbo a Nicaragua y libre, por tanto, de temores— resuelve volver a Panamá para apoyar las gestiones de Almagro. Era el año de 1526. Con el nombramiento de Almagro como capitán y la nueva aportación de dinero, se imponía una formalización de la sociedad, firmándose en 10 de marzo de aquel 1526 la escritura de recepción del dinero de Luque (en realidad recibido de Espinosa bajo cuerda) por parte de los dos capitanes. Con los 20.000 pesos adquirieron dos navíos, que habían de ser gobernados por el piloto Bartolomé Ruiz, marino de Palos, haciéndose los dos capitanes de nuevo a la mar con los hombres reclutados y algunos caballos.

Tras penosa navegación llegaron a la altura del río San Juan, último punto que tocara el vizcaíno Pascual de Andagoya, donde tomaron tierra y —aunque algo animados porque encontraron oro— hubieron de hacer frente a tal cúmulo de adversidades, que muchos temieron no sobrevivir a estos durísimos preliminares de la conquista del Perú. Habían tomado tierra —según describe Gómara— *en una costa anegada, llena de ríos y manglares, y tan lluviosa, que casi nunca escampaba*. Acuciados por el hambre, habiendo agotado ya las reservas de trigo y de tubérculos, se internaron en busca de alimento, cuando les acosaron gran número de indios, que les asaetearon y ocasionaron cuantiosas bajas.

Con sus escasas huestes hambrientas y exhaustas por la lluvia, el calor, los mosquitos y el infernal acoso de los indios, decide Pizarro, que seguía siendo el jefe principal, pese a la capitanía de Almagro, quedarse allí hasta reponer la gente. Envía entonces uno de los barcos con el piloto Bartolomé Ruiz para continuar reconociendo la costa hacia el Sur, mientras en el otro, con las muestras de oro conseguidas, mandaba a Almagro a Panamá en busca de renovado apoyo.

La gestión de Almagro en Panamá había de resultar, una vez más, provechosa. Afortunadamente para la empresa, el gobernador Pedrarias, que —como vimos— ya se había mostrado remiso a renovar su apoyo a la *aventura* de la exploración del Levante, retirándose a Nicaragua, había sido sustituido por Pedro de los Ríos. Almagro —mediante la usual intermediación de Luque— convenció al nuevo gobernador del éxito de la expedición y obtuvo de él las licencias necesarias para el reclutamiento de nueva gente. Consiguió Almagro en esta ocasión reclutar cuarenta nuevos voluntarios y, con ellos y algunos víveres, salió de nuevo al encuentro de Pizarro, en 8 de enero de 1527.

Primer contacto con los súbditos del Inca.— Pero después de reunirse con Pizarro en el río de San Juan, llegó también Bartolomé Ruiz. Retornaba de su exploración hacia el Sur, con prometedores informes, ya que había tomado contacto con los primeros mercaderes indios civilizados: los súbditos del Inca. Les había encontrado en una balsa con velamen de tipo latino y le dijeron que procedían de la ciudad de Tumbez. Traía consigo Ruiz tres de estos indios, a fin de que aprendieran el castellano y pudieran dar noticias de su país, así como servirles de intérpretes en el futuro. Fueron estos nativos bautizados con los nombres de Francisco, Fernando y Felipe, que los soldados pronto

transformaron cariñosamente en los diminutivos Francisquillo, Fernandillo y Felipillo, como era costumbre castellana con los indios.

Bartolomé Ruiz había ido costeando y apreciando que se trataba de una región rica, cultivada, con ciudades de casas de piedra, donde parecían reinar el orden y la prosperidad. Animados los hombres de Pizarro con estas noticias y satisfechos también los venidos con Almagro, decidió Pizarro continuar avanzando hacia el Sur, por la ruta del piloto Ruiz.

Primeros reveses y fracaso de Almagro en Panamá.— Llegados los dos navíos a la aldea de Atacames y apenas efectuado el desembarco, tuvo lugar un durísimo enfrentamiento con los indios, que a duras penas pudieron ser dispersados por la artillería del griego Pedro de Candía. Pero más que por esta batalla, la aldea de Atacames había de ser recordada por haberse producido en ella el primer enfrentamiento de Pizarro con Almagro. En efecto, los soldados estaban descontentos por el trato despótico y agresivo de Almagro, lo que —unido a sus muchas penalidades y a lo inhóspito del lugar— hizo que se quejaran a Pizarro, solicitando de éste el regreso a Panamá. La reacción de Almagro —hombre acostumbrado a sufrir estoicamente como soldado— fue violenta, insultando a los soldados y tachándolos de cobardes y no aptos para la lucha. Salió Pizarro en defensa de sus hombres y sólo la intervención del piloto Ruiz y de Ribera el Viejo, aplacando a ambos, impidió se enfrentaran con la espada.

Pero el descontento ya había prendido entre los soldados, sometidos a inmensas fatigas y al constante ataque de los indios. Ante esta situación, proclive a un movimiento sedicioso, y no encontrándose Pizarro preparado para una más prolongada penetración en tierra firme, decidió recalar en la isla del Gallo, no lejos de Panamá, y —permaneciendo allí con los enfermos y más débiles— enviar de nuevo Almagro a Panamá, para recabar allí, de nuevo, aliento y apoyo, haciéndole portador del oro recogido. Para evitar que el navío restante pudiera ser tomado por los sediciosos, envió después a Bartolomé Ruiz también a Panamá, so pretexto de que el barco necesitaba carenarse.

No había de tener éxito, en esta ocasión, la gestión de Almagro y su resultado, además, no pudo ser más descorazonados. Por más que él mismo y su mediador, Hernando de Luque, se hacían lenguas de las excelencias del *Pirú*, el gobernador, Pedro de los Ríos, recibía muy otras noticias de los hombres que habían regresado con Almagro, quienes hablaban de las calamidades de la expedición, la ferocidad de los indios y la tiranía de los

capitanes. Para colmo, se las ingeniaron para hacer llegar a la esposa del gobernador, doña Catalina de Saavedra, un escrito en un ovillo de lana, en el que se relataban los padecimientos sufridos con esta coplilla:

Pues, señor gobernador,
mírelo bien por entero,
que halla va el recogedor
y acá queda el carnicero

Lo cierto es que Almagro volvía —una vez más— a *recoger* hombres para la aventura del *Pirú* y que, si bien era una exageración tachar a Pizarro de *carnicero*, el hecho es que ya habían perecido casi dos centenares de hombres en el empeño de conquistar el fabuloso —hasta entonces sólo un fábula— imperio del sur.

Pedro de los Ríos —poco propicio a Pizarro—, movido por estas informaciones negativas y enfurecido por la coplilla, determinó poner fin a lo que —a sus ojos— aparecía como una costosa y descabellada aventura. Sus medidas no pudieron ser más drásticas: prohibió a Almagro el reclutamiento de más hombres y a Luque la recaudación de fondos, embargando además el barco. Cuando a fines de agosto de 1527 llegaba Bartolomé Ruiz con la segunda embarcación para proceder a su reparación, se le impidió también efectuarla, prohibiéndole regresar al encuentro de Pizarro.

La fe de Almagro y la tenacidad de Pizarro.— El gobernador se mantuvo firme en su decisión y —desoyendo los ruegos de Almagro y Luque— desautorizó todo intento de proseguir. Para evitar cualquier empeño de Pizarro en la prosecución de los exploraciones, envió con dos navíos a un capitán de su confianza —el cordobés Pedro Tafur— para recoger a los de la isla del Gallo, imponiendo grandes penas a quienes osaran hacer intención de retenerlos, conocedor sin duda de la férrea tenacidad de Pizarro. Almagro y Luque —mostrando con ello confianza ilimitada en la empresa— hicieron llegar un mensaje secreto a Pizarro, instándole a que no cejara, *aunque reventara*. Tafur partió, portador de tan ingratas noticias, el 14 de septiembre de 1527, quedando Almagro retenido contra su voluntad en Panamá, aunque albergando la secreta esperanza de que Pizarro resistiese el embate.

Llegado Tafur a la isla del Gallo, fue recibido con gran regocijo por los soldados, que creyeron llegada al fin la hora de regresar a Panamá. Pizarro, dolorido y sereno, trazó con su espada un raya en la playa. *Más allá* —dijo—

ha de encontrarse la riqueza y la gloria. Invitó a que con él la traspasaran quienes tuvieran la decisión de seguirle. Trece hombres —los que luego fueron llamados los *trece de la fama*— se le unieron. Bartolomé Ruiz también la cruzó e hizo intención de seguirle, pero Pizarro juzgó más prudente hacerle regresar a Panamá, con el encargo de dialogar con el gobernador en su nombre.

Partió, pues, Tafur con los hombres que no quisieron permanecer al lado de Pizarro, quedando éstos en la isla del Gallo, si bien lo inhóspito del lugar y lo falto de alimentos les hicieron trasladarse a la cercana isla de la Gorgona, donde abundaba la caza. Podemos imaginar la alegría de Almagro y Luque cuando comprobaron, al regreso de las naves de Tafur y de Ruiz, que Pizarro había superado lo que parecía el fin de la empresa. Es indudable que la decisión de los *trece de la fama* posibilito el descubrimiento efectivo del Perú y su posterior conquista.

Pedro de los Ríos desaprobó la gestión de Tafur y le reprendió por su blandura, pero finalmente hubo de ceder o los ruegos de Almagro y Luque. El gobernador, en efecto, se vio obligado por la postura de Pizarro a socorrerle, enviando una nueva embarcación, dando orden a Bartolomé Ruiz de regresar con los hombres de Pizarro y de no tardar más de seis meses en hacerlo. Este plazo de seis meses suponía un permiso implícito para seguir explorando.

Expedición de los «trece de la fama».— Bartolomé Ruiz llego a la isla de la Gorgona en marzo de 1528, cuando los *robinsones* voluntarios se encontraban en una situación límite, y el mismo Pizarro comenzaba a desanimarse. Las noticias que portaba Bartolomé Ruiz no eran buenas, pero, al menos, permitían a Pizarro seguir adelante, aprovechando el navío y el plazo concedidos por el gobernador. Se tomó consejo y la decisión de Pizarro fue continuar la navegación hacia el Sur, dejando en la Gorgona a los más débiles —Peralta, Trujillo y Páez— con gran parte de las provisiones llegadas de Panamá y los indios que tenían de servicio, menos los de Tumbez, que habían de servir de intérpretes a los expedicionarios.

Tras veinte días de navegación llegaron a la isla que bautizaron como de Santa Clara, donde se aprovisionaron de leña y agua, para continuar en dirección Sur, hasta que toparon con una balsa indígena y luego con otras cuatro con guerreros de Tumbez, que dijeron iban a enfrentarse con los indios de la isla de Puná. Tomaron estas balsas con los indios que en ellas iban, cuidando de explicarles que no era su intención llevarles como prisioneros, sino ir en su compañía hasta Tumbez. Esta política de aproximación pacífica

había de dar excelentes resultados en este primer contacto con los indios peruanos. Así, llegados a Tumbez, quiso Pizarro que el primer desembarco se produjera sin violencia, para lo cual envió al soldado Alonso Molina con presentes.

Molina regresó contando tantas maravillas de la ciudad, que Pizarro dudó de su veracidad y envió al griego Pedro de Candía para comprobar las noticias de Molina. Pedro de Candía regresó aún más maravillado, con presentes de maíz, pescado y fruta, confirmando lo narrado por Molina y haciendo alabanzas de lo visto. *Dijo que vió cántaros de plata y estar labrando a muchos plateros; y que por algunas paredes del templo había planchas de oro y plata; y que las mujeres que llamaban «del Sol», que eran muy hermosas*.

Intuyendo Pizarro que se hallaban en el pórtico de un auténtico imperio —y dado el escaso tiempo concedido por el gobernador—, decidió continuar sin dilación la singladura hacia el Sur, llegando al puerto de Paita, a la Punta Aguja y finalmente a Santa, nueve grados al sur del Ecuador. En todas partes recibieron muestras de amistad y les dispensaron tan gran acogida, que las peticiones de soldados españoles para quedarse fueron multiplicándose, hasta el punto de que permanecieron definitivamente en aquellas tierras los soldados Bocanegra, Ginés y luego Alonso de Molina en Tumbez, cuando volvieron a pasar por este puerto.

Los hallazgos de estos descubridores les animaban a continuar la exploración, pero se hallaban exhaustos, la nave estaba en malas condiciones y la prudencia hacía que Pizarro se urgiese a sí mismo a retornar a Panamá. Regresaron, por ello, sin detenerse ni en Puná ni en Santa Elena, haciéndolo sólo en la isla de la Gorgona para recoger a los que allí habían quedado, salvo el soldado Trujillo, que había perecido.

El regreso triunfal de los expedicionarios constituyó en Panamá una auténtica apoteosis y puso fin a los días de tremenda incertidumbre, que consumían a Almagro durante su larga espera en Panamá. Había transcurrido ya todo el año 1528. La tenacidad de los socios se había visto altamente recompensada y el futuro de la empresa no podía ser más prometedor. El balance de lo descubierto —250 leguas de costa— era realmente muy importante desde el punto de vista geográfico. Además, estos descubrimientos revelaban —contando los meridianos hasta las costas del Atlántico— que se hallaban frente a unas tierras dilatadísimas, de cuyas riquezas tenían por fin noticias ciertas.

APOYO DE LA CORONA

La negativa de Pedro de los Ríos.— Las nuevas de los expedicionarios, como hemos visto, no podían ser más halagüeñas y los tres socios —más animosos que nunca— acudieron al gobernador en demanda de renovado apoyo, cantando las alabanzas del maravilloso imperio del *Pirú*, de sus amplias calzadas, de sus casas y fortalezas de piedra, sus mercados, sus riquezas e incluso de sus bellas mujeres.

Pedro de los Ríos, a pesar de las fehacientes noticias, y aun reconociendo que ellos tenían las licencias que les autorizaban a continuar el descubrimiento, no se retractó de su postura anterior y se opuso firmemente a conceder su apoyo a una empresa que ya había costado tantas vidas, argumentando que —de seguir adelante— la empresa acabaría despoblando Panamá. Si querían continuar, que lo consiguiesen del mismo Rey. Los tres asociados pensaron que el Gobernador posiblemente tenía razón y que ya no bastarían las fuerzas de Panamá para proseguir el descubrimiento, y penetración en un imperio poderoso y dilatado.

Después de meditarlo y discutirlo ampliamente, se reunieron para elegir el procurador que había de representar sus intereses ante el rey. Renunciaron a que el licenciado Corral —que iba a España— les representara, por entender que no bastarían las gestiones de terceras personas, y pronto Almagro votó porque lo hiciera Pizarro, no deseando Luque abandonar su puesto eclesiástico y argumentando Almagro que con su ojo perdido y su desmedrada figura poco habría de conseguir en la corte. Se decidió entonces que marchara Pizarro.

Insistió juiciosamente Luque, hasta el final, en que marcharan juntos los dos capitanes, con frase que reproduce Herrera: *Pluga a Dios, hijos, que no os hurtéis la bendición* (es decir, la suerte), *que yo al menos holgaría que fuerades a lo menos entrambos*. Advirtió también a Almagro de que luego no

se arrepintiese, pues era hombre propicio a retractarse, pero Almagro insistió en la procuración de Pizarro, e incluso consiguió el dinero para su viaje —mil ducados— con su garantía personal y por préstamo de *amigos suios*, como relata la crónica de Estete.

Viaje a España de Pizarro y compás de espera para Almagro.—Determinado, como queda visto, el viaje de Pizarro, se ultimaron los preparativos y partió llevando consigo al griego Candía, para que relatara directamente lo observado por él en Tumbez, algunas *ovejas* traídas del Perú —pues tal era el nombre que dieron a las llamas andinas— en la última expedición, muestras de las finas labores de lana y los indios hallados por Bartolomé Ruiz en la balsa procedente de Tumbez, que tan buen servicio habían prestado como intérpretes.

Habíase acordado previamente por los socios que Almagro quedaba voluntariamente en segundo lugar y que Pizarro solicitaría para sí la gobernación, el obispado para Luque y el alguacilado mayor para Bartolomé Ruiz, si el rey accedía a otorgar capitulaciones para la empresa, solicitando Almagro se le procurase el cargo de Adelantado de las nuevas tierras por descubrir.

Mientras Pizarro marchaba a la Corte, Almagro no permaneció inactivo. Pensaba ciertamente —con gran confianza en la base segura de los descubrimientos hechos— que el éxito coronaría las gestiones de su socio, pero no ignoraba las dificultades que éste podría encontrar para el reclutamiento de un número suficiente de hombres y la necesidad de ir preparando un contingente adicional que pudiera completar el que Pizarro pudiera traer. Conocía Almagro que las gentes que estaban con Pedrarias no hallaban en la nueva tierra la fortuna que habían esperado, y que la ocasión era buena para intentar allí el reclutamiento de voluntarios.

Reunió Almagro algunos fondos con este fin y envió a Nicolás de Rivera y al piloto Ruiz a Nicaragua, con las mantas y *ovejas* peruanas, a fin de convencer y animar a los posibles voluntarios. No contaba, sin embargo, la previsión de Almagro con la enemistad latente (habiendo quedado excluido desde sus inicios de la sociedad primera constituida para el descubrimiento) del gobernador Pedrarias. Nicolás de Rivera llevó a cabo una excelente labor de reclutamiento y —según relata Herrera— *levantó el ánimo a muchos, para ir a enriquecerse, y se desasosegaron*. Entre los interesados se encontraban los vecinos más ricos, como Hernán Ponce, Hernando Soto y Francisco Compañón, que contaban además con barcos propios en astilleros.

Intervino entonces Pedrarias, quien trató por todos los medios de desacreditar a los dos capitanes y a sus enviados, intentando, además, alentar a los más entusiastas —Hernán Ponce y Hernando de Soto— para que organizasen la expedición por su cuenta. Desalentados y ofendidos Ruiz y Rivera por tal actitud y alarmados por las posibles consecuencias de la misma, decidieron regresar rápidamente a Panamá, si bien antes *trataron de secreto con Hernán Ponce para que alguno de los tres fuese a Panamá, a esperar a que el capitán Pizarro volviese con sus provisiones de Castilla, para concertarse con él* y obtuvieron de él la promesa de que nada intentarían en relación con el Perú en tanto no volviera Pizarro. Pretendió aún Pedrarias embargar el navío, enviando para ello a un alguacil, pero no lo consiguió y los dos llegaron sin más contratiempos a Panamá. Sólo restaba entonces disponerse a una larga y tensa espera hasta el regreso de Pizarro, temiendo en todo momento que Pedrarias se les adelantara, con una expedición que consiguiera antes que ellos la conquista del imperio peruano.

Capitulaciones y primeras desavenencias.— Por fin llegaron los primeros informes. Pizarro, que había firmado capitulaciones con la emperatriz Isabel, en nombre de Carlos V, en 26 de junio de 1529, en Toledo, se retrasó posteriormente por acudir a Extremadura a ver a los suyos, pensando que entre sus allegados podría encontrar mejor que en ningún otro sitio quien le acompañara y fuera fiel en la dura empresa descubridora. Consciente de la impaciencia de sus socios, envió por delante uno de los barcos con quince o veinte soldados, portadores de una copia de las capitulaciones obtenidas.

Antes de seguir adelante, es preciso especificar qué se entendía entonces por *capitulación*. Aunque no todos los historiadores del Derecho están de acuerdo, puede simplificarse diciendo que las capitulaciones eran una especie de contrato entre el rey y un particular, hecho por capítulos y de ahí su nombre. El rey tenía la soberanía de las Indias —aunque esto se estaba cuestionando precisamente en aquel tiempo— y podía conceder permiso a una persona particular para explorar y *poblar*, palabra que equivalía a *conquistar*, nuevos territorios.

Se marcaban las obligaciones que el particular contraía con la Corona en cuanto a pertrechos, hombres, y en general, a aspectos materiales de la empresa, y la Corona otorgaba nombramientos y establecía sueldos (generalmente a pagar de las rentas de la propia tierra a conquistar y gobernar). En ocasiones, la Corona ayudaba a la empresa en varias formas, ya fuera aportando dinero o concediendo ayudas y franquicias. Normalmente el

particular no cumplía estrictamente las condiciones, ya que la administración no era demasiado severa, pero los nombramientos y prebendas solían quedar firmes.

Veamos, pues, lo obtenido por Pizarro en las capitulaciones de 1529, que iban a ocasionar profundo malestar en el ánimo de Almagro antes del regreso de Pizarro a Panamá. La capitulación se iniciaba, como deseaba Pizarro, con una delimitación territorial de la licencia para continuar el descubrimiento, que asombra por su exactitud, ya que abarcaba *desde el pueblo dicho Temumpala hasta Chincha, que podían ser las dichas doscientas leguas, poco más o menos*, lo que resultaba ser un exacto cálculo de la verdadera distancia, y nos hace pensar en mayores conocimientos por parte de Pizarro.

A Pizarro se le daban los títulos de gobernador y capitán general *deste distrito*, con el sueldo correspondiente —725.000 maravedíes— y los de adelantado y alguacil mayor, también a perpetuidad. Hernando de Luque conseguía el obispado —provisional nombramiento mientras llegaban las bulas pontificias—, tan ansiado por él; a Bartolomé Ruiz se le otorgaba el título oficial de piloto de la Mar del Sur y la escribanía de las ciudad de Tumbez, para cuando su hijo fuera mayor de edad; ninguno de los valientes de la isla del Gallo —los *trece de la fama*— era olvidado, obteniendo los que eran plebeyos la hidalguía y los que ya eran hidalgos la espuela dorada, título previo al nombramiento de caballero. El griego Pedro de Candía era nombrado capitán de la artillería de la nueva hueste.

Como vemos, hasta aquí Pizarro cumplía con lo estipulado, e incluso se conseguía más de lo que era de esperar, habiendo obtenido para él y los suyos un trato muy favorable. A Diego de Almagro, sin embargo, no se le daba el nombramiento de adelantado como —según Cieza de León— habían estipulado previamente los socios, habiéndolo reclamado Pizarro para sí mismo, sino la tenencia de Tumbez, con 50.000 maravedíes de salario y 200.000 para ayuda de costas, así como la concesión de hidalguía y el reconocimiento del hijo que había tenido con Ana Martínez, *muger soltera siendo él también soltero*. Como apunta Sáenz de Santa María, *Pizarro o era tonto o ingenuo si creyó que Almagro se iba a satisfacer con la «tenencia» de una fortaleza inexistente, o con una hidalguía circunscrita a Indias*.

En efecto, llegada a Panamá la copia de las capitulaciones, como dicho va, las prebendas obtenidas levantaron el ánimo de todos lo participantes en la empresa, que veían consolidados sus anhelos, pero enfriaron también el ánimo de Almagro, que se sintió engañado al conocer que no se le había conseguido el adelantamiento como había quedado acordado y se quejó

amargamente a Luque de que se le hubiera postergado de tal manera. Es cierto qué la sociedad reconocía paridad absoluta a todos los socios en lo económico, pero en realidad su papel de segundón quedaba aún disminuido.

Tan irritado llegó a estar Almagro, que dio a entender públicamente que nada quería saber del descubrimiento a partir de ese momento, retirándose ostensiblemente a las minas, sin querer siquiera participar económicamente, *ni había de gastar más de lo gastado*, lo que provocó el que Luque tuviera que buscar dinero prestado para pagar los fletes de los que vinieron por delante de Pizarro. Ante el peligro que esto suponía para el derrumbamiento de toda la empresa antes de la llegada de Pizarro, Nicolás de Rivera lo visitó, instándole a que no la abandonara en momentos tan importantes, y convenciéndole de la honestidad de Pizarro y de su propia importancia para el éxito del descubrimiento. Argumentó que *el Capitán Pizarro es persona honrada, que dará todo lo que posee a sus compañeros, en especial a vos, a quien tanto debe, y sin quien no puede llevarse adelante la empresa*.

Estos argumentos convencieron a Almagro —siempre dispuesto a comprender, aunque alimentando rencores que surgirían más adelante—. Volvió a ser el hombre de acción de siempre y puso de nuevo en marcha los preparativos para que todo estuviese dispuesto al tiempo del regreso de Pizarro. Envió carpinteros a cortar madera al río Lagartos para reparar las naves, que estaban muy maltrechas de los viajes pasados. Trató cortésmente a los castellanos que habían venido, a quienes antes había ignorado, y se preocupó de que estuvieran atendidos debidamente. La empresa se había salvado momentáneamente, pero quedaban sembrados los vientos que habían de traer futuras tempestades.

Regreso de Pizarro y reconciliación.— Mientras esto acontecía en Panamá, Pizarro —que se había trasladado a Trujillo una vez obtenidas las capitulaciones de Carlos V y del Consejo de Indias— se había reunido con sus familiares, aparte de por las naturales razones ya expuestas, para conseguir con su concurso incrementar el reclutamiento de hombres en Extremadura, ya que, si bien había obtenido de la Corona como ayuda a la organización 25 caballos y 25 yeguas de Jamaica, así como trescientos mil maravedíes para municiones y doscientos ducados para adquisiciones y transportes, también se había comprometido a regresar a las Indias en el término de seis meses y con doscientos cincuenta hombres, *los ciento i cinquenta Naturales de estos Reinos i otras partes no prohibidas; i los otros ciento, de las Islas i Tierra Firme del Mar Océano*.

Para entender lo anterior, conviene interpretar el concepto de *familia* en el concepto español rural de entonces. Casi todos son parientes en los lugares largo tiempo habitados por las mismas estirpes, llegándose a un parentesco general que, en el caso concreto de los Pizarro, le proporcionaba a Francisco hermanos por parte de padre y hermanos por parte de madre. Por encima de las muchas irregularidades que habían dado lugar a tan múltiples nacimientos, existía la relación de parentesco y el propio Francisco Pizarro había vivido con sus abuelos paternos, pese a lo anormal de su nacimiento.

En Extremadura halla Pizarro a sus hermanos Hernando, Juan y Gonzalo y a su medio hermano —por parte de madre— Francisco Martín de Alcántara, que le habría de ser fiel hasta la misma muerte. Contó enseguida con la adhesión de los suyos, pero no tuvo en cuenta que le habían de ser gravemente penosos, al entrar necesariamente en conflicto los compromisos con los lejanos socios y el natural deseo de intervenir en la empresa y en organizarla de sus hermanos.

El tiempo apremiaba ya —al contar Pizarro con un plazo limitado de seis meses para su regreso—, las semanas pasaban con velocidad desesperante, sin visos de que se pudieran reclutar a tiempo los ciento cincuenta hombres del cupo acordado, aunque en Cáceres, ya camino de Sevilla, se habían incrementado algo las huestes de Pizarro. Era preciso encontrar, además, el dinero necesario para preparar barcos y vituallas. En vista del lapso del tiempo —y como ya vimos— envía en noviembre de aquel año de 1529 un barco con veinte soldados, con las noticias de todo lo conseguido y copia de las capitulaciones.

Iniciado ya el año de 1530, el plazo expiraba y aún no había conseguido la recluta de gente a que se había comprometido, contando en total con ciento veinticinco voluntarios, número que ya no pudo incrementar. En efecto, el 18 de enero llega una orden del Consejo de Indias para que la Casa de Contratación mandase oficiales a visitar los tres navíos de Francisco Pizarro. Ante el riesgo inminente de que se abortase la empresa por haber incumplido su compromiso, se vio obligado a embarcar con un —navío más lento, y encomendó a Hernando Pizarro y a Candía convenciesen a los oficiales de que había partido con el número de hombres necesarios para completar el cupo, y que ellos habían de unírsele posteriormente en la Gomera, lo que tuvieron que creer los delegados oficiales.

Llegado Pizarro a Nombre de Dios, fue recibido con abrazos y euforia por su amigo Almagro, pero sabemos que éste se encontraba dolido por su postergación y pidió por ello explicaciones. Pizarro le hizo ver que le había

sido imposible conseguirle el adelantamiento, por haberse negado la Corona a concederlo sin el título de gobernador, no osando dar un mismo oficio a dos personas, y porque de no aceptar un título con el otro se corría el riesgo de que invistiesen con ambos a un tercero. Añadió que *la Tierra del Perú era tan grande que daba en ella para todos, cuanto más que, pues su intento había sido, y era, de que lo mandase todo como propio…* Se aplacó así Almagro, que nunca puso en duda la sinceridad de su amigo y socio.

Conflicto de Almagro con los Pizarro.— El regreso de Pizarro a Panamá, cubierto de honores y rodeado de sus hermanos, debió causar gran disgusto en el ánimo de Almagro, a pesar de la reciente colaboración. En efecto, Almagro, simple soldado, veía a su hermano de armas nombrado gobernador y capitán general. La presencia de los hermanos Pizarro, en especial de Hernando, hombre soberbio, alto y grueso, que se condujo desde el primer momento con los aires y autoridad de un jefe, sin serlo, en nada contribuyeron a aplacar el ánimo herido de Almagro. Este se vengaba regateando a los Pizarro los medios para la empresa e incluso para su manutención, dándoles para comer —según Cieza de León— nada más que tortillas de maíz, como a los negros y esclavos, llegándose así, por la prepotencia de uno y los recelos de otro, a una enconada y permanente enemistad, rivalidad que había de provocar el derramamiento de más sangre española que en las luchas posteriores con los indios.

Las intromisiones injustificadas de Hernando llegaron a ser tan gravosas, que Almagro pensó de nuevo en separarse definitivamente de la sociedad, e incluso llegó a ponerse en contacto con el contable Alonso de Cáceres y con Alvaro de Guijo para realizar por su cuenta una expedición. Conocidos estos hechos por Gaspar de Espinosa —al que hemos visto actuando desde un comienzo—, se alarmó mucho por los intereses que en la empresa tenía, comprendiendo que era gravísimo para la expedición el que los dirigentes se dividieran, porque entonces los voluntarios reclutados con tanto esfuerzo abandonarían. Por estas razones, decidió mediar entre los dos socios, o, por mejor decir, entre *pizarristas* y *almagristas*, pues estos partidos comienzan a perfilarse ya, aun antes de haber dado comienzo a la empresa.

Su mediación entre Almagro y Pizarro consiguió apaciguarles, no sin antes obtener de Pizarro la promesa formal de que no pediría al Rey ninguna merced, ni para él ni para sus hermanos, en tanto no hubiera conseguido para Almagro *una gobernación desde donde se acaba la de Pizarro; y que todo el*

oro y plata, piedras, repartimientos, naborías, esclavos, con otros cualesquier bienes o haciendas fuesen de ellos dos y del electo obispo Luque.

Conviene aquí comentar que Pizarro se avino a esta nueva capitulación por haberse producido un hecho que hacía imprescindible una reconciliación inmediata con Almagro. Este nuevo hecho era la llegada —producto de las anteriores gestiones de Rivera y Ruiz en Nicaragua— de Hernán Ponce y de Hernando de Soto, con dos navíos y hombres, lo que consolidó definitivamente la hueste que había para ir al Perú. Concertó con ellos Pizarro que le cedieran los navíos, pagando los fletes, a cambio de nombrar a Hernando de Soto capitán y teniente de gobernador en el pueblo más principal que se poblase, y a Hernán Ponce uno de los mayores repartimientos.

TERCER VIAJE DE DESCUBRIMIENTO

Almagro en Panamá, mientras Pizarro llega al Perú.— Tras estos acontecimientos, todo parecía listo y era preciso partir. Se reunieron los socios y acordaron *que Diego de Almagro quedase en Panamá, a recoger la gente que acudía de Nicaragua y de otras partes, y a proveer otras cosas que faltaban*. El gobernador partiría primero y esperaría en la isla de las Perlas a que se le reuniesen el resto de los voluntarios. Se llevaron las banderas a la iglesia de la Merced, comulgaron todos el 28 de diciembre de 1530 y a fines de enero de 1531 Almagro los veía partir hacia la isla de las Perlas y las tierras del sur.

Ya es conocida la labor de Almagro como aprovisionador en las primeras expediciones, y no debe extrañarnos que de nuevo se le encomendara una misión que ya había llevado a cabo con éxito en anteriores ocasiones. En este caso, sin embargo, influyó el hecho de embarcarse con Pizarro sus hermanos. El odio que —como vimos— sentía Almagro por Hernando Pizarro le obligaba a rehuirle y esto pudo contribuir a que no deseara participar en esta tercera expedición, salvo como aprovisionador y organizador desde la retaguardia.

Según Del Busto Duthurburu, existía otra razón para explicar su permanencia en Panamá. Almagro, según este autor, sufría de una dolencia vergonzante: tenía mal de bubas (tumores venéreos). Preferiría por ello permanecer en su casa de Panamá con sus dos hijos mestizos, habidos de Ana Martínez —que, como vimos, había sido legitimada en las capitulaciones— y de otra india llamada Mencía. En cualquier caso, es indudable que su actuación en este tercer viaje fue definitiva y que, sin su concurso, recabando los fondos necesarios y reclutando gente incesantemente, no hubiera podido llevarse a cabo la conquista.

Primeros factores de la expedición.— Salió Pizarro de Panamá, como queda visto, a fines de enero del año de 1531, en tres navíos con 180 hombres y 27 caballos, lo que ciertamente era muy poco para intentar someter a un imperio que podía alzar en armas a un ejército de más de 60.000 guerreros, aunque realmente los españoles no lo sabían. Tras el primer paso, habitual ya, por la isla de las Perlas, continuaron más lejos que en las ocasiones anteriores, hasta la bahía de San Mateo, donde efectuaron un breve desembarco, continuando hasta Coaque (o Quaque), pueblo principal, que los nativos con su cacique abandonaron ante la actitud de los españoles, que de modo brutal se aplicaban a la busca del botín. Es evidente que la nueva expedición —como comenta Sáenz de Santa María— *no tiene el carácter amigable de la primera: van a la conquista y al negocio*.

Desde luego, acumularon un gran botín en oro, pedrería y esmeraldas, que Pizarro determinó enviar a Panamá y Nicaragua para estimular a sus gentes. La mayor parte del oro tomado en Coaque fue enviado a Panamá en dos navíos, con carta a sus socios y amigos avisando *se diesen prisa a venir porque tenía gran noticia de la tierra de adelante y que la mandaba un señor sólo muy poderoso*. El resto del oro fue enviado en la otra nave a Nicaragua, a cargo de un tal Bartolomé Aguilar.

En Coaque permanecieron siete meses —al decir de Herrera— sufriendo las penalidades de un clima y de una enfermedad que acabó con la vida de muchos. Afortunadamente y cuando ya estaban por mudarse a otro lugar, obligados por las enfermedades y la falta de alimentos, avistaron un navío en el que primero pensaron que vendría Almagro, y que resultó venía de Nicaragua, con veintiséis hombres de a caballo y treinta peones, al mando de Sebastián de Belalcázar.

Todos reunidos, acordó Pizarro continuar explorando a lo largo de la costa, y pasando por el cabo de Pascio (Passaos) y por la bahía de los Caraques —sufriendo por falta de agua dulce— llegaron hasta Puerto Viejo, conviviendo pacíficamente con los indios durante estas jornadas.

Puerto Viejo, que en lugar de cacique tenía una cacica, era región rica en productos y con abundante pesca. Fueron los españoles bien atendidos por la cacica y decidieron descansar y reponer fuerzas, permaneciendo allí por espacio de dos meses. Con renovadas fuerzas, partieron a la isla de Puná, a sólo dos leguas de Tumbez, su primer destino en Tierra Firme.

En Puná comenzaron los contratiempos con los indios, cuyo cacique —Tumbala— les animó a que desembarcaran, procurando para ello incluso las balsas. Tratábase, sin embargo, de un ardid para acabar con los castellanos,

propósito que estuvieron a punto de conseguir. En Puná quiso Pizarro congraciarse con los de Tumbez —enemigos, como se recordará, de los puneños— liberando a seiscientos prisioneros que tenían los isleños de la gente de Tumbez y permitiendo a los de Tumbez que desolaran los campos y haciendas de Puná. Esto irritó aún más a los puneños, que atacaban continuamente a los castellanos, y que no fueron nunca sometidos totalmente, ya que se acogían a los pantanos y lugares inaccesibles.

Es por estas fechas cuando el carácter de Hernando Pizarro comienza a dar muestras de soberbia y a crear problemas, produciéndose una dura disputa entre él y el tesorero Alonso Riquelme, quien incluso se separó de la expedición y estuvo dispuesto a regresar a España *a dar cuenta al Rey de cosas de su servicio*. Hubo de enviar Pizarro a Alonso de Badajoz, quien lo alcanzó y lo trajo, consiguiendo Pizarro que se reconciliara con su hermano Hernando.

También por aquel tiempo llegaron nuevos hombres y caballos de Nicaragua, al mando de Hernando de Soto, a quien animara —como se recordará— la promesa de Pizarro de una tenencia general. Habíale dado ésta a su hermano Hernando con anterioridad, lo que desanimó a Soto, quien tuvo, sin embargo, que disimular su disgusto y conformarse con el nombramiento de capitán.

Engrosado el cuerpo expedicionario español con los refuerzos de Nicaragua, pensó Pizarro abandonar definitivamente la isla de Puná, donde continuaban las escaramuzas y rebeldía de los indios. Era ya el mes de marzo de 1532 y nada se sabía de una posible incorporación de Almagro, quien continuaba limitando su colaboración a la provisión de fondos y coordinación de los nuevos apoyos de Nicaragua.

Pensó Pizarro que en Tumbez acabaría la animosidad de los indios y el continuo guerrear con éstos, diciéndose que llegaba a tierra de amigos *y adonde creyó serían bien hospedados y proveídos; porque hasta entonces los de Tumbez debían mucho a los españoles y los españoles no nada a ellos*. Los de Tumbez incluso —a solicitud de Pizarro— prepararon y entregaron a los castellanos las balsas para facilitar el paso al continente. Fueron de nuevo los hombres de Pizarro víctimas de una traición y a punto estuvieron de perecer en el desembarco, mojados e incapaces como se encontraban, de no aparecer Hernando Pizarro providencialmente con la gente de a caballo, que había desembarcado al otro lodo del pueblo.

Consiguió Pizarro que el cacique del lugar se viera finalmente obligado a solicitar la paz, pero comprendió que era necesario proseguir con mayor

cautelo. Dejó, por ello, una guarnición de cincuenta hombres en Tumbez para proteger su retaguardia, antes de continuar hasta Poechos y luego a Tangarara, donde le pareció oportuno fundar la primera ciudad, que llamó de San Miguel y que —trasladada luego a Piura— tomó el nombre clásico de San Miguel de Piura.

El Tahuantinsuyu.— Pero antes de adentrarnos en lo acontecido a Pizarro durante esta etapa del descubrimiento, y paro mejor comprenderlo, conviene conocer, siquiera brevemente, el Tahuantinsuyu —nombre quechua del imperio incaico—, inmenso imperio que comprendía, aproximadamente, los territorios de las actuales repúblicas de Ecuador, Perú, Bolivia, con penetración hacia el Norte por Colombia y hacia el sur por la comarca de Chile y Tucumán en la Argentina. Dos pueblos de la misma raza, quechuas y aymarás, se repartían el territorio, y sus luchas forman los albores de la historia peruana. El primer inca fue Manco Cápac, señor del Cuzco y la tribu quechua, más inteligente y valerosa, apoyaba su gobierno, constituyéndose en clase dominante. Esto sucedía en época que debió corresponder, aunque es impreciso, con la Baja Edad Media europea.

Manco Cápac es el fundador de una dinastía conquistadora y bien organizada, que llevaba su autoridad hasta los límites extremos del inmenso imperio, mediante una red de caminos, con sus posadas y fortalezas, no sin analogías con el imperio romano. Manco Cápac había sustituido el totemismo por el culto al Sol, y Cuzco, la ciudad dominadora y capital del imperio, era una ciudad perfectamente estructurada, en cuyos palacios se acumulaban ingentes tesoros.

El último señor del Tahuantinsuyu, Huayna Cápac, que aun debió conocer la llegada de los españoles, cometió la torpeza de disponer a su muerte, en 1525, de una parte de su imperio, la comarca de Quito, en favor de su hijo bastardo Atahualpa, en perjuicio de su hijo legítimo Huáscar, si empleamos la terminología europea. Este último no consistió en la división del imperio y envió sus huestes contra Atahualpa, que fue vencido y hecho prisionero, aunque consiguió pronto escapar. Ya en libertad, reunió una gran ejército en las comarcas del norte del imperio, con el cual fue contra su hermano. En esta guerra dio pruebas de gran valor y sagacidad —haciendo uso de ambas cualidades posteriormente contra los hombres de Pizarro, como luego veremos— que acabaron proporcionándole la victoria sobre su hermano Huáscar. Atahualpa quedó dueño entonces de todo el Tahuantinsuyu.

Antes de que esto último sucediese, en plena guerra civil entre los quiteños partidarios de Atahualpa y los pueblos huascaristas, llegó a Tumbez

Francisco Pizarro, destinado a cambiar la historia del imperio. Pizarro, cuando tuvo noticias de estos hechos, debió pensar que la ocasión era propicia para un golpe de mano, al estilo del de Cortés en México. Pero no adelantemos acontecimientos.

Primeras noticias del Inca Atahualpa.— La cautela impuesta por los acontecimientos de Puná y Tumbez hacía lentísimo el avance de los españoles y —si Pizarro decide en alguna ocasión dividir la tropa— se esperan los contingentes unos a otros al llegar a los sitios acordados. Siguiendo esta táctica de tanteo cauteloso, envió Pizarro a Hernando de Soto con cuarenta hombres para que averiguara lo que había en la sierra cercana: las poblaciones, la actitud de los indios y el modo de vivir dé la gente.

Hernando de Soto se internó en la sierra y llegó al pueblo de Caxas, primer poblado andino que conocían, donde encontraron fuertes edificios de piedra, rebaños de llamas y buenas muestras de oro. Allí tuvieron también el primer contacto con un ejército dependiente de Atahualpa, quien —como vimos— se encontraba inmerso en feroz guerra civil contra su hermano Huáscar. En Caxas encontraron los hombres de Soto la primera evidencia de la crueldad de Atahualpa, que había hecho terribles justicias con los partidarios de Huáscar; por todos los cerros cercanos se encontraban los cuerpos colgados de indios que no se le habían sometido voluntariamente.

Es también en Caxas donde se reciben noticias concretas de la guerra civil entre los herederos de Huayna Cápac, tras un altercado entre Soto y un capitán de Atahualpa. Abrió Soto un *convento* de *macamonas*, o vírgenes del Sol, entregándolas a sus hombres, lo que motivó la justa indignación del capitán inca. Enterado Pizarro por un mensajero de la actitud soberbia del indio, aconseja a Soto se muestre humilde e intente traerlo consigo, lo que Soto hizo. Por este capitán de Atahualpa conocieron el estado de cosas, cómo Huayna Cápac, emperador de los incas cuando ellos llegaron, había muerto, y cómo el Perú se encontraba dividido por la guerra entre dos bandos irreconciliables.

Hernando de Soto regresó con minuciosas noticias sobre los pueblos de la sierra, la riqueza de la tierra, la cantidad de oro que habían encontrado y cómo —por los pueblos visitados de Caxas y Guacabamba— pasaba *el gran camino de los incas, que venía de Cuzco a Quito, por cuatrocientas leguas, con la maravillosa calzada de piedra, tan ancha que seis caballos, sin tocarse, iban a la par*.

La llegada de Soto con estas noticias levantó considerablemente la moral de los hombres, que venían desengañados por no haber encontrado en Tumbez los tesoros que tan elocuentemente había ponderado el griego Candía, y convenció definitivamente a Pizarro de que valía la pena realizar un esfuerzo definitivo para adentrarse en lo que ya sabía era un extensísimo imperio, prometedor de incalculables riquezas.

El gobernador, al que habían llegado rumores fidedignos de que Almagro seguramente se disponía a intentar algo por su cuenta, decide reunir todo el oro que pudo conseguir para enviárselo a Almagro, con los navíos que tenía en Paita, instándole a que abandonara cualquier otro proyecto y a que se le uniera lo antes posible. Simultáneamente envió presentes para Atahualpa al indio que viniera con Soto, en lo que fue la primera de varias embajadas entre el gobernador y el caudillo inca.

Derrota de Huáscar y preparativos de Pizarro y Atahualpa.— Desde la llegada de los españoles a Puná, había tenido Atahualpa noticia de todos sus movimientos cada día, e incluso cada hora. Los relatos que le llegaban describían a los españoles como una banda de facinerosos holgazanes, que en lugar de trabajar para su subsistencia se hacían mantener, que saqueaban cuanto hallaban a su paso, violaban a sus mujeres y se burlaban de sus creencias y del culto al Sol. Desde que Atahualpa supo de ellos, había determinado exterminarlos en cuanto tuviera ocasión propicia. Pero, conocedor de su escaso número, estaba entonces más preocupado por la guerra contra su hermano Huáscar.

Con ánimo de asestar el golpe definitivo a éste, se hizo fuerte en Caxamalca —Cajamarca— y envió a sus mejores capitanes contra las fuerzas de Huáscar en Cuzco. Huáscar, entretanto, había reunido también a todo su ejército en el valle de Xauxa, (Jauja). En este lugar había de librarse la batalla entre los dos poderosos ejércitos. La batalla fue terriblemente encarnizada y se resolvió en favor de Atahualpa, aunque con un saldo escalofriante: *Los muertos de ambas partes fueron, a lo que ellos dicen, más de cuarenta mil hombres, y algunos afirman pasar este número de setenta*, según crónica de Cieza de León. Posteriormente y llegado hasta el campamento de Atahualpa con engaños, fue hecho prisionero Huáscar y —tras ser sometido a todo tipo de vejaciones— se vio obligado a disolver su ejército para salvar la vida.

Tras la batalla de Jauja, se encontró Atahualpa con las manos libres para ocuparse de exterminar a los extranjeros. Hombre frío y sereno, decide hacerse fuerte cerca de Cajamarca, tranquilo en su campamento y rodeado de

cincuenta mil guerreros, sin hostigar a los españoles, ni impedir en modo alguno su avance; antes al contrario, envía emisarios con presentes y embajadas de buena voluntad. Quería esperarles en Cajamarca, degollar a todos, desollarlos para hacer trofeos de sus pieles y descuartizarlos.

Pizarro, aun intuyendo las aviesas intenciones de Atahualpa, decide jugarse el todo por el todo y sale de San Miguel, en busca de Atahualpa, el 24 de septiembre de 1532. Llevaba 102 infantes y 62 jinetes. El viaje, cruzando ríos y escalando altas montañas, fue sobrehumano. Llegados al pie de la sierra, descansaron durante un día. Desde allí, y tras penosísima subida que efectuó Pizarro en vanguardia, con cuarenta de a caballo y sesenta de a pie, se instalaron brevemente en la cima, con un frío intenso, y al poco tiempo decidieron continuar la marcha.

Recibieron en las jornadas siguientes varios emisarios del inca, con renovadas muestras de cortesía, llamas como presente y como ofrecimiento por parte de Atahualpa de aprovisionarlos durante el camino, así como noticias sobre el favorable resultado de la guerra civil a favor de Atahualpa y la prisión de Huáscar. Desconfiando de tantas protestas de amistad, esperó Pizarro a que regresara un indio de Piura que había enviado, a su vez, con presentes para Atahualpa y para conocer la verdadera posición de éste. El relato de este indio aclaró suficientemente la situación: Cajamarca había sido abandonada y el inca había acampado con su ejército fuera de la ciudad. Pizarro comprendió que su entrada en Cajamarca suponía el introducirse conscientemente en una trampa.

Cajamarca: derrota y prisión de Atahualpa.— En la tarde del 15 de noviembre de 1532, entraba el gobernador en la desierta Cajamarca. Situó Pizarro a su tropa, emplazando breve artillería en la parte alta de la fortaleza, y envió a Hernando de Soto, con veinte caballos y acompañado del intérprete Felipillo, a cumplimentar al inca Atahualpa en su campamento. Este, haciendo valer su dignidad de soberano, hizo esperar largo rato a Soto, lo que intranquilizó a Pizarro —temiendo que Soto y sus hombres hubieran sido muertos por el inca— y envió a su hermano Hernando para averiguar lo ocurrido, y para cubrir las espaldas de Hernando de Soto.

La actitud airada e intimidatoria de Hernando Pizarro hizo salir finalmente al inca, que llevaba varias horas haciendo esperar a Soto, quien —tomando a Hernando por el jefe principal— bebió con él en vasos de oro, haciéndolo luego con Soto en vasos de plata. Percatándose entonces Hernando Pizarro del error, le hizo ver que eran iguales y le manifestó el deseo del jefe de la

tropa castellana de invitarle a comer al día siguiente, para *darle cuenta de las causas por que había ido a aquella tierra*. Atahualpa aceptó ir con ese fin a Cajamarca al día siguiente.

A pesar de las mutuas cortesías, ambos jefes al día siguiente habrían de librar un combate decisivo. Los españoles pasaron la noche en vela, y Pizarro les expuso su plan, única esperanza de salir airosos frente a un ejército mucho más numeroso, y que consistía en apoderarse de la persona del inca. Repartió a los sesenta caballos en tres capitanías, y apostó en las bocacalles que daban a la plaza a los infantes, dando orden de que se mantuvieran ocultos hasta que disparase la artillería.

El 16 de noviembre por la tarde comenzó a desplegarse el enorme cortejo del inca, con suma lentitud. Llegó éste a la plaza de Cajamarca en litera sobre andas de madera recubiertas de oro, acompañado de mil indios con unas a modo de libreas, precedido por un escuadrón de ocho mil hombres y flanqueado por otros tantos. Pizarro, como tantos otros conquistadores en similares situaciones críticas, tuvo presente el fondo jurídico de la empresa y procedió a efectuar el *requerimiento*. Era preciso, mediante un intérprete, dar a conocer al jefe indígena los fundamentos de la fe católica, exhortándole a permitir su predicación, previniéndole que, de no aceptar, se le obligaría a ello por las armas.

Se acercó con este fin a la litera del inca el dominico fray Vicente de Valverde, quien comenzó su perorata en este sentido, ayudado por el intérprete Felipillo. Este, con su rudimentario español, más hecho al rudo lenguaje de los soldados que a las sutilezas teológicas del dominico, debió hacer llegar a los oídos del inca el más disparatado galimatías. Fatigado éste por situación tan absurda, arrojó con ira la Biblia que el fraile le presentaba. Dio entonces al gobernador la señal acordada y tronaron los cañones, en tanto que evolucionaban los jinetes irrumpiendo como un torbellino en la plaza y salían los infantes armados de las bocacalles, cercando a los indios de vanguardia.

En la terrible confusión que siguió, Pizarro, con veinte hombres escogidos, se acercó a la litera, apoderándose de la persona de Atahualpa.

No hubo batalla propiamente dicha, sino que gran número de indios fueron acuchillados sin siquiera sacar las armas que tenían ocultas bajo sus ropas, huyendo despavoridos y atropellando mortalmente a los más débiles en su desbandada enloquecida. No murió ningún español, ni se perdió un solo caballo. De esta manera dramática y fugaz acabaron conviniéndose los españoles en los árbitros del destino de todo un imperio.

EL RESCATE DE UN REY

El rescate o tributo.— Terminada la desbandada y prisionero ya Atahualpa en uno de los grandes galpones de Cajamarca, juzgó éste llegado su último momento. Preguntó a Pizarro *si le avían de matar*, a lo que contestó que no usaba de esos procedimientos bárbaros. Mientras este diálogo tenía lugar en el interior de la fortaleza, los españoles recogían el botín de la refriega, que fue incalculable y que Hernando Pizarro calculó en 40.000 castellanos de oro y 5.000 marcos de plata.

Viendo Atahualpa la codicia de oro de aquellos hombres, que se sobreponía al temor de la muerte, ofreció a Pizarro llenar la cámara en que se encontraba, de 22 pies de largo y 17 de ancho, de piezas de oro y de plata. Interpretan los más este ofrecimiento como un rescate que, una vez satisfecho, le valdría a cambio la libertad. En realidad fue más una promesa hecha ante el temor inmediato de la muerte, y una manera sutil de prolongarse la vida, que un compromiso formal de rescate a cambio de la misma, compromiso que —por otro parte— nunca manifestó Pizarro.

En cualquier caso, la idea de Pizarro —siguiendo el modelo y ejemplo de Hernán Cortés— era al de gobernar por medio del jefe natural, el inca, y de hecho le trataba con extrema cortesía, le sentaba a su mesa y guardaba con él la debida reverencia a la dignidad real que ostentaba, hasta el punto de permitirle recibiera a quien el mismo autorizase. Este fue, seguramente, un grave error de Pizarro, ya que el astuto utilizó esta libertad de comunicación para seguir impartiendo órdenes que habrían de afectar gravemente a esta etapa del descubrimiento.

El plan de Atahualpa era, desde luego, el exterminio de los españoles, pero necesitaba tiempo para reorganizar sus fuerzas. El ejército del inca estaba desconcertado, pero no había desaparecido, sino que había sido retirado por sus propios jefes, que permanecían a las órdenes de su soberano

o, que se entendía con ellos por medio de los que le visitaban. Con el cebo del rescate conseguía ganar el tiempo necesario para determinar lo que había de hacer con Huáscar —temiendo se convirtiera en el nuevo emperador con el apoyo de los españoles— y para acosar por todos los medios a los invasores. Es indudable que utilizaba las visitas autorizadas para continuar de hecho al frente de sus partidarios e impartir las órdenes conducentes a la eliminación de Huáscar y el hostigamiento a los invasores.

Entretanto, los castellanos, acompañados de los emisarios indios de Atahualpa, continuaban moviéndose por todo el país, recogiendo los tesoros con que habían de llenar la famosa cámara. Había informado el inca que los españoles podían hacerse con un gran tesoro en el estuario de Pachacamaj, en las costas, y que para ayudar a ello había enviado allí a uno de sus principales generales, de nombre Chalcuchima. Conocida la fama de las riquezas que albergaba el santuario, determinó Pizarro enviar allí a su hermano Hernando, con la doble finalidad de hacerse cargo de los tesoros que albergaba Pachacamaj y para conocer las actividades del general Chalcuchima, del que ya tenía información de que era el principal agente para organizar los ejércitos por orden de Atahualpa.

Partió Hernando Pizarro el 6 de enero de 1533, con veinte hombres, para cubrir un durísimo recorrido de doscientas leguas, en el que invertiría *al pie de cuatro meses*, según manifestaría posteriormente el soldado Luis de Maza. A los pocos días de salir envió a su hermano parte del botín recogido, informándole de que hallaba rastros de los ejércitos que supuestamente se estaban organizando.

Llegado a Pachacamaj, consiguió reunir —entre lo aportado por los caciques de la región y lo encontrado por él directamente en el santuario— 80.000 castellanos de oro y 4.000 marcos de plata. No encontró allí, sin embargo, a Chalcuchima, si bien recibió un mensajero de éste comunicándole que se reuniría con él en el camino de Cajamarca. No cumplió Chalcuchima ni ésta ni posteriores promesas de encuentro, por lo que Hernando —hombre colérico y decidido— se dispuso a copar a las fuerzas del jefe inca, lo que consiguió en Pombo, no lejos de Jauja, el 11 de marzo de 1533. Allí cercó a la vanguardia de Chalcuchima, que portaba 150 arrobas de oro. Se disculpó el general, arguyendo que le parecía poco y que había esperado reunir más antes de regresar a Cajamarca.

El 25 de mayo de ese mismo año de 1533 entraba Hernando Pizarro triunfalmente en Cajamarca, presentándose a su hermano, orgulloso, no sólo del cuantioso botín que traía consigo, sino también por haber conseguido traer

—prácticamente prisionero— al más importante de los generales de Atahualpa, *al que obedecía la mayor parte de la gente, más que al mismo Atahualpa*. La alegría de Hernando Pizarro pronto se vio oscurecida por la noticia de que Almagro ya se había unido a la expedición y se encontraba en Cajamarca.

La espera de Almagro y su viaje.— Largos meses —y sabido es que el tiempo es más largo cuando sé espera— fue consumiendo Almagro en la incertidumbre, entre la esperanza y el desasosiego, sin la menor noticia de los expedicionarios, sin saber si habían logrado poner pie en el fabuloso imperio que ya se anunciaba como cierto, o si habían sido dominados por la fuerza de los guerreros de aquél, sin duda poderoso. No dudaba de la pericia y del valor de Pizarro, pero siempre existía la duda de que se encontrara aislado en situación apurada.

Así transcurre todo el año de 1531 y dos tercios del de 1532, no habiendo recibido noticias desde la llegada del barco de Hernán Ponce que —como recordamos— había sido enviado de regreso por Pizarro con el oro de Cuaque.

Esta angustiosa espera, sin noticias de su socio, unida a las viejas rencillas y recelos ocasionados por las capitulaciones, había decidido a Almagro a *poblar* por su cuenta, intención que —como se recordará— fue conocida por Pizarro, a través de los refuerzos que llegaban de Nicaragua, pasando por Panamá. Llegó ello también al conocimiento de las autoridades en Panamá, que naturalmente apoyaban la expedición de Pizarro, como gobernador nombrado por el rey. Así, en octubre de 1532, cuando Pizarro se encontraba camino de Cajamarca, el Cabildo de Panamá citó a Almagro y le conminó a jurar sobre un ara consagrada que partiría en auxilio de su socio, según estaba convenido.

Ante estas presiones —y desistiendo de hacer nada por su cuenta— Almagro va en busca de Pizarro tras allegar 153 voluntarios, con 50 caballos y armamentos. Parte en dos naves: una de dos gavias que construyó al efecto, y la de Hernán Ponce que le llegara de Cuaque. Con ellos iba el piloto Bartolomé Ruiz, buen conocedor de aquellas costas.

En la bahía de San Mateo se les unió una nave venida de Nicaragua al mando de Francisco Godoy. Envióle Almagro a decir que, puesto que él era socio de Pizarro e iba a socorrerle, que juntaran sus fuerzas, pasando Godoy a prestarle obediencia. No pareció éste muy conforme, pero finalmente se

avino. Determinaron que Almagro fuera con sus hombres por tierra, mientras Godoy continuaba por mar.

En Passaos y en la Punta de Santa Elena tuvieron noticias más bien vagas de las gentes de Pizarro, pero finalmente, en Tumbez, se conocieran los éxitos de la expedición, la fundación de la ciudad de San Miguel y la derrota y apresamiento del inca. Volvió este navío a comunicarle las excelentes noticias a Almagro, alcanzándole antes de llegar a Puerto Viejo. Llegó muy oportunamente, porque los hombres de Almagro habían sufrido lo indecible, atravesando ríos y ciénagas, faltos de mantenimiento y enfermos, siendo causa de que murieran más de treinta de ellos, y ya pensaban en regresar a Panamá.

Comunicadas las nuevas al mariscal —nombre y título que correspondían a Almagro, de acuerdo con las capitulaciones—, se entera éste de las portentosas noticias del éxito de la penetración de Pizarro y los suyos en las tierras del inca: fundación de San Miguel, avance por el *camino real del Inka*, recepción y regalos por parte de Atahualpa, hijo de Huayna-Cápac —el inca que era emperador cuando llegaron los españoles por primera vez a aquellas tierras—, que había vencido en una cruenta guerra a su hermano Huáscar, prisionero de sus generales.

Supo también de la llegada de los españoles a una ciudad, en la sierra, llamada Caxamalca (Cajamarca), donde el inca Atahualpa los había visitado, aunque con intención de sorprenderlos, cayendo él prisionero gracias a la audacia de Pizarro. Pero la mejor noticia fue la de que el rey prisionero había prometido como rescate llenar de metales preciosos la habitación donde estaba preso y que, por aquellos días, ya se había reunido un fabuloso tesoro, recogido por castellanos y por indios en todos los puntos, incluso alejados, de aquel increíble y riquísimo imperio.

Almagro envió entonces a su secretorio, Rodrigo Pérez, a entrevistarse con Pizarro, anunciándole su llegada. Cuál no sería el asombro de Almagro cuando —regresado ya su secretario— recibió la visita de Pero Sancho y Diego de Agüero, enviados por Pizarro, preguntando si era cierto o no que pensaba fundar por su cuento, sin hacer caso de los compromisos contraídos. Se indignó Almagro y preguntó cómo podía Pizarro haber pensado tal cosa. Agüero y Sancho se lo explicaron: había sido su propio secretario, Rodrigo Pérez, el que había llevado este chisme. La palabra *chisme* hemos de repetirlo aún muchas veces, pues fue enfermedad endémica de esta conquista, produciendo infinitos males. En efecto, Rodrigo Pérez había comunicado al gobernador que Almagro había venido a poblar por cuenta propia,

indisponiéndole así con su camarada. La traición era tan flagrante, que Almagro ordenó proceso a Pérez, ajusticiándolo a continuación: *Lo ahorcó de la antena del navío*, lo que a todos *no pareció mal este castigo* (Herrera). Era esta la primera sangre española que se derramaba en el Perú por obra de los mismos españoles. Desgraciadamente, no sería la última.

No podemos conocer las verdaderas intenciones de Almagro. El cronista Cieza de León relata que *algunos de los que hoy son vivos, quieren decir que Almagro tuvo propósito de no acudir con el socorro a Pizarro, sino meterse hacia el Norte a ocupar lo de Quito, y enviar al Rey a pedir en gobernación*.

Para Almagro desde luego estaban claras las intenciones de su socio, que con Agüero y Sancho había enviado cartas *avisando cómo había preso a Atabalipa, de quien esperaban grandes tesoros; que se diese prisa a andar, porque en todo tenían partes*. Tranquilizado Almagro con estas cartas, se ponía poco después en movimiento, comprendiendo que, si había que decidir la suerte y dirección ulterior de la campaña, él debía estar presente, como parte principalísima que era de la empresa.

Sale Almagro de San Miguel y se encamina a Cajamarca a encontrarse con su socio, pasando por Tangara, donde habían quedado los oficiales del rey. En las cercanías de Cajamarca salió Pizarro a recibirle, abrazándose ambos con la vieja amistad y afecto. Ya entonces —y según algunas crónicas— *tenían el uno del otro sospecha y algún rencor secreto de enemistad, manada de ambición*. Los oficiales del rey, encargados de cobrar los *quintos reales* no son ajenos —al seguir su propia política estrictamente económica— a la complicada relación entre Pizarro y Almagro, como consecuencia de la cual se van perfilando dos bandos opuestos.

Atahualpa supo que Almagro, el capitán que venía, era igual a Pizarro en el mando, y quiso conocerle, para ganarse también su favor. Almagro visitó a Atahualpa *y haciéndole gran reverencia, le besó las manos y holgó con él*. Reunidos los dos socios en Cajamarca para llevar a cabo juntos la futura empresa, se cerraba el primer capítulo de la conquista. Pero aún quedaba mucho por hacer.

Ordenes secretas de Atabualpa, reunión del tesoro y muerte de Huáscar. — Los meses anteriores a la llegada de Almagro habían sido de alegría, pero también de inquietud. De alegría al comprobar que llegaban nuevas embajadas de indios para completar el tesoro prometido, y de inquietud porque se sabía que ejércitos regulares incaicos se movían por las serranías cercanas.

Atahualpa había mandado que *para su cumplimiento* —el de la promesa de llenar de oro la famosa habitación— *se llevase con toda brevedad a Caxamalca todo el oro y plata que hubiere, y que en ninguna manera se imaginase tratar de guerra con los castellanos, con los cuales no convenía sino la paz, y que fuesen respetados, y obedecidos como su Persona*. Pero, como veremos, estas órdenes conocidas se complementaban con otras secretas, en las que daba instrucciones a sus generales y oficiales para que no revelaran los lugares donde había más riquezas y —escondiendo parte de éstas— entregaran sólo lo necesario para completar el tesoro.

Fuera o no la intención de Atahualpa ganar tiempo, lo cierto es que había transcurrido ya el plazo de cuarenta días acordado y el tesoro aún no se había completado. Decide entonces Pizarro —de común acuerdo con Atahualpa— enviar a tres españoles al Cuzco para activar la recogida de tesoros, dando Atahualpa instrucciones de que se les entregaran. Salen así, en 15 de febrero, hacia la antigua capital incaica Martín Bueno, Juan de Zárate y Pedro de Moguer, con instrucciones de no maltratar en ningún caso a los indios.

Simultáneamente seguían llegando nuevas remesas de toda clase de tesoros de oro y plata, en forma de ídolos, vasijas, estatuas, muebles recubiertos de planchas de oro, etc., a cuya fundición procedían los españoles. Es entonces —en medio de esta constante y fabulosa acumulación de tesoros— cuando llegó a Cajamarca Almagro y su gente, el 14 de abril de 1533.

EL Cuzco era, sin duda, el lugar que más tesoros reunía y hacia allí partieron los tres emisarios de Pizarro. Fueron agasajados por los indios durante todo el camino —evidentemente, obedeciendo instrucciones de Atahualpa— y, llegados a Jauja, recibieron de Chalcochima siete cargas de oro y otras siete de plata, que enviaron con un negro a Cajamarca.

En Cuzco hallaron los castellanos a otro general de Atahualpa —de nombre Quizquiz (o Quis-Quis)—, que se opuso a que los castellanos visitaran la ciudad libremente, aunque les entregó gran cantidad de oro. Había Quis-Quis saqueado Cuzco al derrotar y aprisionar allí a Huáscar, pero no se había atrevido a desmantelar el templo del Cosicancha (patio de oro), y quedaban en él grandes tesoros. A pesar de ello —y al decir de los partidarios de Huáscar— faltaba mucho oro, y se echaba la culpa de su desaparición a Chalcuchima. Los españoles estaban convencidos de que a él se debía la ocultación y así —cuando fue, como vimos, conducido a Cajamarca por Hernando Pizarro— se le llevó a presencia de Atahualpa para que éste le obligara a revelar el escondrijo. Sólo mediante tortura admitió Chalcuchima —si le quitaban de delante a Atahualpa— que había dado orden a Quis-Quis

de que ocultara el oro, quedando de esta manera en evidencia que era Atahualpa quien le había prohibido hablar.

Pero las órdenes secretas de Atahualpa no se circunscribían a la ocultación de tesoros a los castellanos. Tras la derrota de Huáscar en Jauja, había sido éste hecho prisionero por Chalcuchima y Quis-Quis, que cometieron terribles crueldades con los huascaristas y pasaron a cuchillo a treinta hermanos del inca. Si duda también se le hubiera dado muerte, pero aconteció entonces la derrota y prisión de Atahualpa.

Conocida por Pizarro la prisión de Huáscar, interrogó sobre ello a Atahualpa, y sobre las intenciones que tenía sobre su regio hermano. Había simulado Atahualpa condolerse por el aprisionamiento de su hermano, pero lo cierto es que al poco tiempo los generales de Atahualpa dieron muerte a Huáscar y lo arrojaron al río, sin darle sepultura. ¿Quién es el responsable de esta muerte? Casi todas las versiones coinciden en afirmar que su muerte obedeció a órdenes secretas de Atahualpa, que *despachó luego mensajero a Chellicuchuma que matasen luego a Huáscar*. Vemos, pues, cómo Atahualpa —desde su prisión, en la que era objeto de las atenciones propias de un rey— seguía gobernando sobre sus súbditos.

Reparto del tesoro.— Los increíbles tesoros acumulados —muchos de los cuales constituirían hoy inapreciables piezas de arte para los museos— aparecerían entonces a los ojos de los castellanos como muestras bárbaras de cultos idólatras y su único destino era el horno de fundición. A esta labor de fundición se dedicaron con ahínco los españoles, con el concurso de los hábiles fundidores indígenas, con tanto rendimiento que en un solo día se llegaron a fundir barras por valor de 80.000 pesos.

Había llegado el mes de mayo de aquel año de 1533, y juzgó Pizarro que era ya urgente enviar algo a España. El 23 de aquel mismo mes llegaba uno de los enviados al Cuzco y el día 13 de junio los otros dos, con un enorme cortejo de indios que traían en angarillas voluminosos cántaros llenos de oro y plata, así como grandes planchas de oro. Consideró entonces Pizarro que el tesoro había sido reunido totalmente y se dispuso a realizar el reparto.

Repartir el tesoro con equidad constituía un difícil problema, ya que había varios grupos y con méritos distintos: los almagristas —venidos tardíamente con el mariscal— argumentaban que sin su presencia la situación de los castellanos se hubiera debilitado y que sólo con su llegada se había podido reunir el botín sin dificultades; los que habían venido de San Miguel —que habían subido a la sierra ante el inminente reparto— argüían del mismo modo; los méritos de quienes habían derrotado y hecho preso al inca eran

claros y recientes, y los que habían ido por montañas y valles, buscando y recogiendo el oro, ponderaban y engrandecían sus muchos padecimientos y enormes trabajos.

Pizarro, que temía graves desaveniencias como consecuencia del reparto, utilizó la autoridad de su cargo y toda su habilidad para zanjar las disputas tomando una decisión terminante: se separaron —como regalo al rey— 100.000 pesos, 20.000 para los que habían venido con Almagro y el resto —para sí mismo y para los demás— según los méritos de cada uno, diferenciando a los de a caballo y a los de a pie. En total, deducidos los derechos de *quilatador, fundidor, marcador y costas que la compañía ha hecho*, se repartieron un millón trescientos veintiséis mil pesos y al emperador le correspondieron, de sus quintos del oro, doscientos setenta y dos mil pesos.

Viaje de Hernando Pizarro a España y muerte de Atahualpa.— Pizarro estaba intranquilo pensando que un súbito revés podía poner en peligro todo lo conseguido, y quiso enviar a España cuanto antes la inmensa suma que suponía el *quinto real*. Para el envío del regalo (y las muestras de la enorme riqueza del mundo que se comenzaba a conquistar) designó Pizarro a su hermano Hernando, permitiendo que le acompañaran todos lo que quisieran regresar a la patria.

Quiso también Almagro aprovechar el viaje de Hernando para encomendarle le procurase del emperador su nombramiento de gobernador y adelantado de la tierra por descubrir, desde donde terminaba la gobernación de Pizarro, dando poder bastante a Hernando Pizarro para que lo negociase, y prometiéndole más de veinte mil ducados por el trabajo. Aunque Hernando se comprometió a conseguirle el adelantamiento, no confió Almagro plenamente en él, y rogó en secreto a Cristóbal de Mena que, si viese que Hernando no lo hacía bien, le transmitiera su deseo en la corte, informando a los señores del Consejo Real.

Partió Hernando Pizarro con los viejos y enfermos y, recogiendo también a los de San Miguel, llegó a Panamá, donde por primera vez vieron directamente los resultados del descubrimiento del Perú. Las gentes de Panamá quedaron maravilladas y muchos pensaron en llevar mercaderías al Perú, donde las huestes de Pizarro —que tenían gran abundancia de oro, pero no en qué gastarlo— habían hecho que las cosas tuvieran los precios más extravagantes. Tal cantidad de oro pasó por Panamá, que *solamente por partir barras de plata y de oro, quedó rico extrañamente un herrero*.

La partida de Hernando Pizarro contribuyó, indirectamente, a la muerte de Atahualpa, ya que él siempre había defendido que los rumores que hablaban de que Atahualpa organizaba secretamente un ejército para ir contra los castellanos eran falsos, defendiendo en todo momento las buenas intenciones del inca.

Ciertamente eran frecuentes las noticias de los malos propósitos del inca en relación con los españoles y el mismo Pizarro daba algún crédito a las mismas, porque envió a Hernando de Soto hasta el río de Levante para que averiguara la veracidad de estos hechos. El propio cacique de Cajamarca aseguró que —por orden del inca— se acercaba su general Rumiñaui con un ejército, que se retiró también por órdenes suyas tan pronto descubrió que sus intenciones eran conocidas. Esto se confirmaba también por otras versiones, como la de Estete, quien dice taxativamente que *comenzóse a certificar entre los indios que él* —el inca— *había mandado venir gran multitud de gente sobre nosotros. Esta nueva se fue cundiendo tanto, que se tomó información de muchos señores de la tierra que todos a una dijeron verdad, que él mandaba sobre nosotros para que le salvasen*.

Los hechos son, en cualquier caso, confusos y aún contradictorios.

La expedición de Hernando de Soto al río de Levante, para ver si encontraba movimiento de tropas, no halló nada. Por otra parte, que los indios estaban en pie de guerra parece indicarlo el que los españoles encontraron tropas en el camino hasta el Cuzco, como veremos.

Las noticias sobre las traidoras intenciones del Inca eran alentadas por el odio que los indios tenían contra Atahualpa, y en particular los *yanaconas*, que *sembraban nuevas falsas, y daban a entender a los intérpretes que se movían alborotos, e inquietudes para el desasosiego de los Castellanos*. Los propios intérpretes contribuían a incrementar las noticias alarmantes, y en especial Felipillo, por razones poco honorables. Herrera lo relata de este modo: *… Dicen que Atahualpa tenía muchas y muy buenas señoras de concubinas, y que Felipe la* lengua —intérprete— *se enamoró de una de ellas, y que no atreviéndose a conseguirla, por el respeto del Inga, le pareció que le sucedería su designio con su muerte, y que tuvo sus pláticas con los* Yanaconas, *que estaban en el exército castellano, y con los indios enemigos de Atahualpa, y que los unos por la enemistad, y los otros por la libertad, lo publicaron y así lo afirmaron*.

El nerviosismo y la incertidumbre sobre su propia seguridad crecía entre los castellanos en Cajamarca, quienes empezaron a pensar que la única manera de terminar con esta zozobra era dar muerte al inca. Pizarro, a quien

repugnaba la idea de dar muerte a Atahualpa, envió —como vimos— a Hernando de Soto a cerciorarse de si había o no movimiento de tropas o preparativos de guerra entre los indios. Pensó también en dar la dignidad de inca a Topa Hualpa, hermano de Atahualpa, desposeyendo al prisionero, pero estimó que no era solución suficiente.

Finalmente y forzado por la presión que todos ejercían en el mismo sentido, se vio obligado a abrir un proceso contra Atahualpa, sin esperar al regreso de Hernando de Soto, quien —como se recordará— no encontró indicios que acusaran al Inca lo que tal vez hubiera salvado la vida de éste.

En la marcha del proceso se argumentaron las crueldades de Atahualpa con los indios, las *justicias* terribles que había mandado hacer con los partidarios de su hermano Huáscar, el asesinato de éste —que nadie dudaba había sido ejecutado por orden suya— y todas las confirmaciones de las órdenes que, en secreto, impartía contra los españoles.

Pizarro se resistía a la ejecución de Atahualpa. Almagro, sin embargo, era quien más insistía en su muerte, apoyado por los oficiales reales. Estos —en testimonio de Trujillo— *requirieron al gobernador que matase a Atabalipa, porque si él vivía el Rey perdería mucha cantidad de moneda*, añadiendo luego *por ser indio tan velicoso*. Pizarro se vio así obligado por una razón a la que en modo alguno podía hurtarse: el servicio del rey.

Todos eran contrarios a Atahualpa, salvo Pizarro, que no contaba con argumentos suficientes para evitar la sentencia. Así se llega a la decisión de darle muerte, sentencia que no tuvo inconveniente en firmar el padre Valverde, que había conducido el proceso, *y con esto se pronunció la sentencia para que fuese quemado*. El mismo padre Valverde instó a Atahualpa a que entrase en la religión cristiana, a lo que accedió el inca para evitar la terrible muerte por fuego. *Por esto no le quemaron vivo, sino que se mandó que le ahogasen*, lo que se hizo.

El cuerpo de Atahualpa permaneció en la plaza toda la noche, velado por una guardia de soldados españoles, ante los lamentos desgarradores de las mujeres del muerto. Pizarro tomó las medidas oportunas para que la noticia fuera difundida y al mismo tiempo prodigó a Atahualpa las exequias propias de su dignidad de monarca, asistiendo a las ceremonias fúnebres todos los españoles.

Las consecuencias de la muerte de Atahualpa fueron diversas. Por una parte, los partidarios de Almagro habían visto sus deseos cumplidos; todos los españoles con este ajusticiamiento se veían embarcados por igual en los acontecimientos que subsiguieran; chalcuchima, con la natural alegría por su

parte, salía de la cárcel; los caciques de los pueblos cercanos quedaron anonadados por el poder de estos extranjeros, que podían dar muerte a su señor casi divino. Sin duda, el único que no se sentía en absoluto satisfecho era Francisco Pizarro.

Otra consecuencia de la muerte de Atahualpa fue que —al difundirse la noticia, siguiendo las instrucciones de Pizarro— *la fama de la muerte de este Príncipe* —según relato de Herrera— *pasó volando por todos los Reinos de su Imperio, y se detuvieron muchas cargas de Oro, que de diversas partes acudían al mandamiento del Inga*. Así pues, los oficiales del rey, que habían querido proteger los intereses del monarca, obtuvieron efectos contraproducentes desde el primer momento.

ACTIVIDADES COLONIZADORAS

El nuevo Inca.— Desaparecido Atahualpa, era preciso buscarle sucesor. Esto era importante para hacer posible la acertada política de que la soberanía española entrara por la vía de un pacto de sumisión con el rey indio, pero también porque un imperio organizado de colosales dimensiones no se podía dejar abandonado a la anarquía, y ya sabía Pizarro lo endeble que era en algunos territorios la obediencia a los cuzqueños.

Decidió Pizarro recabar consejo de los nobles incas reunidos en Cajamarca. Siendo los que allí se encontraban partidarios de Atahualpa y no de Huáscar, no dudaron en que la elección debía recaer sobre un pariente del inca ajusticiado y el señalado fue Toparca o Tupac-Hualpa. Se hicieron enseguida las ceremonias propias del Perú, y el inca fue investido de tal dignidad con la bola roja, propia de su rango, participando Pizarro en las ceremonias y haciéndole entrega de un real estandarte, al tiempo que pactaba con él una relación de amistad y vasallaje al rey de España.

Camino de Cuzco.— La muerte de Atahualpa y el nombramiento del nuevo inca parecía —al creer de los españoles— cerrar definitivamente una etapa en el proceso de dominación de aquellas tierras.

Aunque asentado en Cajamarca, Pizarro comprendía que la ciudad no era en modo alguno el centro del imperio incaico y que era preciso trasladarse a Cuzco, la antigua capital del imperio de Huayna-Cápac, donde además permanecía intacto todo el ejército indio. Decidió partir, por tanto, hacia Cuzco, no sin antes tomar medidas para dejar protegida su retaguardia.

Quiso, ante todo, conocer Pizarro la llegada de cualquier nuevo contingente español y —como quiera que la entrada natural en el Perú desde Panamá era por San Miguel— determinó enviar allí a persona de su confianza. Ausente su hermano Hernando, en quien más confiaba,

necesitando a Hernando de Soto para el avance militar hacia Cuzco, y no pudiendo encomendar esta gestión propia de un subalterno a Almagro, no quedó otro que reuniera mayores condiciones en su opinión que Sebastián de Belalcázar.

Esta decisión entrañaba un peligro que Pizarro era imposible pudiera prever. Con Belalcázar partió el piloto Juan Fernández, quien —disgustado— abandonó Perú dirigiéndose a Guatemala. Allí habría de traicionar a Pizarro, poniéndose a las órdenes de Pedro de Alvarado, e induciéndole a cambiar sus proyectos de dirigirse a *la Especiería*, encaminando su armada —por consejo de Juan Fernández— hacia Perú. Este cambio en sus proyectos ocasionaría graves conflictos en el Perú.

Una vez encomendada la protección de San Miguel a Sebastián de Belalcázar, partió Pizarro de Cajamarca, después de haber estado siete meses en aquella hermosísima tierra. La hueste marchaba bien organizada, a pesar de que los castellanos consideraban la marcha hacia Cuzco más bien como un *paseo*, llevando con ellos al recién nombrado inca. Pasaron por Andamarca —donde había sido asesinado Huáscar— y continuaron su avance sin encontrar resistencia, observando los destrozos ocasionados por la guerra entre Atahualapa y Huáscar. Llegaron así hasta el valle de Jauja.

Como Diego de Agüero hubiera encomiado las riquezas de la ciudad de Jauja, decidió Pizarro enviar a Almagro con otros capitanes a que prepararán el camino. Tuvo Almagro allí la primera escaramuza con indios desde que partieron de Cajamarca. Llegados a Jauja, los indios quisieron oponer nueva resistencia, pero ésta fue deshecha sin dificultades por Hernando de Soto.

Maravillado Pizarro por la belleza de Jauja, pensó en fundar allí una ciudad castellana, centro de la nueva gobernación, para lo cual designó al tesorero Riquelme, mientras la columna —con Hernando de Soto en la vanguardia— continuaba adelante. Mientras Hernando de Soto continuaba hacia Vilcas, moría el inca Tupac Hualpa. Quedaba como único inca de categoría junto a los españoles el general Chalcuchima, del que Pizarro tenía sospechas y cuya muerte concluiría por ordenar.

Resistencia inca y entrada en Cuzco.— Llegó Soto hasta Vilcas, donde tenían noticias de que le esperaba el ejército de Quis-Quis —que desde Cuzco organizaba la resistencia— para presentarle batalla, pero el ejército de éste había salido para un chaco o cacería. No tuvieron los castellanos la prudencia de esperar al regreso de los indios, tomando posesión en cuanto llegaron de todo lo que había en Vilcas. Ya de noche, cayeron sobre ellos por sorpresa los

indios, que, tras enconada batalla, en la que muere uno de los caballos, obligaron a los españoles a encerrarse en la plaza de Vilcas. Esta derrota se completó al día siguiente, en que los indios volvieron al ataque. Para *comprar* su salvación hubieron de devolver los españoles las mujeres y bagajes que habían tomado. Supieron entonces los indios, por primera vez, que los caballos eran vulnerables y que los españoles podían ser derrotados por la fuerza del número.

Tuvo entonces Soto la tentación, con la aprobación de quienes le acompañaban, de continuar sin esperar la llegada de Pizarro. Esta decisión les condujo al borde de la catástrofe. Llegados a Vilcaconga, encontraron que los indios se habían fortificado, cavando hoyos para impedir el avance de los caballos. Desertaron de entre los indios trescientos, que no estaban conformes con los soldados de Atahualpa, y que ofrecieron su ayuda a los castellanos. Soto, creyéndoles espías, los hizo mutilar y devolver a su campamento.

El error de Soto pudo costar la vida a todos, pues al día siguiente —ya en Vilaconga— arremetieron contra ellos los indios, haciendo estragos entre los españoles. Murieron ese día cinco españoles y quedaron heridos diecisiete, además de perder un caballo y una yegua. Los indios que más daño causaron fueron aquellos trescientos que querían venir en paz. Llegó así la noche, que presagiaba el fin de las huestes de Soto al día siguiente.

En esta ocasión comienza el protagonismo conquistador de Almagro. Veamos: Sólo salvó a los hombres de Hernando de Soto de una muerte cierta la providencial llegada de Almagro, que había sido enviado por Pizarro, al tener éste noticia de la audacia de la vanguardia. Avanzó Almagro con una veintena de hombres, haciendo que el trompeta Alconchel hiciera sonar su instrumento, para anunciar a Soto la llegada de refuerzos. Al oírlo, los indios creyeron que llegaba un gran contingente, y abandonaron silenciosamente el cerco.

Aquella resistencia en Vilcacocha demostró a Pizarro la intención de Quis-Quis de oponerse por todos los medios a la entrada de los españoles en Cuzco. En las jornadas siguientes se pasó al campo cristiano el cacique Chilche. Pizarro fue informado por el cacique Chilche de que, como heredero de Huayna-Cápac, era el nuevo inca y poco después —antes de la entrada en Cuzco— se procedió a su *coronación*, para establecer en la antigua capital del imperio los pactos con el señor de la Tierra, fundamentalmente para obtener la obediencia de los naturales.

Poco antes de llegar a Cuzco, en la fortaleza de Sacsa-Huamán, hicieron los indios un último y desesperado esfuerzo por resistir, aunque inútilmente,

ya que —como resultado de la larga guerra civil— cundía entre ellos la desunión. La defección de Manco contribuyó también a minar su moral, y finalmente Quis-Quis dio la orden de abandonar Cuzco, no sin antes saquear, devastar e incendiar la ciudad.

Después, todos los conquistadores, con su impedimenta, entraban en Cuzco. Al poco tiempo habían reunido un enorme botín de plata, oro, joyas, ricos vestidos, plumas, etc., que constituyó una suma inmensa. Tocó a cada uno de los cuatrocientos ochenta hombres que ya componían la hueste unos 4.000 pesos por cabeza, lo que suponía un total de cerca de dos millones de pesos. Los indios de acompañamiento también tuvieron su parte en el botín, si bien no en oro y plata, sino en los ricos despojos de las casas y palacios de la que había sido la capital del más importante imperio indígena de América.

Se decide, después de instalados los castellanos en el Cuzco, ir ocupando toda la tierra, apenas segura en manos de la conquista. Los indios estaban revueltos. Rumiñaui, camino de Quito con el cadáver de Atahualpa, había asesinado a gran parte de la nobleza incaica que lo acompañaba y Quis-Quis reorganizaba sus fuerzas en los cerros vecinos, dispuesto a resistir a los españoles hasta el final.

Expedición de Belalcázar a Quito.— Sebastián de Belalcázar había sido enviado a San Miguel por Pizarro, siendo su misión principal —aparte de la general de defender la tierra de cualquier ataque de los indios— la de agrupar a las gentes venidas de otras partes de las Indias y, al mismo tiempo, servirles de barrera.

Tuvo Pizarro noticia, por informes de Gabriel de Rojas que no dejaban lugar a dudas, de que había llegado de Nicaragua a Perú Pedro de Alvarado, con un buen golpe de gente, y de que era su intención poblar por su cuenta Quito y la parte más septentrional del dominio de los incas. Pizarro resolvió, como veremos, que Almagro fuera al encuentro de Alvarado. Mas para actuar inmediatamente e impedir que Alvarado, desembarcado más al Norte, se dirigiera hacia Quito y lo ocupase antes que sus tropas, Pizarro acordó enviar desde San Miguel a Sebastián de Belalcázar —con las gentes venidas de Panamá, que iban entrando normalmente en la hueste de Pizarro— para ganar por la mano al entrometido Alvarado.

Belalcázar partió hacia Quito, animado porque le llegaban noticias de que existían riquezas que los quechuas, aún dominantes en el norte, habían guardado, y porque *también quería gloria de haber conquistado nuevas tierras*. Al lucido cortejo que llevaba Belalcázar, se le unieron los indios

cañaris, duramente tratados por los incas en su aún reciente conquista de aquellas tierras.

La expedición de este caudillo fue mucho más dura que las habidas hasta entonces, ya que el avance supuso un continuo batallar contra los ejércitos incas, más poderosos que nunca. En efecto, Quis-Quis se había unido —con las tropas salvadas de Cuzco— a Rumiñaui, con lo que el ejército indio se fortalecía notabilísimamente. En más de una ocasión pasó la hueste española por situaciones críticas, pese a estar constituida por doscientos hombres con buenos caballos, y mal lo hubiera pasado de no ser por la alianza de los cañaris.

Tras varias derrotas en batallas contra los españoles, la defensa de Quito era ya casi imposible para Rumiñaui, entre otras cosas porque se había hecho impopular con sus crueldades y nadie acudió a ayudarle. Así, mientras los incas se retiraban con sus efectivos militares, entraron pacíficamente en Quito los españoles. Belalcázar envió a sus capitanes, con gran parte de la tropa, a perseguir a Rumiñaui. Pero la huida de los indios había obedecido a una táctica y —enterados de que en Quito quedaba poca gente— volvieron a caer con su ejército sobre la ciudad. Una vez más, la fidelidad de los indios cañaris salvó a los españoles, pues les avisaron a tiempo del peligro en que se hallaban. Los hombres de Belalcázar, reorganizándose a tiempo, derrotaron al ejército de Rumiñaui, apoderándose de gran botín. Así concluía la campaña de Quito.

Expedición de Pedro de Alvarado.— Entretanto, Diego de Almagro se había trasladado desde Cuzco a la costa y desde allí envió aviso a Belalcázar de que se le uniera, para poder hacer frente a la inmediata intromisión de la hueste que traía Alvarado, de la que ya se tenía noticia.

Por primera vez, desde que los castellanos entraban en el Perú, Diego de Almagro iba a hacerse cargo de una misión en la que él sólo había de decidir, y ocasión ciertamente muy espinosa, ya que no se trataba de ocupar o *poblar* la tierra, o de luchar contra los indios que se resistían, sino de enfrentarse a un contingente de compatriotas, tan avezados como ellos en los combates, veteranos de las Indias, si bien no acostumbrados todavía a la guerra en las enormes alturas de la sierra andina.

Almagro se había dirigido a Jauja, donde se encontraba Gabriel de Rojas, que había resistido los ataques del ejército de Quis-Quis —ya muy mermado—, al que había logrado alejar. Por Gabriel de Rojas supo de la llegada e intenciones de Alvarado, que a los ojos de todos procedía ilegalmente.

Entonces envió recado a Belalcázar de que se le uniera, bajando a San Miguel para ir a su encuentro. En San Miguel llamó a Nicolás de Rivera, dándole orden de que, cuando avistara al piloto Juan Fernández, lo apresara y ahorcara, puesto que él había sido el causante de la llegada de Alvarado con sus barcos, y cerca de quinientos hombres e indios de Guatemala.

Como no encuentra a Sebastián de Belalcázar en San Miguel, hallándose éste todavía en Quito, se pone en camino hacia el norte, para unirse a el o —en el mal caso de que se hubiera unido a la hueste de Alvarado— impedir cualquier segregación de la gobernación concedida a Pizarro, su amigo, socio y gobernador por disposición real. En toda esta campaña, Almagro dio amplias muestras de talento, astucia y valor. Llegado a Quito, comprobó la lealtad de Belalcázar y ambos se dispusieron a confrontar sus derechos con los que pudiera alegar Alvarado.

Por toda la América descubierta se extendía la fama de las riquezas del Perú y del fabuloso rescate del inca. Esta fama hizo que acudieran al imperio de Atahualpa tantos españoles que se despoblaban Panamá, Nicaragua, Guatemala, Cartagena y las islas. Acudió también el adelantado Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala y uno de los más insignes españoles que pasaron a América, el cual se embarcó en Nicaragua el 18 de enero de 1534. Se había hecho a la mar con una armada de doce velas, llevando 436 españoles, de ellos 274 caballeros, 100 ballesteros y el resto de espada y rodela, como lo fuera Almagro en sus humildes comienzos en Indias.

Tras larga navegación por el Pacífico, guiados por el conocimiento que de la ruta tenía Juan Fernández, habían desembarcado en las costas actuales del Ecuador. Largo sería relatar las mil penalidades que pasó la hueste del adelantado de Guatemala, que perdió muchos hombres —en ocasiones por las terribles hambres padecidas—, viendo morir a infinidad de indios guatemaltecos, no habituados a la dureza del clima serrano de los Andes. Así atravesaron nevados y desfiladeros, atacados frecuentemente por los indios, pero siempre adelante, queriendo llegar a Quito antes que lo pudieran hacer los hombres de Pizarro.

Es extraordinario y asombroso que, aunque las distancias eran enormes (y lo siguen siendo con los medios modernos de comunicación), las noticias pasaban de un lugar a otro con vertiginosa rapidez, y —que realmente Alvarado tuviera muy pronto noticias de la presencia de los españoles del gobernador. Estas noticias se vieron finalmente confirmadas cuando llegó al *camino real del inca* y vio las huellas de herraduras de los hombres de Pizarro.

El mariscal Almagro había tenido casi simultáneamente noticias de la proximidad de Alvarado y le envió mensajeros, pidiéndole que accediera a una entrevista para iniciar las conversaciones en representación del gobernador. Alvarado había tenido la misma idea, y encomendó a Diego de Alvarado —según unos primo suyo y según otros su hermano— que buscara a Almagro. Los dos grupos de emisarios se encontraron y los enviados del mariscal fueron llevados ante Alvarado, que les entregó una carta para Almagro, prometiendo ir a encontrarse con él a Riobamba, donde le dijeron estaba.

Después de cambiarse mensajes corteses y que representantes de una y otra hueste dialogaran sobre las soluciones a tomar, comprendieron ambos jefes que era necesaria una entrevista personal. Alvarado sabía que no podría alcanzar una posesión duradera de la tierra por la fuerza y Almagro ya había leído la carta que le llegara con Diego de Alvarado y que en su parte principal decía: *Con la orden que tengo del emperador de descubrir nuevas tierras en el Mar del Sur, he gastado mucho de mi dinero en la Armada y Ejército, con el fin de salir de mi gobernación y entrar en aquellas tierras que cayesen fuera de los limites de la gobernación del adelantado don Francisco Pizarro, sin propósito de darle enojo ni lugar a disensiones. Voy camino de Riobamba, donde tendré honor y placer de tratar personalmente de estos asuntos…*

Comprendió Almagro que esta disposición por parte de Alvarado de respetar la legalidad favorecía sus deseos de tratar con él sobre el plano de sus respectivos derechos. Por esto, para fortalecer los suyos ordenó que se hiciera inmediatamente una fundación en Riobamba, con las formalidades de rigor, *para alegar primera posesión*. Envió entonces embajadores al adelantado, *dándole por su parte la enhorabuena de su venida, certificándole que había sentido mucho los grandes trabajos y peligros que Su Señoría había pasado por las nieves y desde que salió de Guatimala; y que tenía creído que habiendo servido siempre al Emperador, que no haría otra cosa de lo que había escrito; pues le constaba que don Francisco Pizarro, su compañero, era Gobernador de la mayor parte del reino y por días aguardaba que el rey le enviase a él provisión de gobernador de lo de adelante*.

Éxito de Almagro como negociador.— Los enviados de Almagro encontraron a Alvarado camino de Riobamba y le hicieron entrega de la carta. Siguiendo instrucciones de Almagro, propalaron las noticias de los grandes tesoros hallados en Cuzco y Quito y que estas riquezas no estaban aún

repartidas. Estas cosas alteraron de tal modo el ánimo de las gentes de Alvarado, que ya no veían la hora de unirse a la hueste del mariscal para compartir el botín. La intención de Almagro era clara: los enviados tenían la doble misión de apaciguar al adelantado y de dividir a su gente, por si llegara el caso de tener que acudir a las armas para dilucidar el pleito.

Almagro, que sabía que el derecho estaba de su parte, pero la fuerza la tenía Alvarado, no permitió que el ejército de éste entrara en Riobamba, consintiendo sólo en que se acercara el adelantado con algunos caballeros. En la entrevista personal entre los dos capitanes, Alvarado —que comprendía el riesgo de que gran parte de su gente se pasase a la hueste de Almagro, gracias a la habilidad de éste— ya no pretendió hacer valer sus derechos, sino que insistió solamente en los gestos realizados.

Reconoció Almagro lo que Alvarado había puesto en la organización de la empresa, y comprendió que la solución mejor era aprovechar que tanta gente venida al Perú permaneciese en la tierra, resarciendo al adelantado de los gastos efectuados. Se llegó así al acuerdo de que Alvarado regresara a Guatemala con el pago de 100.000 pesos, aunque sometiendo este acuerdo a su aprobación por parte de Pizarro.

En estas gestiones mostró Almagro sus grandes dotes de negociador, de contemporizador y, al mismo tiempo, de energía, ya que en el curso de las negociaciones no permitió que las gentes de Alvarado, muy superiores en número a las suyas, entraran en Riobamba. Para evitar, además, todo peligro que pudiera provenir de la hueste venida de Guatemala, ordenó a Belalcázar —de quien no esperaba ningún intento de separación— que se quedara con gran parte de los hombres de Alvarado, con plenos poderes para poblar en la región norte, que llamaron *provincias equinocciales*.

Con Belalcázar a cargo de los territorios del norte, deseando ir afirmando las fundaciones, envió a Pacheco a que fundara Puerto Viejo, y con el resto de la gente se llegó a San Miguel, fundando en el trayecto la ciudad de Trujillo, marchando a la cita que había acordado con Pizarro, no sin antes enviarle a Pachacamaj noticia —con Agüero y Moscoso— del desarrollo de los acontecimientos y de todo lo tratado con Alvarado, pendiente de su ratificación.

Pizarro, entretanto, deseoso de hacer una fundación que estuviera cercana al mar y al mismo tiempo segura, dejó en Cuzco a su hermano Juan a cargo de esa plaza y, pasando por Jauja, llegó a Pachacamaj. Allí le encontraron los dos enviados de Almagro, Agüero y Moscoso, quienes le dieron cuenta de lo acordado por los dos capitanes y cómo ambos querían verle para ratificar lo

pactado. No faltó quien le dijera —por el clima de chismes que se había creado en las huestes desde el comienzo— que los dos se habían confabulado y que venían con el ánimo de quitarle la gobernación. Pizarro no se dejó llevar por estos infundios y esperó a que los sucesos se aclararan por sí mismos. Y llegaron Almagro y Alvarado.

Habiendo aprobado Pizarro los acuerdos de Riobamba, hubo entre los conquistadores fiestas y regalos. Cumplió Pizarro con la palabra dada en su nombre por Almagro y —satisfecho a Alvarado el pago de lo pactado— se volvió éste a Guatemala con su dinero, aunque mermado, ya que en el camino había jugado con Almagro y éste le había ganado grandes cantidades, lo que nos hace ver uno de los ángulos negativos de la personalidad de Almagro. Alvarado regresaba a su gobernación conducido por el piloto Juan Fernández, que había pedido perdón a Pizarro y había sido indultado por éste de la orden dada de que fuera ajusticiado por traidor. Todos estos acontecimientos se desarrollaron a fines de 1534, y así se lo comunicaba Pizarro a Carlos V, en carta de 1 de enero de 1535, y poco después lo haría también el propio Pedro de Alvarado, en 17 de mayo de 1536.

Fundación de la Ciudad de los Reyes y partida de Almagro a Cuzco.— Pizarro, cerrado ya este nuevo capítulo de la conquista del Perú, deseaba dejar de guerrear y dedicarse a organizar aquella tierra y a consolidar lo ya descubierto y fundado. Se dio por satisfecho de que Belalcázar quedara con la gobernación de Quito, en las *provincias equinocciales* y, aunque sabía que su hermano Juan era prudente y buen gobernante en Cuzco, pensó en la habilidad desplegada por el mariscal en las negociaciones con Alvarado y en la necesidad de darle una recompensa en aquellos momentos.

Para que esta distinción fuera hecha con la debida solemnidad, se renovó entonces la antigua sociedad, pero ya sólo entre Pizarro y Almagro. Por este nuevo contrato se nombraba gobernador del Cuzco, en representación de Pizarro, a Diego de Almagro, con licencia para hacer nuevas exploraciones, con las conquistas que hubiera que realizar, especialmente en el territorio de los chiriguanos, belicosas tribus a las que los propios incas no habían logrado dominar, corriendo los gastos a medias, así como los beneficios que se derivaran.

Mientras partía el Mariscal para su gobernación, quedaba Pizarro en la costa, donde sus capitanes buscaban lugar a propósito para fundar la ciudad que Pizarro quería como capital de su gobernación, ya que Jauja no reunía buenas condiciones estratégicas. Todos los informes coincidían en afirmar

que el valle del Rimac, a *quatro leguas de Pacbacamaj, al Norte*, mejoraba las condiciones de Jauja. Se trasladó Pizarro, para comprobar personalmente los informes y —confirmados éstos— el día 6 de enero de 1535, fiesta de los Reyes Magos, se decidió a favor del valle de Rimac (Lima). En 13 del mismo mes, acordó Pizarro que allí se instalase la capital de su gobernación. El 18 de enero recibieron los habitantes de Jauja orden de trasladarse a Lima, llamada ya *Ciudad de los Reyes*, en conmemoración del día en que se había decidido su fundación.

PRIMER CONFLICTO ENTRE ALMAGRO Y PIZARRO

Con su pequeña hueste, en la que se contaban los parientes de Alvarado, con los que había hecho buena amistad en su camino de Riobamba a Pachacamaj, y algunos voluntarios más, iniciaba el mariscal su ascenso de la sierra, en dirección a Cuzco, donde iba a gobernar *en nombre* de Pizarro. Debía ir meditando que, si en lo económico había entre los dos *universal sociedad*, en la realidad política él era un subordinado del gobernador. Debían también inquietarle los resultados de la gestión que había encomendado a Hernando Pizarro, y a sus propios representantes, en España. ¿Habría sido Hernando fiel a su compromiso o, por el contrario, habría dificultado que se le concediera una nueva gobernación, desde los límites meridionales de la de su socio y amigo?

Resultados del viaje de Hernando a España.— Cuando Pizarro llegó a Sevilla, a principios de enero de 1534, traía para el rey 155.300 pesos de oro y 500.400 macos de plata, 38 vasijas de oro y 48 de plata y un ídolo de oro del tamaño de un niño de dos años. Para particulares traía 499.000 pesos de oro y 54.000 marcos de plata, en barras, planchas y pedazos. Jamás se había visto en España un tesoro semejante, y le había sido destinado a Hernando el poder mostrar la riqueza legendaria que había conquistado su hermano.

Pero a Hernando no le interesaban los tesoros de particulares sino los que traía para el rey, tesoros que fueron descargados en el muelle de Sevilla, y llevados a la Casa de Contratación. Sólo le restaba la anhelada entrevista con el emperador, que tuvo lugar en Calatayud, al regreso de Carlos V de unas Cortes en Aragón.

En la entrevista fue relatando Hernando los padecimientos sufridos y los grandes merecimientos de él y de sus hermanos. Todo el relato iba aderezado con habilidad con las notas exactas del tesoro traído y la presentación del regalo que le hacían los conquistadores. Todo esto, como es natural, agradó extraordinariamente al rey, que quedó así predispuesto a recibir con buen ánimo las peticiones que Hernando llevaba de parte de su hermano.

Las gestiones de Hernando dieron pronto fruto, como consecuencia de su habilidad y de la magnanimidad real. Seguramente trató de oscurecer la labor de Almagro, y Cieza de León relata *que Hernando Pizarro se estaba en su propósito, deseando que no le diesen a Almagro ninguna gobernación… mas fue servido de que Almagro gobernase doscientas leguas de costa delante de lo que Pizarro gobernaba, pues tanto trabajo hizo para que se descubriese el Perú*. Esto, sin duda, se debió a las gestiones de los procuradores de Almagro, Cristóbal de Mena y Juan de Sosa, pero conociendo Pizarro esta determinación del rey, y por ganar lo que Almagro le prometió, realizó entonces Hernando la petición de una gobernación para Almagro y ponderó también sus servicios. Las doscientas leguas más de tierra concedidas al mariscal habían de ser en línea de este-oeste y norte-sur, desde donde concluyera la gobernación de la Nueva Castilla —nombre oficial del Perú— con el título para la nueva tierra de Nueva Toledo.

De esta nueva tierra, a descubrir y conquistar, se hacía gobernador a Diego de Almagro, con el título de adelantado y con facultad, *después de sus días*, de designar al sucesor que quisiera. Ya sabemos que Almagro había salido hacia su gobernación con poderes de Pizarro y sin conocer los resultados de las gestiones de Hernando Pizarro en España.

Carlos V concedía a Pizarro el título de marqués de la Conquista, aumentándole en setenta leguas su gobernación, y concediéndole una serie de prerrogativas que le convertían prácticamente en su virrey. Se le concedía —como a Almagro— la gracia extraordinaria de poder designar su propio sucesor. Tampoco se olvidó de sí mismo Hernando, consiguiendo del soberano capitulaciones para llevar nueva gente al Perú y que él *fuese cabo de ellos*, entregándole —además— treinta cédulas en blanco para que las entregara a las personas que le pareciera conveniente. Carlos V —como última concesión a Hernando— autorizaba a que la armada estuviera mandada por él y que de ella *fuese general*.

Satisfecho con el resultado de sus gestiones, se fue a recibir la admiración de los suyos para Extremadura. La llegada de Hernando a su tierra ocasionó enorme entusiasmo: todo el mundo quería ir al Perú y muchos vendieron sus

haciendas para hacerlo. Con todo ello se dispuso a regresar rápidamente, llegando sin incidentes a Nombre de Dios. Desde allí fue al encuentro de su hermano, con el que finalmente se encontró en Lima, dándole cuenta del éxito de su viaje.

Incidentes en Cuzco.— Pizarro no había circunscrito su actividad fundadora a Lima. Él sabía que cuando Almagro vino del norte, había fundado una ciudad en las cercanías de la costa y quería inspeccionar el lugar y —si era bueno— darle definitiva fundación y nombre, lo que hizo, denominándola Trujillo. En esto estaba cuando le vinieron noticias de que ya se conocían los resultados del viaje de su hermano Hernando a España y que el portador de estas noticias, un tal Cazalleja, proclamaba que se concedía una nueva gobernación a Almagro, de Chincha *para adelante*, y que él llevaba provisiones que lo demostraban.

Mandó, entonces, Pizarro llamar a Cazalleja para que le contara las provisiones, pero éstas resultaron ser solamente unos traslados —copias— que entregaran a Cazalleja los comisionados de Almagro, Cristóbal de Mena y Sosa, para que se los hiciera llegar al mariscal cuanto antes. Dijo también Cazalleja que los originales de las provisiones los traía Hernando Pizarro.

Supo así Pizarro que su socio había conseguido su deseo largo tiempo acariciado y que el rey concedía a Almagro una gobernación doscientas leguas hacia el sur, desde el punto en que terminaba la suya propia. Aconsejó Pizarro discreción, temiendo que estas noticias pudieran dar pie a malas interpretaciones. Pero no pudo evitar que uno de los vecinos de Trujillo, Diego Agüero, sin que mediara permiso u orden del gobernador, se lanzara cerros arriba, en busca del mariscal, para comunicarle las estupendas nuevas y pedirle *albricias*, que le dio el mariscal, por un montante de 7.000 castellanos.

Pizarro, entretanto, comprendió que —al darse una nueva gobernación a Almagro— el mariscal ya no quería ser gobernador en Cuzco en su nombre, al haberse convertido en un jefe, como él, aunque de tierras aún no exploradas. Consideró, por todo ello, prudente revocar el nombramiento de Almagro, extendiéndolo a nombre de su hermano Juan, si bien dejando en pie la autorización dada a Almagro para que explorara la tierra de los chiriguanos. Estos papeles fueron enviados inmediatamente a Cuzco, para que llegaran antes de que lo hiciera el mariscal. Pensó Pizarro que con esta medida marcaba un compás de espera, que permitiera la llegada de su hermano Hernando, para conocer exactamente las mercedes hechas a Almagro.

No le dieron la razón los hechos. Almagro llegó a Cuzco pensando que —con las provisiones llegadas de España— tan gobernador era él como Pizarro y no era necesario que utilizara los poderes de Pizarro para actuar como su delegado. Entraba en Cuzco *más inclinado a mandar que a obedecer*, como gobernador en propiedad.

Sus títulos se basaban, sin embargo, solamente en el mensaje verbal de Agüero y carecían de valor para los demás, al no tener sostén escrito. Sus amigos aconsejaron a Almagro que se hiciera cuanto antes con las provisiones, aunque fueran solamente copias y, con la intención de que trajeran consigo a Cazalleja, envió a Vasco de Guevara y algunos de a caballo en dirección a Trujillo.

Los ánimos estaban excitados, especialmente el de Juan Pizarro, que se había visto desposeído de su gobernación sin que se le exhibiera orden alguna, y la decisión de Pizarro fue mal interpretada. El acto lógico de enviar a buscar a Cazalleja se tomó por otra cosa y se pensó que la salida de Vasco de Guevara era para *matar a Pizarro*, por lo que quisieron los *pizarristas* (ya surge el nombre de uno de los bandos que protagonizaron la guerra civil) enviar gente tras los pasos de Guevara.

Hernando de Soto, con la vara de la justicia en la mano, quiso apaciguar a los Pizarro, que le acusaron de parcialidad a favor de Almagro, y después a Almagro, pero a punto lo alancea Juan Pizarro, y están cerca de matarse unos a otros. Cuando por fin se serenaron los ánimos, se impuso la cordura de Hernando de Soto, quien ordenó a los Pizarro y al mariscal que no salieran de sus casas, para evitar nuevos escándalos.

Decidió entonces Almagro, mostrando aún su lealtad a Pizarro, enviar a Luis de Moscoso a Lima, donde creía se encontraba su socio, para ponerle al corriente de lo acontecido y para que mediara en las diferencias habidas con sus hermanos, poniendo fin a la difícil situación. Pizarro había tenido ya noticia de los altercados por un fraile procedente de Cuzco y —gravemente preocupado— había emprendido el largo y durísimo camino. Cuando lo encontró Moscoso, le tranquilizó afirmando que había exageración en lo que habían contado. Desgraciadamente, llegó una carta de Pedro Carrasco desde Cuzco diciéndole *que no hallaría vivos a sus hermanos, si con brevedad no llegaba*.

Alarmado definitivamente, se dio cuenta de que, si se precipitaba en llegar a Cuzco, podría ser él mismo parte del desconcierto, no queriendo en ningún momento perder la dignidad de que estaba investido por el propio rey. Decidió actuar prudentemente y enviar por delante al propio Moscoso y a su

secretario, Picado, para que le informaran de la verdadera situación en Cuzco. Estos comisionados regresaron dándole cuenta de que, aunque la situación era difícil, nada grave había acontecido aún. Continuó Pizarro su camino y, al llegar a Abancay, punto divisorio entre los caminos de la sierra y de la costa, encontró a Pedro Pizarro y Alonso de Mesa, quienes le confirmaron que se había impuesto el sentido común y reinaba la calma, aunque tensa.

Llegado Pizarro a Cuzco, sin cambiarse del traje de camino, buscó un sitio neutral —la iglesia— y ordenó a su secretario que buscara a Almagro y le rogara que se reuniera con él allí, lo que éste hizo inmediatamente, abrazándose, al verse, con todo afecto, los dos viejos camaradas. Tras la larga conversación entre ambos, quedó Pizarro convencido de que Almagro había actuado con prepotencia y muy poca discreción, pero también de que la situación la habían provocado sus hermanos, aunque fueran guiados por el interés de protegerle.

Nuevas capitulaciones.— Los buenos oficios de las gentes de recto sentido, como el licenciado Caldera y el clérigo Loaysa, consiguieron que se renovara la buena intención de la sociedad y la confianza entre los socios, haciendo ver lo grave que sería para el Perú el dar pie a una división entre los españoles en aquellos momentos. Emocionados los socios, se abrazaron nuevamente y juraron no volver a dar lugar a la discordia entre sí. Para dar solemnidad al juramento, lo quisieron hacer en la iglesia —como ya lo hicieran en Panamá— con celebración de la santa misa y comulgando juntos.

Llegando al *pater noster*, dijeron que, *renunciando la Ley, que dispone acerca de los juramentos, prometían y juraban, en presencia de Dios Nuestro Señor, ante cuyo acatamiento estaban, de guardar y cumplir sin ninguna cautela lo contenido en unos capítulos que allí se leyeron; suplicando a su Divina Majestad que, a cualquiera de ellos que fuese en contrario de lo acordado, con todo rigor de justicia, permitiese la perdición de su alma, y mal acabamiento de su vida, fama y honra y hacienda, como quebrantador de su fe, la cual el uno al otro se daban, y de él recibiesen tan justa venganza…* Los acontecimientos posteriores convertirían este juramento en un triste y dramático augurio.

Los capítulos se firmaron el día 12 de junio de 1535, pero no parece que dejaran zanjada la cuestión. En ellos se repetían —como en ocasiones anteriores— las promesas de mutua lealtad y se volvía a indicar que todos los gastos y beneficios serían comunes. Sin embargo, bajo el exterior de concordia, se perfilaban ya el descontento y la división. Los Pizarro

achacaban a su hermano excesiva debilidad en su trato para con Almagro. Los *almagristas* (ya podían comenzar a llamarse así) hacían jactancia del poder que conferían al mariscal las copias que había traído Cazalleja (mandado aprisionar por Pizarro, como castigo a su actuación imprudente). Llegaban a decir que en las doscientas leguas de la nueva gobernación estaba incluido el Cuzco. Esto sería la semilla de las nuevas discordias.

Incluso entre los indios se adoptaban posturas en favor de uno u otro bando. El propio inca Manco, asustado por Felipillo, que le hizo temer la ira de Pizarro y los suyos, corrió a refugiarse en casa de Almagro, mientras los partidarios de Pizarro saqueaban la suya. Tal vez en este hecho estuvo el origen de la posterior conducta de Manco, atacando a los de Pizarro siempre que Almagro se hallaba ausente.

Preparativos de la expedición a Chile.— Ante esta situación, comprendió Almagro —animado también a ello por Pizarro— que lo mejor era partir hacia su nueva gobernación, a la que se había dado el nombre de Nueva Toledo, aunque a los nuevos territorios se los denominaba como *Chile*. Lo que más animaba al mariscal eran las noticias que los indios del Perú daban de las grandes riquezas de Chile, de donde decían que venían gran parte de las grandes riquezas de plata y oro que, por cierto, los estaban debiendo desde que estallara la guerra civil, de la que había salido vencedor Atahualpa.

Por otra parte, era preciso conquistar más tierra para saciar la codicia de los soldados que iban acudiendo y que lo encontraban todo repartido, *que en aquellos principios* —escribe el inca Garcilaso—, *a cualquier español, por pobre que fuera, le parecía poco todo el Perú junto para él solo*. Decidió Almagro animarlos por adelantado, pensando, además, que muchos no tenían dinero para pertrecharse. Por ello mandó sacar de su casa más de ciento ochenta cargas de plata y veinte de oro, que se distribuyeron como adelanto sobre los beneficios que se obtuvieran de la campaña.

Se manifiesta entonces uno de los rasgos más característicos de la personalidad de Almagro. Almagro y Pizarro tenían mucho en común, pero también eran de muy diversa condición. Pizarro además tenía las características de un gran señor: era leal y confiaba plenamente —hasta el exceso— en la lealtad de los demás y era muy generoso, pero ponía en sus dádivas gran discreción. Almagro, tal vez por su humildísimo origen, era desconfiado y receloso; en cuanto a sus dádivas, las hacía siempre de modo espectacular, con gran presunción. De esto hay nueva prueba en la última petición de Almagro antes de partir hacia Chile: quiso dejar una buena

dotación a su hijo —para el que tenía previsto un matrimonio conveniente— y, como ya no disponía de dinero suficiente en metálico, le pidió prestados a Francisco Pizarro 100.000 castellanos, a lo que éste accedió inmediatamente, sin concederle mayor importancia, marchando emisarios de Almagro a Lima para recibirlos.

Quiso Almagro completar la expedición con la compañía de indios que le sirvieran no sólo para su protección, sino también para dar más viso de legitimidad a la exacción de tributos en las nuevas tierras, y para ello pidió al Manco Inca, que le designase personas principales y autorizadas, concediéndole éste la compañía del gran sacerdote, Villac-Umu, y de su propio hermano, Paullu-Tupac. Ambos habrían de ser de inestimable valor para Almagro en su expedición.

Faltaba aún asunto tan importante como el de dilucidar quién habría de ser el segundo mando en la expedición de Chile. Hernando de Soto, al que los pizarristas habían acusado de *parcialero* a favor suyo, tenía gran confianza en ser designado lugarteniente, y los mismo pensaba Rodrigo Orgóñez, hombre valeroso y experimentado, veterano de las guerras de Italia. Seguramente, por la brillantez de este último, que compensaba mejor el ánimo oscuro, y hasta tímido, de Almagro, se decidió por Orgóñez. Hernando de Soto, desilusionado por su marginación, después de tantos servicios prestados, se marchó poco después del Perú a buscar fortuna en tierras muy lejanas, al norte de la Nueva España (México).

Las grandes dotes organizadoras de Almagro, demostradas en la preparación de las varias expediciones exploratorias iniciales, se ponían una vez más de manifiesto, consiguiendo allegar un ejército de más de medio millar de hombres, número increíble, dadas las circunstancias.

Así, instigado por Pizarro que preveía posibles conflictos, a pesar de la amistad y confianza, y deseaba verlo lejos de su gobernación, y alentado también por el Manco Inca, quien le hablaba de las inmensas riquezas de Chile, para dividir a los españoles y tener algunas esperanza de rebelión, se vio Almagro impelido a partir.

Había invertido toda su fortuna en la empresa, llegando incluso a endeudarse, y tenía puestas todas sus esperanzas en su propia gobernación —designada por el rey— de tierras totalmente desconocidas.

LA REACCIÓN INCAICA

Prolegómenos.— La salida de Almagro con su gente para Chile dio fin a las inquietudes de los pizarristas, que se habían visto al borde de una guerra civil, y —tanto en Cuzco, como en Lima— todo parecía augurar los días más tranquilos de una colonia. Pero la paz que se anunciaba con la salida de Almagro estaba amenazada por el mismo hecho de su partida, ya que quedaba el Perú prácticamente desguarnecido, con un reducido número de españoles, sólo aparentemente gobernado por éstos, en medio de una masa de indios aún no sometida.

Los indios —salvo los sometidos por los dominadores incas, a los que de un modo genérico llamaban *yanaconas* los españoles— no aceptaban la presencia en sus tierras de los extranjeros, ni estaban dispuestos a renunciar a su libertad sin luchas. Los quechuas no se habían sometido a un destino de conquistados y —tras haber sido designado inca por Pizarro— Manco continuaba siendo su legítimo soberano. Ya habían tratado de mantener su independencia con los ejércitos mandados por Chalcuchima, Rumiñaui y Quis-Quis.

El jefe natural seguía siendo Manco que, residiendo en Cuzco, era a ojos de los suyos como el continuador de la dignidad incaica. Manco comenzó la astuta y tenaz preparación de un levantamiento y, al enviar con la expedición de Almagro a su hermano y a Villac-Umu, obedecía ya a sus designios de aunar voluntades en las provincias. Manco debió utilizar los antiguos cauces gubernativos —que no habían desaparecido ni con la guerra civil, ni con la conquista— para enviar emisarios a las provincias de Condesuyo, Collasuyo y Chinchasuyo, lo que explica la coordinación del posterior levantamiento.

Huida de Manco.— Para organizar los preparativos de la rebelión —de cuya trama tenían ya algunas noticias los Pizarro por información de los fieles

yanaconas— era preciso para Manco salir de Cuzco. Por dos veces iba Manco a intentarlo. Había aprendido de la experiencia de Atahualpa y además necesitaba aparecer libre a los ojos de los suyos. En la primera ocasión salió hacia los Andes, acompañado de sus mujeres y criados, por la noche. Los *yanaconas* dieron aviso a Juan Pizarro y éste envió en persecución de Manco a su hermano Gonzalo con algunos capitanes. Dieron los españoles con el lugar donde se ocultaba el inca y le hicieron prisionero. Manco justificó su salida explicando que no huía, sino que iba en pos de Almagro, hacia Chile, habiendo sido llamado por éste a través de mensajeros.

Juan Pizarro ordenó que se reintegrara Manco a su sede y, tratándole con cortesía, regresó con su prisionero a Cuzco. Allí se encontró el inca con la desagradable sorpresa de que los *yanaconas* habían saqueado sus propiedades en su ausencia. Fue tal su disgusto que decidió evadirse nuevamente, buscando refugio en las sierras cercanas, pero de nuevo se le encontró y le hizo regresar a Cuzco Juan Pizarro, que en esta ocasión decidió meterle en prisión y poner a ella buena guardia.

Era explicable este afán de Juan Pizarro en mantener a Manco en Cuzco, ya que con él fuera de Cuzco los españoles podrían estar sometidos a una amenaza constante, constituyendo —además— su presencia entre los españoles una cierta salvaguardia de seguridad. La importancia de mantener preso a Manco nos la explica claramente Pedro Pizarro: *Y si en esta coyuntura este indio no se prendiera, los españoles que estaban en el Cuzco, todos muriéramos, a causa de que la mayor parte de los cristianos habían salido a ver los indios de sus encomiendas*.

La prisión de Manco, sin embargo, no impedía que los resultados de la conspiración brotaran simultáneamente, tanto en la sierra como poniendo en peligro a los españoles de la costa. En el pueblo que le había sido encomendado es asesinado Pedro Mártir de Moguer, sin que la salida de Gonzalo Pizarro desde Cuzco para castigar a los culpables diera ningún resultado, al refugiarse éstos en un peñón inaccesible. En Jauja se subleva un tío de Manco —Tizo—, de la familia real incaica, que ataca también las encomiendas y huye a los Andes cuando Francisco Pizarro envía contra él al capitán Cervantes.

Por entonces habían llegado al Perú los poderes para Almagro, en los que el rey delimitaba claramente las gobernaciones que correspondían a Pizarro y Almagro, siendo su portador el obispo de Panamá, el dominico fray Tomás de Berlanga, con instrucciones de que Juan de Rada se lo hiciera llegar a

Almagro. Se supo entonces de la próxima venida de Hernando, terminadas ya sus gestiones en España.

Pero Pizarro, comprendiendo que toda la sublevación de los indios emanaba de Cuzco, decide esperar la llegada de su hermano Hernando y —una vez llegado éste— proceder a su nombramiento como teniente de gobernador y justicia mayor de Cuzco, haciéndole entrega a él —y no a Rada— de los despachos originales en favor de Almagro. Perseguía Pizarro el doble propósito de tener en la plaza de Cuzco a un hombre fuerte y de su confianza, que controlara a Manco, así como prevenir de este modo cualquier intento por parte de Rada y otros almagristas de hacer regresar a Almagro y proclamarle gobernador con los despachos recibidos.

Entretanto llegó a Cuzco —ya hemos visto con qué celeridad se transmitían las noticias— la nueva de la próxima llegada de Hernando, y el inca Manco rogó a Juan Pizarro que le dejara libre *porque Hernando Pizarro no lo hallase preso*. Este deseo se vio satisfecho con la llegada de Hernando, que lo mandó soltar, en un intento de apaciguar a los indios con una política de conciliación. Manco se mostró humilde y amistoso con Hernando, al tiempo que comenzaba a informarle sobre grandes tesoros ocultos pertenecientes a su padre, Huayna Cápac.

Hernando fue pronto víctima de la astucia del inca y le mostró gran amistad *a fin de pedirle algún oro para su Magestad*, *o para sí mismo,* lo que permitió a Manco idear un cebo que había de conducirle a la libertad. Según relata Herrera, *dixo a Hernando Pizarro que quería ir por una estatua de su padre, de oro y plata, para presentarla, que dijeron que Pizarro le había pedido, la cual estaba cuatro leguas del Cusco*. Lo cierto es que Hernando le permitió salir, con dos castellanos y un intérprete, hacia Yucay y es allí donde Manco alcanza lo que venía preparando desde la salida de Almagro hacia Chile, es decir, el levantamiento. La ocasión, desde luego, era propicia, con los castellanos divididos —habiendo marchado a Chile la mayor parte de ellos— mientras en las ciudades sólo quedaban unos cuantos, que además iban y venían a las lejanas aldeas donde tenían sus repartimientos.

Cuando Hernando comprendió que había sido víctima de un engaño, salió inmediatamente en busca del fugitivo. Por el camino encontró a los dos españoles que habían acompañado a Manco, que debían ser vigilados, ya que —tan pronto dan cuenta de que la escapatoria tenía fines rebeldes— se inician las hostilidades y son atacados por multitud de indios desde las lomas cercanas, haciendo retroceder a Hernando hasta Cuzco: *… Y siempre le fueron*

cargando infinitos indios, hasta encerrarlo en la ciudad. La gran sublevación había comenzado simultáneamente en todo el país.

Cerco de Cuzco.— El ejército incaico estaba construido, en efecto, por millares de guerreros y, aunque las cifras de los cronistas varían, no debían ser mucho menos de doscientos mil los que había puesto Manco en pie de guerra. Según Herrera, eran doscientos mil los atacantes, en tanto que los defensores eran *ciento y sesenta castellanos, hasta mil naturales, que peleaban en su compañía, que muchos eran yanaconas*.

El objetivo principal y primero del levantamiento era Cuzco, como santuario y capital del antiguo imperio, y por ello Cuzco sería el escenario de los más duros enfrentamientos. Al comienzo —antes de que la situación se agravara como vamos a ver— Hernando intentó alejar a los indios con frecuentes salidas, en una de las cuales pereció Francisco Mejía, pero pronto esta táctica no fue suficiente para contenerles y se hicieron con la fortaleza que dominaba la ciudad. *Por la parte de Carmenga* —relata Titu Cusi Yupanqui—, *que es hacia Chinchaisuyo, entraron Coriatao y Cuillas, y Taypi y otros muchos… Por la parte del Condesuyo, que es hacia Cachicachi, entraron Huamán Quilcana y Cusi Guallpa y otros muchos… Por la parte del Collasuyo entraron Llicllic y otros muchos capitanes, con grandísima suma de gente, la mayor cantidad que se halló en este cerco. Por la parte de Andesuyo entraron Auta-Allca y Ronpa Yupanqui, y otros muchos, los cuales acabaron de cerrar el cerco que a los españoles pusieron*.

Vemos, pues, que existía un gran ejército incaico y que la distribución de las tropas no era casual, apareciendo en el ataque organizado según las provincias de que había constado el antiguo imperio. Por su parte, Hernando Pizarro había organizado su pequeño ejército en tres cuerpos, al mando de su hermano Gonzalo, de Gabriel de Rojas y de Hernando Ponce de León, teniendo que mantenerse en alerta día y noche. Esta situación habría de durar seis meses, hasta el regreso de Almagro.

El asedio fue durísimo, sin que pudiera romperse con los impetuosos ataques de caballería que organizaba Hernando para mantener activa a su tropa, reducida a la gran plaza de Cuzco. La valentía y desesperación de los españoles les permitió tomar los accesos de la fortaleza, lo que llevó a los indios a reaccionar prendiendo fuego a la ciudad, que —por tener todas las casas techos de paja— ardió como una tea. Sitiados en la plaza, sin dormir, ahumados por el incendio y en constante lucha, los españoles aún pudieron tomar el resto de la fortaleza, acción en la que perdió la vida Juan Pizarro. Se

plantearon muchas veces abandonar Cuzco y buscar el apoyo de los otros españoles, pero siempre prevaleció la opinión de los más valientes y la disciplina, decidiendo quedarse allí, sin huir vergonzosamente, en opinión de la mayoría.

Sin noticias de lo que sucedía a los demás españoles, desperdigados por el país, propuso Hernando preparar un destacamento en busca de refuerzos y llegó a disponerse un piquete de quince hombres, pero comprendieron que esto debilitaría sus ya escasas fuerzas y que era necesario mantener la cohesión hasta que llegaran auxilios de Lima. Contribuyó a hacerles desistir la recepción de un *regalo* por parte de los indios, consistente en sacos llenos de cabezas castellanas. Sólo podían venir socorros de la Ciudad de los Reyes y, por ello, cada semana salían *seis de a caballo, a correr el campo, y a saber, si parecía algún socorro de los Reies*.

Consiguieran los españoles, con una salida de setenta caballeros al mando de Gabriel de Rojas, recoger hasta dos mil cabezas de ganado, ya que el hambre era uno de los mayores padecimientos de los sitiados, y —tras este respiro— decide Hernando perseguir a Manco en su propio refugio. Para ello organizó una hueste con la casi totalidad de los caballeros —unos ochenta— y algunos infantes, dejando al mando de la ciudad a Gabriel de Rojas. Pero, aunque salieron con gran sigilo para sorprender a Manco, éste estaba apercibido, encontrándose, además, protegido en un lugar muy fortificado de muralla y de un río con buenas trincheras. Hubo de desistir Hernando, que sólo confiaba en la ventaja de la sorpresa, teniendo que retirarse a Cuzco y, perseguido incesantemente por los indios, encerrarse de nuevo en la ciudad.

El levantamiento del cerco de Cuzco llegaría más adelante, pero aparejado de males enlazados con la vieja disputa de los límites de la gobernación concedida a Diego de Almagro.

El levantamiento en Lima y resto del Perú.— La angustiosa situación de Hernando Pizarro en Cuzco hubiera sido muy otra de haber recibido refuerzos de Lima y otras regiones del Perú. Pero precisamente esta contingencia había sido cuidadosamente prevista por Manco, que desde sus comienzos organizó la sublevación para que estallase simultáneamente en todos los asentamientos castellanos y de este modo inmovilizar a todos los contingentes dispersos. De no haberlo organizado tan acertadamente y haberse limitado a sitiar Cuzco, los castellanos de la costa hubieran acudido en defensa de los sitiados inmediatamente y el fracaso habría acompañado a los indios desde el principio.

Pizarro se había visto sitiado en Lima al mismo tiempo que su hermano Hernando lo era en Cuzco y, aunque al principio dirigió algunas salidas audazes para romper el asedio, pronto se dio cuenta de que se las había con un numeroso y bien disciplinado ejército, capitaneado por el general de Manco, Tizo-Yupanqui. La ventaja —en relación con su hermano Hernando— era la de contar con una salida abierta al mar.

Por ello, sus primeras medidas para organizar un plan general de defensa fueron las de reagrupar a todos los contingentes de españoles dispersos y utilizar esta libre comunicación por mar, que aún le quedaba. Herrera nos dice que *quando don Francisco Pizarro se vio sitiado en la ciudad de los Reyes, como de todas partes acudían avisos de muerte de castellanos y de otras tales desgracias, visto el levantamiento, que era general, y que del Cuzco no tenían ningún aviso… avisó del estado en que se hallaba a don Femando Cortés a Nueva España, a la Audiencia Española, a Tierra Firme, Guatemala y Nicaragua, encareciendo el peligro, pidiendo breve socorro*.

Para reagrupar a todos los capitanes bajo sus órdenes, escribió a Alonso de Alvarado, que se hallaba en territorio de los Chachapoyas, a Sebastián de Belalcázar, que estaba en Quito, a Garcilaso en Buenaventura y a Juan Porcel, ocupado entonces en la conquista de los Pacamarus (Bracamoros). *Mandándoles que con toda brevedad se viniesen a la ciudad de los Reies, para que, juntándose todos, resistiesen a los indios*. Conociendo que la revuelta era general y sin noticias de Cuzco, imaginó Pizarro que la situación allí sería similar y en todo momento tuvo también la idea de ayudar a sus hermanos. Para reforzar la guarnición de Cuzco había enviado a Mogroviejo y luego a Gonzalo de Tapia y Alonso de Gaete con más gente. También envió a Diego de Agüero con otros soldados, pero todas estas expediciones fueron aniquiladas por los indios, que mataron, entre otros españoles, a Juan de Espinosa, hijo del licenciado que tanto habría puesto en la empresa del Perú y que aún había de pagar este alto precio.

Garcilaso da cuenta de que *de esta manera murieron en aquel camino* —de Lima a Cuzco— *en diversos pasos, quatrocientos y setenta españoles, los doscientos y cincuenta de a caballo y los doscientos y veinte de a pie*. Además de los españoles muertos en estos intentos de apoyar a los defensores de Cuzco, también fueron muchos los que cayeron sorprendidos en sus haciendas y repartimientos, ya que se resistían a obedecer las órdenes de evacuación que les había enviado Pizarro, sintiéndose ya arraigados en su nueva tierra. A Trujillo y San Miguel había enviado Pizarro su hermano Francisco Martín de Alcántara, con la orden de que fueran despobladas, encontrándose en ambos

casos con la negativa de sus habitantes a evacuar sus haciendas, contentándose con enviar sus mujeres a Tierra Firme, a Panamá.

En Lima, ciudad en la que tantas ilusiones tenía puestas Pizarro, nombró capitán general de la gente de guerra para la defensa de la ciudad misma a Pedro de Lerma, *que avía venido poco avía con mucha gente* y que era *muy honrado capitán y diestro de la guerra de los yndios*. Mostró Lerma ser muy competente y, aunque pasaron varios meses con escasez de alimentos, con mortandad grande a causa de las constantes batallas y escaramuzas para alejar a los indios, logró abrir brecha entre las masas sitiadoras. Con batidas de caballería en los llanos, a los que los indios de la sierra estaban poco acostumbrados, consiguió que los sitiadores se retiraran, siendo además venido el tiempo de la cosecha, de cuya recolección sabían los indios que dependía su vida, volviéndose para sus *chacras*.

Expedición de castigo de Alvarado.— Como se recordará, Alonso de Alvarado, que se hallaba en la región de los Chachapoyas, había sido requerido para venir en apoyo de Lima. Acudió éste prontamente a la llamada, trasladándose enseguida a Trujillo y de allí a Lima, adonde llegó cuando la ciudad se encontraba prácticamente libre de asedio.

Había recibido Pizarro noticias ciertas de la situación desesperada de sus hermanos en Cuzco y juzgó providencial la llegada de Alvarado para enviar el apoyo que hasta ese momento no había conseguido prestarles. Con la gente de Alvarado y la suya que juzgó conveniente, sin dejar a la Ciudad de los Reyes indefensa, acordó enviarle a Cuzco, aunque también con la misión de pacificar las tierras que atravesara.

De la expedición de Alvarado da una completa visión el resumen que de la misma hace Zárate: *Lo envió con trescientos españoles de a pie y de a caballo, que fue talando y conquistando la tierra. Y cuatro leguas de Pachacama tuvo una seria batalla con los indios, a los cuales desbarató, y mató muchos dellos, y prosiguió su camino la vía de Cuzco. Y adelante, al pasar de un despoblado, padesció gran trabajo, porque se le murieron más de quinientos indios de servicio de sed, y si los de a caballo no corrieran, y con vasijas llenas de agua volvieren a socorrer a los de a pie, créese que todos perescieran, según estaban fatigados. Y yendo así conquistando, le alcanzó en la provincia de Jauja Gómez de Tordoya, natural de Villanueva de Barcarota, con otros doscientos de a pie y de a caballo, que tras él envió* (Pizarro). *Y con todos quinientos hombres Alonso de Alvarado caminó hasta la puente de Lumichaca, donde lo cercaron los indios por todas partes, y*

hubo con ellos batalla, en que los venció y mató muchos dellos, y de ahí adelante siempre fueron peleando (los indios) *con él hasta la puente de Abancay*.

Esta larga detención en Jauja, que tal vez cambió el curso de los futuros acontecimientos en el Perú, se debió a las instrucciones que a Alvarado le diera su amigo, y secretario de Francisco Pizarro, Picado. La intervención de Picado había determinado que Alvarado capitanease esta expedición, que originalmente se había pensado encomendar a Pedro de Lerma. El mucho tiempo empleado en Jauja —la detención había de durar cinco meses— queda explicado en palabras de Herrera: … *Y tomando por ocasión que D. Francisco Pizarro le mandaba* (a Alvarado) *que fuese pacificando las tierras de los indios, por donde pasaba, se detuvo más tiempo de lo que conviniera, sosegando unos lugares, que su amigo, Antonio Picado, tenía encomendados en Jauja*.

Este tiempo era precioso porque *como llegase Juan de Espinosa con las provisiones* (originales) *de Gobernador para el Adelantado Almagro, tomólas Juan de Rada, su mayordomo, y llevóselas a Chile…* Estas provisiones, como veremos, habían de determinar el regreso de Almagro. Si Alvarado no se hubiese detenido tanto tiempo en Jauja, el curso de los acontecimientos habría sido muy distinto.

Tras la sublevación incaica, la tierra estaba ya pacificada y los indios había depuesto las armas, pero el balance era trágico. Cieza de León dice que *mataron también los indios, en el término que hay del Cuzco a Qitu, más de setecientos españoles, a los cuales daban muertes muy crueles*. En esta cifra coincide también el padre Blas Valera.

EXPEDICIÓN DE ALMAGRO A CHILE

Las dotes organizadoras de Almagra.— Como se recordará, Almagro había conseguido reunir un numeroso —considerando la población española del Perú entonces— ejército de cerca de quinientos hombres, a los que se había preocupado de pertrechar convenientemente, adelantando dinero para ello a los que no lo tenían propio e invirtiendo en ello toda su fortuna. Designado ya —como vimos— el teniente general de Almagro en la persona de Rodrigo Orgóñez, en detrimento de Hernando de Soto, había que determinar la composición de los núcleos expedicionarios y sus misiones concretas, ya que Almagro juzgó sabiamente que era conveniente dividir el ejército, enviándolo por distintos itinerarios, para evitar problemas de abastecimientos. Ya hemos visto con qué frecuencia el hambre constituía el mayor padecimiento a que se veían sometidos los conquistadores.

Considerando insuficiente su hueste para la conquista de un territorio extensísimo y seguramente hostil, Almagro encargó a Orgóñez que permaneciera en Cuzco, reclutando a todos los hombres que pudiera conseguir, y se le uniera posteriormente. Con gran cantidad de dinero, envió con el mismo encargo —pero para llevarlo a cabo en la Ciudad de los Reyes — a Ruy Díaz, Juan de Rada y Rodrigo de Benavides, encargados también de organizar el transporte de esta tropa por mar, en tres navíos propiedad de Almagro. Envió en vanguardia para recoger víveres a Juan de Saavedra con cien jinetes, debiendo todos reunirse en Copiapó, ya en territorio de Chile.

En cuanto a indios de acompañamiento, sabemos que Paullu-Tupac, el hermano del inca y el Villac Umu, gran sacerdote del Templo del Sol, eran realmente la embajada *diplomática* enviada por Almagro, acompañada de tres soldados castellanos, para dar cuenta a los indios hasta entonces sometidos a los Incas de los cambios habidos, apercibiéndoles para acoger y dar vasallaje

a los nuevos soberanos. Esta vanguardia tenía instrucciones de esperar a Almagro a doscientas leguas de Cuzco.

El 3 de julio de 1535 se ponía en marcha Almagro, deteniéndose primero en Moína ocho días, para seguir rápidamente adelante, lo que hizo con tal brevedad que pronto alcanzó a Saavedra. Le llegaron por entonces noticias de que los originales de las concesiones reales ya estaban en el Perú, y estuvo indeciso si volver o no, para reconocer la delimitación de las tierras concedidas por la Corona, pero al meditarlo mejor, pensó que había embarcado ya a demasiada gente y expuesto también demasiado capital como para retraer una vez más la marcha hacia su gobernación.

En esta expedición de Chile, cuyo descubrimiento hay que asignar en el haber de Diego de Almagro, se pone de manifiesto el enorme tesón y la voluntad inquebrantable de que daba a cada momento pruebas, pues —pese a tener, si los cálculos de los historiadores son exactos, cincuenta y cinco años — es siempre el más resistente, el que va delante, el que cuando los otros desfallecen los anima a seguir. Terrible prueba esperaba a los españoles que la empresa del mariscal había enrolado, pues se adentraban en un país desconocido, sólo guiados por el señuelo de sus enormes riquezas. No dudaban de ellas, porque los mismos indios más preeminentes les acompañaban, y se hablaba de los grandes tributos que de aquellas tierras siempre recibían los incas.

Una de las precauciones que tomó Almagro antes de salir de Cuzco fue la de informarse de las características de la tierra que iba a explorar y para ello había enviado a los mejores guías de que dispuso. Las informaciones que recibió le permitieron saber que se trataba de territorios muy poblados, pero de muy difícil acceso. Para llegar a ellos era preciso atravesar primero sierras ásperas y valles profundos, con nieves en invierno y avalanchas de agua producto de los deshielos en el verano.

Los castellanos se habían habituado ya al cambio de las estaciones, al revés de lo que sucedía en el mundo europeo del que procedían. Los meses de mayo a septiembre eran el invierno, seco y soleado, pero con las corrientes de los ríos engrosadas por los caudales procedentes de los altos. Los otros meses eran lluviosos, acumulando nieves en los lugares más altos, por encima de los 3.500 y de los 5.000 metros sobre el nivel del mar. Sabía Almagro del frío, de la nieve y de la carencia de alimentos o de agua en ciertas zonas.

En este medio duro y tremendo iba a desarrollar Almagro su empresa andina, su verdadera gesta de descubridor, de ampliador de las fronteras del imperio que se estaba formando. Sólo su tenacidad, la confianza casi ilimitada

en su férrea voluntad y su ambicioso carácter podían impulsarse, a su ya avanzada edad, a una gesta que presentaba dificultades casi insalvables.

Del Cuzco a los Andes.— Tras la última y breve detención en Moína, se puso el contingente de Almagro en camino, a través de la rica provincia del Collao, donde tuvieron abundancia de ganado. El ejército español iba pertrechado para una larga exploración colonizadora, por lo que acarreaban gran impedimenta en tremendos y pesados fardos, que transportaban a hombros los indios, que habrían huido ante este trato esclavizante de no ir atados con cuerdas y conducidos en largas sartas, vigilados por los fieles *yanaconas*. Este trato y los abusos —que, según los cronistas, fueron grandes — hubieron de ser tolerados por Almagro, o corregidos sólo con sanciones leves, ante el temor de que, imponiendo mayor disciplina, los más indecisos abandonaran la empresa.

Era el mes de agosto de un durísimo invierno austral, con un frío intensísimo, lo que obligó a Almagro a detenerse durante un mes, para evitar que el numeroso acompañamiento indio —que algunos cronistas cifran en 15.000— y el ganado que transportaban pereciera de frío. Estaba Almagro cerca de las zonas mineras de Porco, Castrolareina y Potosí, que ya habían sido exploradas por los incas, pero que no interesaron a Almagro, del que dice un historiador, con razón, *que no era buscador de oro, sino un explorador*. Quizá si se hubiera detenido allí Almagro con los suyos y hubiera fundado ciudades junto a los yacimientos, su fortuna personal, su autoridad y hasta su fama se habrían consolidado. Pero no quiso Almagro detenerse a poblar, ni disminuir en ese momento el ejército, afirmando que aquella era *poca tierra para tanta gente honrada*. En los diez años siguientes, desde la sierra de Cuzco, los españoles ascenderían al Titicaca y se esparcirían por la actual Bolivia, que entonces se llamó *Alto Perú*. Pero diez años en aquellos tiempos vertiginosos eran como un siglo, y Almagro soñaba con un segundo Cajamarca, con los grandes botines y las ciudades populosas y monumentales como Cuzco. Y siguió adelante.

Habíase ya reunido el ejército de Almagro con la avanzada de Saavedra y, transcurrido un mes de espera, decidió Almagro reanudar la marcha, enviando de nuevo a Saavedra por delante, con instrucciones de llegarse hasta Tupiza, donde esperaban los dos embajadores del inca. Llegado Almagro a la región del lago Aullagas, se detuvo para hacer acopio de alimento durante diez días, sabedor de que iba a enfrentarse a una región despoblada y carente de agua y alimentos, hasta llegar a la región de Chincha. Fueron jornadas duras, pero su

esfuerzo se vio recompensado con la llegada a Tupiza, capital del territorio de Chincha a fines de octubre de 1535.

La estancia en Tupiza, que duró dos meses, levantó el ánimo de todos, incluso de los que no querían alejarse de los sitios que tenían ya ocupados, pues allí esperaban Paulo Tupac y el Villac Umu, junto con Juan de Saavedra, que había ido por delante, con el tributo en oro que los súbditos chilenos no habían enviado al Inca, en espera de conocer el resultado de la guerra entre Atahualpa y Huáscar. Mucho era lo adeudado, y así se recogieron noventa mil pesos, según Herrera, o ciento cincuenta mil, según Gómara.

Durante este tiempo se dio lugar a que creciera la cosecha y, una vez recogida, constituyera avituallamiento suficiente para las largas y duras jornadas que se avecinaban. También se dio lugar a que llegara la retaguardia que, cargada con toda la impedimenta, había tenido grandes dificultades para llegar hasta Tupiza a causa de la nieve. Se fabricaron también clavos y herraduras para los caballos con el cobre de que allí disponían.

A pesar de esta halagüeña situación, en Tupiza se planteó por primera vez la posibilidad de regresar. A ello contribuían varios factores. Los tres castellanos que habían acompañado a Paulo Tupac y a Villac Inca, junto con otros dos que a ellos se unieron, habían decidido continuar explorando con ánimo de averiguar lo que el nuevo territorio les deparaba y notificárselo a Almagro, aunque iniciaron esta descubierta sin permiso del mariscal. Pagaron cara su temeridad, pues los indios —viendo que eran pocos— decidieron matarlos. Sólo dos consiguieron escapar y regresar a Tupiza, donde dieron cuenta a Almagro de la actitud belicosa de los indios de Chile, que seguramente sólo habían respetado a los españoles por la alta dignidad de los incas que les acompañaban. De otro lado, los indígenas que visitaban a Almagro sólo le daban noticia de territorios miserables y de difícil acceso, pero él las atribuía al natural deseo de los indígenas de que no siguiera adelante.

Pero lo que más pesaba en su ánimo eran las cartas que había recibido de Cuzco, en las que se relataba con todo detalle la llegada del obispo de Panamá con los poderes del rey y en las que sus amigos le instaban a volver para defender sus derechos. Momento de gran duda para Almagro: ¿Debía atender a sus intereses personales o proseguir su expedición, a la que ya había arrastrado a tanta gente? Dado que la concesión de una nueva gobernación para él era segura, lo de los límites podía esperar. Le parecía más importante consolidar la posesión de estas tierras, de cuya gobernación estaba seguro, que encerrarse en discusiones de leguleyos y, hombre de acción ante todo,

decidió continuar la empresa que había comenzado. Creía ciegamente en las riquezas que la expedición le iba a deparar y estaba determinado a enriquecer a los caballeros que le habían acompañado y depositado en él su confianza.

Primeras hostilidades y represalias.— Todavía en Tupiza, en una de las noches de esta larga espera hasta la crecida de los maíces, desaparecieron todos los indios quechuas que le habían acompañado, con el gran sacerdote Villac Umu a la cabeza, sin que todos los esfuerzos por encontrarles produjeran resultado. Almagro ignoraba la razón de esta huida, pero la explicación era clara. Como queda visto, Manco Inca, el nombrado por el propio Pizarro Inca del Perú, planeaba una general sublevación y la designación que había hecho en la persona de su tío —el Villac Umu— para acompañar a los españoles, era una parte del proyecto. Había que encaminar a un contingente fuerte de españoles lejos de los lugares donde iba a tener lugar la sublevación y por ello había contribuido a alentar el deseo de Almagro de dirigirse hacia el sur. Manco contaba con que el Villac pasara el Collao para juntar y organizar a la gente necesaria para la campaña de rebelión y posterior destrucción de los españoles.

Pero Almagro ignoraba todo esto. Quizá debió imaginar la formidable sublevación que se fraguaba en Perú y tomar las medidas oportunas para prevenirla, retrocediendo con su hueste o, al menos, prescindiendo de parte de ella. Pero, una vez tomada su decisión de continuar, ya no le preocupaba lo que pudiera acontecer en el Perú o, por lo menos, no hasta el punto de alterar su marcha. Tenía puestos sus ojos en el territorio de Chile y por ello las medidas que tomó, tras la defección de los quechuas y lo que ello suponía como síntoma de una inminente rebelión, fueron encaminadas al apaciguamiento de las tierras próximas por las que había de pasar.

Con esta finalidad quiso castigar a los indios que habían atacado al grupo de españoles que tan imprudentemente se habían adelantado separándose del séquito de los altos dignatarios incas. Mandó al efecto a un grupo de setenta españoles al mando del capitán Salcedo, pero éste encontró a los indios prevenidos y fuertemente fortificados, por lo que se limitó a mantenerlos rodeados, en tanto comunicaba esta situación a Almagro. Este envió enseguida refuerzos al mando de Francisco de Chaves, pero éste fue sorprendido por los belicosos jujuys, que hicieron una matanza entre los indios *yanaconas* y huyeron a unos riscos, inaccesibles para la caballería.

Ya no existía razón alguna para esperar más tiempo en Tupiza y Almagro decide continuar. Ya se había recogido la cosecha, se habían herrado los

caballos y el tiempo era propicio. Almagro parte para reunirse con la vanguardia de Salcedo y Chaves, dejando a cargo de Franco Noguerol de Ulloa el cuidado de la retaguardia, que venía en su seguimiento desde Cuzco. Emisarios de esta retaguardia trajeron la noticia de que se había iniciado el levantamiento, pero Almagro no comprendió que su reincorporación a Cuzco podría haber sofocado la revuelta, y continuó hasta el valle de Jujuy, encontrando enorme resistencia entre los habitantes, que se aprovecharon de las ventajas del terreno para hostigar constantemente a la tropa española. El duro camino le condujo hasta Salta, donde el número de bajas era ya importante. Los combates eran continuos y el propio mariscal tomaba parte en primera línea, exponiendo incluso peligrosamente su vida, como cuando una flecha tocó directamente en el corazón de su caballo, que cayó fulminado, arrastrándole a él consigo. De no haber acudido rápidamente sus soldados, Almagro habría quedado preso, que es como decir muerto, ya que los indios no perdonaban nunca a los prisioneros.

Así llegaron a Chicoana, último lugar antes de adentrarse en la cordillera de los Andes meridionales. Durante su estancia en Tupiza, Almagro había tenido que tomar una difícil decisión en cuanto al camino hacia el sur. Había sido informado de que existían dos posibilidades: un primer camino, a través de Tarapacá y Atacama, se extendía por un desierto carente de agua y con temperaturas extremas de frío y calor. El segundo no parecía presentar dificultades al principio, pero exigía el paso de los Andes luego, afrontando las peligrosas inundaciones provocadas por el deshielo. Almagro, calibrados pros y contras, había elegido el segundo: el de los Andes.

Chicoana era el último lugar antes de internarse en la cordillera meridional, y también el postrer sitio donde los españoles podían abastecerse de maíz. En Chicoana permanecieron dos meses, bien provistos y aun sobrados de alimentos, hasta el punto de enviar provisiones a la retaguardia que había quedado a cargo de Nogueral. Pero con esta necesaria espera había llegado el deshielo y con ello las grandes inundaciones.

Las llamas se tumbaban en el suelo, mojándose los víveres, y se negaban a seguir adelante. Los *yanaconas*, o indios de servicio, huyeron entonces y quedaron solos los españoles, teniendo que acarrear por sí mismos los víveres. Como consecuencia, tuvieron que abandonar cargas de maíz —aun previendo que ello podía suponer su muerte por hambre—, incapaces de transportarlas en los caballos y sobre sus pesadas armaduras de guerra que, por otra parte, les eran imprescindibles dado el continuo acoso a que eran sometidos por los indios. Todo el acopio de provisiones que previsoramente hiciera Almagro en

Chicoana no había servido para nada. Ahora que estaban a punto de enfrentarse a la parte más dura de la expedición, incluyendo el difícil paso de una cordillera hostil, se encontraban con una total carencia de alimentos, teniendo que alimentarse de raíces y algarrobas. Al padecimiento del hambre se unían las constantes escaramuzas con los indios hostiles. En esta crítica situación, habiendo muerto muchos y debilitados los demás, se enfrentaban al paso de los Andes.

Tras breve arenga de Almagro, y distribuidos los escasísimos víveres que aún quedaban de modo equitativo, comenzaron a escalar la cordillera, adelantándose Almagro con veinte españoles de a caballo. Atravesó los Andes, por el punto elegido, con una altura media de cuatro mil metros, sin medio alguno de sustento y con un frío intensísimo, acrecentado por el viento implacable de aquellas alturas desoladas. El grueso del ejército que avanzaba detrás lentamente sufrió indecibles padecimientos. Al pasar por el puerto que denominaron de las Tres Cruces, a 4.500 metros, la mortandad de indios y negros, así como de caballos, fue enorme: en estas durísimas jornadas, hasta llegar a Copiapó, los españoles perdieron más de setenta caballos, que les eran imprescindibles para la guerra y para el transporte.

Pese al sufrimiento, continuaban avanzando. Debilitados por el hambre, casi no podían andar, pero tampoco podían detenerse a descuartizar los caballos para su manutención, porque el detenerse significaba la congelación y la muerte. Meses después, expediciones sucesivas pudieron aprovechar la carne congelada de los caballos y vieron con espanto a algunos cadáveres que se mantenían en pie, en la actitud en que les había sorprendido la muerte. Millares de indios perecieron y los españoles, pese a su mayor resistencia, sufrieron mutilaciones. Años después, en Cuzco, contaba Jerónimo Costilla, que había formado parte de la expedición, que *se le pegaron los dedos de los pies a la bota de tal suerte, que cuando lo descalzaron a la noche, le arrancaron los dedos, sin que él lo sintiese ni lo echase de ver hasta el otro día, que halló sus pies sin dedos…*

Copiapó. La justicia de Almagro.— En el fértil valle de Copiapó descansaron y repusieron sus fuerzas los exhaustos expedicionarios y es aquí también donde Almagro da muestras de lo acertado de sus rápidas decisiones, cuando la situación las exige. Almagro fue siempre partidario de suscitar y mantener las buenas relaciones entre los españoles y los indios, castigando incluso a sus propios hombres cuando los abusos con los indios lo requerían.

Pero esta cordialidad hacia los indios no le impide tomar durísimas y rápidas represalias contra ellos cuando su sentido de la justicia se lo exige.

A lo largo de todo el penosísimo itinerario desde Tupiza no había olvidado la muerte de los tres españoles que —tras acompañar a Villac Umu y a Paulo Tupac— se habían adelantado, perdiendo luego la vida a manos de los indios. En ningún momento había pensado dejar impunes a los culpables de su muerte, no sólo por el hecho de que las víctimas formaran parte de su hueste, sino también por la necesidad política de mostrar a los indios que la absoluta superioridad española se mostraba con ejemplaridad.

Los dos españoles que habían conseguido huir de aquella emboscada dieron por hecho que los restantes habían sido asesinados por los indios jujuys. Pero en Copiapó el intérprete Felipillo, que tan destacado papel había tenido en el proceso de Atahualpa, informó a Almagro de que los españoles desaparecidos habían sido asesinados en Coquimba. Almagro partió para Coquimba de inmediato, a pesar de la necesidad que tenían todos de descanso y las posibilidades que para ello ofrecía Copiapó. En el trayecto hasta Coquimba, la gente huía llevándose consigo todos los víveres, sometiendo al hambre a los españoles.

Era preciso, pues, un castigo ejemplar, no sólo para castigar la muerte de los tres españoles, sino también para hacer desistir a los indios de su actitud. Dio Almagro entonces en perseguir a los indios en los cerros y apresó poco menos de un centenar, entre los que escogió a los tres principales responsables y a otros veintisiete complicados. Sin querer oír descargo alguno, dio orden de que fuesen quemados en la plaza de Coquimbo, en presencia de los indios principales. Era, desde luego, un castigo cruel, pero en aquellas circunstancias lo exigía la implacable ley de la guerra y de la supervivencia.

Aconcagua. La traición de Felipillo y nuevos refuerzos.— Hecha justicia de este modo perentorio, abandonó Almagro Coquimbo con el ejército más recuperado de los anteriores padecimientos. Los valles por donde iban avanzando eran excelentes, tanto de fertilidad como de clima, protegidos por las dos cadenas paralelas, que impedían la llegada de los vientos fríos del Pacifico, abrigados también de las inclemencias de los Andes. No encontraron, sin embargo, grandes ciudades ni núcleos urbanos como los del Perú.

Llegaron hasta la parte más poblada del valle del Aconcagua, que les iba a deparar una sorpresa. Iba a ser ésta la obra de un español huido, aunque no

perseguido. Calvo de Barrientos, soldado de Pizarro, había incurrido en la justicia de éste, en Jauja, habiéndosele imputado un robo. Para ejemplo de los demás, el gobernador mandó cortarle las dos orejas, y el *desorejado*, como le llamaron sus compañeros, prefirió exiliarse a la vergüenza constante de su mutilación. Solo, con una audacia y atrevimiento singulares, se había internado en las tierras de Chile dependientes de los incas, y luego más al sur, alejándose más de seiscientas leguas, a través de toda clase de penalidades, hasta hallar refugio en el valle de Aconcagua, ganándose el respeto de los indios y la confianza del cacique —o *curaca*— de Aconcagua. Al saber de la llegada de los españoles, asesoró discretamente al jefe indio de la valentía de sus compatriotas y de la fuerza de su ira si eran atacados o traicionados, aconsejando le fuere enviada a Almagro una embajada, lo que acordaron hacer los indios.

La lucida embajada —dentro de la costumbre indígena y de la modestia de sus medios— iba con el *curaca* al frente, y llevaba presentes, en especial alimentos, al jefe español. Su llegada coincidió con las hogueras de castigo de los asesinos de los tres soldados españoles, lo que contribuyó a confirmarles lo que Barrientos les había relatado sobre la energía justiciera de los castellanos y les inclinó a una mejor disposición para recibirlo, lo que indica lo acertado de la cruel decisión de Almagro. Aunque habían oído hablar mucho de los caballos, de los arcabuces —*los tubos del trueno*— y de las armaduras, la impresión de potencia que recibieron del aspecto de los caballeros fue inmensa, disponiéndose a prestar de buena gana su auxilio en aquello que se les pedía, y que era más propio de seres humanos de que dioses: comida.

Agrupados en Aconcagua todos los componentes de la expedición —la vanguardia de Saavedra y de Almagro, con el grueso de la retaguardia— descansaron en aquel lugar amigo —aunque sólo fuera por el temor— hasta que, el 25 de mayo de 1536, llegaron noticias de un nuevo contingente de españoles. De las tres naves que —como se recordará— había recibido Ruy Díaz encargo de armar, sólo una pudo llegar —muy maltrecha— hasta las costas cercanas al lugar donde se hallaba Almagro. La navegación en el norte de Chile era muy distinta a la del Perú —con fuertes y constantes corrientes contrarias— y hasta casi cuarenta años después —en 1574— no se descubriría, por el piloto Juan Fernández, el modo de hacer la navegación más rápida, de modo que las previsiones de Almagro no habían podido cumplirse.

Sólo una nave pudo llegar —la *San Pedro*— pero su arrivo fue providencial y levantó el ánimo de todos los españoles, además de

impresionar grandemente a los indios. Con esta embarcación llegaban bastimentos de boca, nuevas armas y hierro para las herraduras, además de ropa, que era ya absolutamente imprescindible para los expedicionarios, tras las inundaciones, guerras y tremendas calamidades de los Andes. Los caballos, por otra parte, sólo disponían de herradura con clavos de cobre. Se montaron, pues, las forjas, se hicieron nuevas herraduras, se repararon las armas y se dispuso todo para avanzar hacia el sur.

Con los recién llegados, les venía una noticia aún más preciada para Almagro: en otra de las naves, que sólo pudo llegar hasta Chincha, venía su hijo, Diego de Almagro —*el Mozo*— en compañía de Ruy Díaz. Mientras el piloto Alonso de Quintero regresaba a Lima para reparar la nave, Ruy Díaz venía por tierra con el joven Diego y el resto de la gente que había desembarcado en Chincha.

Asombra la rapidez con que todo se hacía entre los expedicionarios, o la prisa de Almagro en organizar su gente para disponerse a la marcha. Apenas nueve días después —el 4 de junio— ya estaba todo dispuesto y pronto atravesaban uno de los puertos transversales, sufriendo las inclemencias de un invierno duro, con acompañamiento de lluvias torrenciales y de nieve, hasta llegar al valle de Petorca.

Predispuestas por Barrientos, las gentes de Aconcagua ofrecieron grandes agasajos a los españoles a su llegada, correspondiéndoles Almagro con la entrega de joyas —no vidrios coloreados, sino auténticas joyas— y otros presentes. Sin embargo, terminados ya los festejos y antes del amanecer, los españoles se vieron sorprendidos por la desaparición de todos los indios con sus jefes. Esto no era nuevo —ya había sucedido en Huasco y en Coquimbo — y los españoles estaban preparados para evitarlo. Las guardias y centinelas estaban alerta y pudieron detener a algunos fugitivos, por los que se supo la verdad. A las prevenciones de Barrientos, que tan útiles les habían sido, alguien había opuesto otras ideas e introducido en las mentes de los indios de Aconcagua nuevos temores. ¿Quién podía ser esta persona? No hubo tardanza en averiguarlo: el intérprete Felipillo.

Aquellas regiones por las que iban pasando habían estado sujetas a la soberanía, al menos nominal, de los Incas, y pagaban su correspondiente tributo, como ya sabía Almagro. Esto quiere decir que conocían la lengua quechua y podían entender lo que Felipillo tuviera a bien contarles. Este les había informado de la crueldad de los españoles durante la conquista del Perú, de que su intención verdadera era matar a los indios. Les había informado también de que a los caballos podía fácilmente dárseles muerte y les aconsejó

que abandonaran a aquellos a quienes habían recibido como amigos, quitándoles la manutención en su huida.

Cuando supo Almagro todo esto, ordenó la rápida captura de Felipillo. Este, aterrorizado y creyendo que con ello podría comprar, al menos, su vida, confesó. Pero el mariscal fue implacable y ordenó su inmediata ejecución, lo que mostró a los indígenas la capacidad de conocimiento de las tretas indias que tenían los españoles y la celeridad de sus justicias. Poco a poco retornó la normalidad, los indios fueron regresando a sus hogares y, con sabiduría, Almagro no ejerció sobre ellos ninguna represalia, lo que granjearía, de allí en adelante, una sincera amistad de las gentes de Aconcagua hacia los españoles. Amistad teñida de respeto y de temor.

Las exploraciones subsiguientes no depararon noticias nuevas. La tierra seguía siendo buena para fundar ciudades y para la agricultura, pero no ofrecía las riquezas en oro prometidas por las gentes del Cuzco y cantadas por el Villac Umu y sus acompañantes. A sus cincuenta y seis años, Almagro no podía ni quería comenzar una colonización de agricultores y ganaderos. Quizá también pensaba en el desencanto de los suyos —a los que tanto prometiera cuando abrió banderín de enganche— y las consecuencias que este desencanto podría traer. Comenzó entonces a abrirse paso en su pensamiento la idea del regreso.

Pero, antes de tomar cualquier decisión, era preciso tantear la tierra hasta sus confines, hasta adquirir la certeza de que allí no se encontraban los tesoros prometidos. Los informes que recibía de los indios más notables eran desalentadores: la tierra era más pobre cuanto más avanzaba hacia el sur, llegando a ser inhabitable e improductiva y desde luego sin ningún vestigio de oro. Pero aún temía Almagro que aquellos informes fueran malintencionados o exagerados y debía, por lo tanto, cerciorarse por sí mismo. Así lo hubiera hecho, de no tener noticia de la próxima llegada de Ruy Díaz con su hijo y ciento diez hombres.

Ordenó entonces que saliera en su lugar Gómez de Alvarado con 70 jinetes y 20 infantes, mientras él se dirigía a la costa para conocer el estado del barco que había traído a Ruy Díaz. Algunos pensaron que el puerto era la actual Valparaíso, bautizado así por un español en recuerdo de su lugar de nacimiento. La impresión que tuvo Almagro del estado del barco fue desastrosa, tal era su condición, pues hacía agua por todos sitios y estaba cargado de *broma*, o adherencias marinas muy difíciles de quitar, que retrasaban la navegación. Ordenó entonces que se calafatease, para lo cual —a falta de brea— hubo que utilizar las ropas de los indios y sebo de las ovejas,

es decir de las llamas. Reparado de este modo precario, se le dotó con una tripulación de sesenta hombres y un capitán, con instrucciones de bordear el litoral hasta llegar al estrecho de Magallanes.

Mientras se realizaban estas exploraciones por tierra y mar, su espíritu inquieto le llevó a explorar personalmente los valles cercanos a Aconcagua, hallando sólo míseras rancherías de indios y algunos lavaderos de oro, donde se preparaba el tributo que periódicamente habían de remitir al inca del Perú. Eran tan pobres estos lavaderos, que su producción, caso de haberse organizado una explotación a gran escala, no hubiera resultado rentable aun con la mano de obra gratuita de los indios.

Esta impresión de primera mano fue confirmada por Gómez de Alvarado a su regreso, coincidiendo también con los informes de los indígenas. Había recorrido Alvarado 150 leguas (unos 750 kilómetros) durante tres meses, asegurando haber llegado a cien leguas del estrecho de Magallanes, sin conocer otra cosa que tierras paupérrimas y miserables habitantes, que se pensó eran caníbales, tanta era su falta de alimento. Almagro ya conocía el norte, del cual venía, y había hecho explorar el sur. Limitado al oeste por el mar, sólo restaba explorar el este con la esperanza de encontrar las riquezas esperadas al otro lado de la sierra. A pesar de que la época no era favorable, ordenó que un destacamento intentara el paso de los montes. Pero éste tuvo que regresar a las pocas jornadas, porque el terreno estaba cubierto totalmente de nieve, sin un solo camino, hundiéndose los caballos hasta la cincha en el blanco manto que cubría las laderas. Nada, nada por ningún sitio y ninguna otra posibilidad de avance.

De este modo se impuso la necesidad de pensar definitivamente en el regreso: volver sus ojos al Perú, del que había partido lleno de esperanza, y reclamar la delimitación de su gobierno. No sabía Almagro que alimentando estas ilusiones estaba preparando el camino para mayores penalidades, y para su triste fin.

Reunión de capitanes.— Una relativa alegría o compensación a tan desdichada certidumbre iba a ser la llegada de Ruy Díaz con su hijo *el Mozo*, como le llamaban los españoles. Habían desembarcado en el puerto de Chincha y por la costa, atravesando salitrones desiertos, ardientes bajo un sol implacable durante el día y gélidos, bajo una bruma untuosa, durante la noche, habían franqueado la distancia que les separaba de Aconcagua. Nueva preocupación del mariscal, al ver llegar refuerzos para una empresa que ya no

los necesitaba, y a cuyas gentes habría que decirles que desandarán el camino y que su esfuerzo por llegar hasta el real castellano no había tenido objeto.

Habían llegado ya a Copiapó las huestes de Orgóñez y Rada y allí se reunió Almagro con sus capitanes. Con gran alivio de Almagro, se mostraron también partidarios de regresar al Perú, manifestando además gran entusiasmo por la idea. Tan pronto cundió entre la tropa la noticia de un posible regreso al Perú, al que todos veían como tierra de promisión —ya que sabían no había de faltar ni el bienestar, ni la posibilidad de enriquecer— el entusiasmo creció.

En esta reunión quiso también Almagro que sus dos capitanes le contaran con todo detalle el resultado de sus gestiones: Juan de Rada, como encargado en Lima de reunir hombres y de representar sus intereses ante los Pizarro, en especial la recepción de los documentos originales de su designación como gobernador de la Nueva Toledo, y Orgóñez, como reclutador de hombres para la expedición en el Cuzco. No habían sido sus penalidades menores que las de Almagro.

Orgóñez había salido del Cuzco casi un año antes —en octubre de 1535— y había sufrido en su viaje las mismas dificultades que Almagro, agravadas por la falta de alimentos. Los indios ya se habían sublevado y era imposible aprovisionarse normalmente. Sin embargo, ni los hielos (a Orgóñez se le cayeron las uñas de los dedos y se le heló la piel de las manos), ni las hostilidades constantes de los indios pudieron detenerles en su progresión hacia el sur, pues querían llegar a tiempo para incorporarse al grueso y prestarle ayuda, si le fuera necesaria.

Juan de Rada había sufrido lo mismo, y en ocasiones tuvo que enviar petición de socorro, para no perecer, a la columna de Orgóñez. Y Orgóñez había enviado socorro, pero no sin que antes la columna de Rada hubiera estado a punto de perecer de inanición y tuvieran que comer la carne congelada de los caballos que cinco meses antes habían muerto allí, cuando atravesaron ese mismo puerto los ejércitos del adelantado. Pero Rada traía noticias, que era lo que más le interesaba a Almagro.

Rada le contó cómo en noviembre de 1535, mientras él estaba aún en Lima, había regresado de España Hernando Pizarro y había publicado que traía consigo los despachos originales. Se los pidió Rada, pero Hernando se fue dilatando en la entrega, en tanto no se tomaban decisiones sobre Cuzco. Por fin Hernando había sido designado gobernador del Cuzco, en nombre de su hermano Francisco, momento en el que entregó los documentos a Juan de Rada, para que los hiciera llegar a Almagro. Estas noticias fueron comentadas

por el mariscal con sus capitanes y todos estuvieron de acuerdo —como hemos visto— en que había que regresar, no sólo porque nada les retenía en Chile, cuyas riquezas habían sido pura fantasía, sino porque urgía que Almagro tomara posesión de su gobierno, cuya capital, por los cálculos que ellos hacían, no podía ser otra que la ciudad del Cuzco.

Había en Almagro otra razón para desear tomar posesión del gobierno, aparte de los naturales incentivos de ver cumplida una vieja ilusión, y era la de legar a su hijo *el Mozo* una situación que podría reclamar después de su muerte. Decidióse, pues, el regreso, pero quedaba por tomar la difícil decisión de por dónde efectuarlo.

Ya conocían las dificultades, prácticamente insuperables, del paso por los Andes. En cuanto al camino del desierto, que había sido recorrido por Ruy Díaz en su viaje desde Chincha, suponía atravesar arenales ilimitados, sin víveres y sin agua para aplacar la sed producida por un sol abrasador. En palabras de Fernández de Oviedo, *cualquiera de estos dos caminos parecía imposible cosa andarle e quedar con la vida*. Después de mucho deliberar con sus capitanes y de rogar a Dios les iluminase para elegir el mejor de los caminos, Almagro optó por el camino costero.

El regreso.— Una vez decidido el camino de la costa —es decir, el de los grandes y secos desiertos— se puso de manifiesto la gran capacidad organizadora de Almagro, que le colocan a la altura de los más grandes exploradores. Un grupo de hombres habría acabado con la escasísima agua que los escasos regatos —jagueys— podrían ofrecer, por lo que era aconsejable formar grupos menores, de seis y ocho hombres, durmiendo en el lugar que los precedentes hubieran dejado. Se hizo provisión abundante de agua en todas las vasijas disponibles, fabricando odres con piel de guanaco, para que ahondaran los cauces de los jagueys y permitieran la formación de pozos, o reservas de agua.

Pero había un peligro: destacamentos pequeños de seis y ocho hombres podían ser presa fácil de los indios hostiles y había que buscar una protección contra ellos. A fin de que despeje el camino y para contener a los indios alzados en el Perú, ordenó Almagro al capitán Francisco Nogueral de Ulloa que se embarcase en la *San Pedro* —la nave reparada que había llegado a Valparaíso— y remontase la costa hasta Atacama, donde, con los ochenta hombres que le acompañaban, formaría una especie de barrera que impidiera a los indios adentrarse en el desierto y atacar a los destacamentos castellanos.

La vanguardia de Almagro se reuniría con Nogueral en Atacama y esperarían al grueso del ejército allí.

Pero antes de adentrarse en el desierto, o partir para la costa, Almagro tuvo un gesto, que era para sus soldados como la compensación de todos sus padecimientos y un premio a su constancia y fidelidad, así como un modo de renovar el ánimo para seguir a su jefe. Como se recordará, antes de emprender la campaña de Chile, Almagro había repartido grandes sumas de dinero a algunos de sus hombres —ciento ochenta mil ducados en total— para que pudieran equiparse adecuadamente. Pues bien, los reunió a todos y en su presencia fue rompiendo uno por uno los documentos y escrituras en que constaban las deudas y adelantos, añadiendo al terminar de romper la escritura de cada uno: *No creáis que por esto dejaré de daros a vos y a mis amigos lo que me quede, porque nunca deseé dineros ni hacienda sino para darlos*. Acertadamente comenta López de Gómara que se trataba de una *liberalidad de príncipe más que de soldado; pero cuando murió, no tuvo quién le pusiese un paño en su degolladero*.

Con este gesto —mejor que cualquier arenga— y habiéndose previsto hasta el más mínimo detalle, la expedición se puso en marcha. Iba delante, formando la vanguardia, Rodrigo Orgóñez y cerrando la retaguardia, con el resto, Diego de Almagro. Se dio tanta prisa la tropa, que atravesaron el desierto en pocos días, reuniéndose con Nogueral de Ulloa en el poblado de Atacama. Ya estaban a las puertas del Collao, ya estaban en el Perú. Pero si grandes habían sido las dificultades que hasta entonces les había presentado la naturaleza, mayores las iban a oponer los hombres.

Hallaron a Tarapacá sublevada, como resultado del general levantamiento que secretamente había organizado Manco. No sólo no hallaban bastimentos y alimentación, sino que tenían nuevamente que combatir contra los indios. Almagro estaba decidido a seguir adelante, como siempre, pero la sublevación india se lo dificultaba. El descanso de dieciocho días que se permitieron en Atacama había repuesto sus fuerzas. Como no había perdido ni un solo hombre (aunque sí muchos caballos) en la difícil travesía de los desiertos, su fuerza era considerable. Al llegar a los primeros poblados tuvieron muestras de la importancia del levantamiento incaico, ya que hallaron gran número de españoles asesinados y descuartizados. Almagro dio orden de que fueran enterrados cristianamente y continuó hasta Arequipa, donde entraba a comienzos del año 1537.

Así terminaba la expedición a Chile. Había facilitado, con la salida de Almagro, el levantamiento de los indios. El abandono de esta empresa y

regreso de Almagro evitó que la pérdida del Perú se consumara. Comenzaba un nuevo y azaroso capítulo —el último— en la vida de Almagro.

ANTESALA DE LA GUERRA CIVIL

Regreso de Almagro.— Llegados los expedicionarios a Arequipa, *que está a setenta leguas del Cuzco, adonde fueron bien recibidos, y descansaron algunos días*, Almagro supo del sitio a que estaba siendo sometida la ciudad y del terrible aprieto en que se hallaban *los Pizarro. Cuzco —como queda visto — había sido sitiada por el rebelde Manco, que estuvo a punto de conquistarla, llegando los españoles a poseer nada más que la plaza Mayor, aunque fue tanto su tesón y* valentía que Manco hubo de desistir. Las pérdidas en el Cuzco habían sido cuantiosas y sensibles —Juan Pizarro era uno de los muertos—, pero mayores aún eran las producidas en los poblados menores, en el valle de Yucay y hasta la costa. Hasta setecientos españoles fueron asesinados, los unos en sus repartimientos, los otros cuando iban de camino o formaban parte de pequeños destacamentos. El gobernador, desde Lima, había intentado enviar socorros a la sierra, pero también tenía que defenderse en la costa, por lo que había enviado peticiones de socorro a Panamá y otros lugares. Alonso de Alvarado —como vimos— había salido para la sierra con un fuerte destacamento, ya que Pizarro temía —y con razón— por la vida de sus hermanos.

Tras estas circunstancias, cuando Hernando Pizarro ha conseguido en última instancia salvar la ciudad, aunque no levantar el cerco a que estaba sometida, llega Almagro a las cercanías de Cuzco. Conocidos estos hechos por Almagro, concibe un plan que pone inmediatamente en práctica: Almagro sabe que es Manco quien dirige el levantamiento y decide intimarle para que levante el cerco, buscar ser mediador entre los contendientes y así recabar la jurisdicción sobre Cuzco.

Para llevar a cabo este plan, escribe a Manco una larga carta —que han conservado los cronistas— en que lo trata de *hermano* y a Paulo Tupac de *hijo*, afeándole la acción que está realizando contra los castellanos, si bien

dice reconocer los abusos que con sus bienes y con sus mujeres han hecho las gentes de Hernando Pizarro. Le asegura que el Cuzco pertenece a su gobernación, concedida por el rey a su persona, y que cuando entre en la ciudad hará castigo de los que le habían robado y maltratado.

Manco vio en la llegada de un contingente nuevo de castellanos (que contaba con quinientos hombres y no con los dos mil que le mencionaba Almagro en su carta) un grave peligro para su ejército, pero también una posibilidad. Comprende que no puede seguir cercando Cuzco y levanta el asedio, pero no se aleja demasiado, enviando seguridades a Almagro de que es su amigo, de que el levantamiento ha sido por causa de los abusos a que había sido sometido por parte de los hermanos de Pizarro —queriendo limitar el hecho al asedio de la ciudad, cuando la sublevación y los asesinatos habían sido por doquier— y que desea verlo personalmente en Urcos. Pero retenía a Ruy Díaz y a los otros emisarios de Almagro, sin decir que quedaban como rehenes, pero en efecto como tales.

Hernando y los españoles del Cuzco —que ya sabían de la llegada del contingente de Alvarado desde Jauja— respiraron con alivio al ver que se levantaba el cerco, pero no quedaron tranquilos, porque le llegaron noticias —ya dijimos que éstas volaban en el Perú— de los tratos que había entre el adelantado (título que él daba a Almagro) y Manco. Sospechó enseguida que podía haber una alianza entre los dos y que esta amistad entre *los de Chile* —como ya se designaba a los que venían con Almagro— y el inca sublevado significaba que el mariscal se sentía dueño del Cuzco —como había sucedido antes de que saliera para su expedición al sur— y actuaba como señor legítimo, en nombre del rey, de aquellas tierras.

Guiado por esta intuición, envió un mensajero mulato a Manco con una carta, en que le pedía *no hiciera paz con Don Diego de Almagro, porque no era el señor, sino con Francisco Pizarro*, único legítimo señor del Perú, por el rey de España. Manco —que siguió el juego de dividir a los castellanos, con mucha habilidad— estuvo a punto de cortar la mano al emisario, para devolverlo a Hernando, pero la intervención de Ruy Díaz y de sus compañeros redujo la pena a la mutilación de un dedo de aquel *mensajero mentiroso*, lo que ya era indicio suficiente para Hernando de la actitud del jefe.

Simultáneamente Almagro y Hernando Pizarro harán diversas gestiones, el primero para asegurarse la adhesión de los indios a su bando y tratar de asegurarse la gobernación del Cuzco, y el segundo para conocer, sin lugar a dudas, las ideas del mariscal a este respecto. Almagro marchó a entrevistarse

con Manco, dejando en Urcos a Saavedra, hombre discreto y valiente, que sabía le sería fiel, con doscientos cincuenta hombres. Entretanto, Hernando reunió a los principales de la ciudad para determinar qué había de hacerse. En la reunión, a la que asistieron Gabriel de Rojas, Gonzalo Pizarro, Hernán Ponce de León, Alonso Riquelme y Pedro de los Ríos, se acordó que saliera Hernando a entrevistarse con Saavedra —como representante de Almagro— con un buen contingente de gente, pero sin dejar desguarnecido el Cuzco.

En esta salida de Almagro quedaron bien claras las intenciones de Manco, ya que desde el primer momento dirigió a los indios contra sus hombres: *Los indios de guerra todas las veces que se topaban con españoles* (de la tropa de Hernando Pizarro, se entiende), *les amenazaban diciendo que venía el Adelantado muy enojado, que era su amigo y que los había de matar a todos*. Saavedra, alertado por los indios de que se aproximaba Hernando, tomó medidas de precaución, dando el mando de la infantería a Cristóbal Ponce de León y enviando a Cristóbal de Sosa y a Alonso con un mensaje para Hernando, comunicándole a *que dexasen la ciudad del Cuzco*. Sin embargo, el encuentro entre estos emisarios de Saavedra con Hernando Pizarro transcurrió en medio de las mismas fórmulas de cortesía que habían usado los castellanos de Almagro y los de Alvarado cuando la incursión de éste en tierras de Quito.

Las cortesías, sin embargo, eran sólo la fórmula exterior, porque en lo interior cada una de las partes iba a defender sus puntos de vista, sin ánimo de ceder ni un ápice. Ambos argumentaban —y ambos con corazón— que las divisiones contra los indios iban en *deservicio* de Su Majestad el Rey y en este sentido Hernando llegó más lejos: *Propuso Hernando Pizarro el deservicio que a Dios, y al Rey, resultaba de aquéllas divisiones, haciendo gran cargo a Juan de Saavedra de que no lo remediase, con juntarse con él, y entrase con su gente en el Cuzco. Por lo cual le hizo grandes ofrecimientos*, tentando a Saavedra para que traicionara a su jefe. No aceptó Saavedra este ofrecimiento, ni cedió a los argumentos de Hernando, oponiendo otros idénticos: *Que para la conservación de lo adquirido* (por los españoles en el Perú), *convenía la unión de todos. Y que pues el Cuzco era más claro que el sol, que perteneció a Almagro, se le dexasen, y que este negocio se pusiese en práctica, para dar a ello buen medio.*

Al no haber entendimiento, Hernando se volvió al Cuzco y envió emisarios a Alonso de Alvarado, que estaba cerca de Abancay, para saber cuál sería su actitud y si le prestaría su apoyo. No llegaron estos emisarios a entrevistarse con Alvarado, ya que fueron sorprendidos por el almagrista

Francisco de Chaves, que los hizo a todos prisioneros, llevándolos ante Almagro. Manco, que se consideraba aliado de Almagro contra los hombres de Hernando, reclamó estos prisioneros para sí, pero Almagro no se los entregó. Esto provocó la ira de Manco, que llegó a enviar parte de su ejército contra Almagro. Desistió enseguida, pero desde ese momento hizo más severa la prisión en que tenía como rehenes a Ruy Díaz y a sus compañeros.

Almagro decidió, en vista de tanto titubeo e inseguridad, llegarse hasta Cuzco. Cuando estaba ya a media legua de la ciudad, y conociendo que no todos en Cuzco estaban contentos con el gobierno de Hernando, ideó un procedimiento nuevo para poder hacer suyo el Cuzco, sin lucha ni derramamiento de sangre: envió un mensaje al Cabildo conminándole a que se le entregase la ciudad y se reconociera que entraba en la gobernación que le había concedido el rey, porque no suponía ninguna ruptura de la sociedad que tenía Pizarro, requiriéndoles a que *obedezcan aquella provisión real de su Magestad, de como le da la gobernación después de las trescientas leguas del gobernador su hermano y compañero*.

El requerimiento dejó asombrados a los regidores del Cabildo, quienes —sin negar la autenticidad de los reales documentos— observaron que en ellos se hablaba de tierras, pero no se mencionaba al Cuzco para nada y que, por lo tanto, hasta que no se delimitara el territorio por meridianos, ellos no podían decidir nada. Por otra parte, los emisarios de Almagro —Aldana y Guevara— expusieron los deseos de paz del mariscal, a lo que Hernando mandó contestar que Almagro podía entrar en Cuzco pacíficamente cuando quisiera y allí discutirían el problema, dando orden incluso de que se le enviaran alimentos al adelantado.

Esta actitud de Hernando, lejos de tranquilizar a Almagro, le inquietó y puso más sobre aviso. Temiendo una añagaza por parte de Hernando, avisó a Saavedra que se uniera con él, advirtiéndole tuviera cuidado *porque no le sucediera alguna desgracia, pues conocía las mañas de Hernando Pizarro*. Reunidos en las Salinas —Cachipampa, que quiere decir campo de sal en idioma quechua— se aproximaron más al Cuzco, llegando tan cerca de la plaza de armas, que asentaron sus reales donde luego se edificaría el convento de San Francisco.

Toma de Cuzco y prisión de Hernando.— La actitud de Almagro, no aceptando su invitación para entrar amistosamente en Cuzco y su presencia a las puertas de la ciudad, dieron a entender a Hernando que las intenciones de Almagro eran hostiles y que no entraba en su ánimo negociación alguna sobre

el Cuzco. Ya había Hernando Pizarro permitido a los habitantes del Cuzco que se retiraran a descansar *porque muy cansados estaban de andar armados días y noches, sin dormir*, pero ante la actitud de Almagro mandó fortificar la ciudad y demoler los puentes de acceso. En su casa colocó arcabuces encabalgados con soportes y mantuvo una guardia.

Pero de nada le sirvieron estas precauciones, ni llegaron a demolerse los puentes, pues, sigilosamente, los *almagristas* —ya podemos llamarlos así—, aprovechando la oscuridad nocturna, a media noche, entraron en la ciudad e impidieron el acceso de refuerzos a la casa de Hernando, rodeando ésta. Rodrigo Orgóñez, sin disparar un tiro, se hizo con la defensa de arcabuces que había montado Hernando e intimó a éste a rendirse. Hernando, con sus partidarios, estaba dispuesto a vender cara su vida antes que rendirse y no cesaba de disparar, aun cuando, de los catorce defensores, uno estaba muerto y ocho malheridos. Pero como la techumbre de su casa, que había sido de un *orejón* importante (*orejones* llamaron los españoles a los indios de la nobleza), tenía la techumbre de paja, como todas las de los incas, le prendieron fuego los almagristas y Hernando hubo de rendirse.

Almagro en Cuzco.— Ya había conseguido Almagro lo que tanto había soñado y ansiado: ser el señor del Cuzco. Había aprisionado a los Pizarro, a los que no quiso ni ver, *templando en parte la ira*, *que es un hervor de sangre que se allega al corazón*, en frase del historiador Herrera. Ordenó que fueran encerrados en el templo del Sol o Coricancha, donde luego se elevaría —y se eleva— el convento de los dominicos. A los pocos días los envió a una cárcel más estrecha, la Caxana, donde les puso grillos para mayor seguridad. Todo esto sucedía en el mes de abril de 1537.

Una pequeña reflexión merece esta serie de hechos. Los castellanos del Cuzco acababan de sufrir un duro asedio, en el que estuvieron todos a punto de perecer. Almagro y los suyos venían de unas jornadas en las que habían pasado por las más duras y agotadoras pruebas. Ambos tenían motivos para desear el descanso y paz que necesitaban. Sin embargo, el amor propio, la inagotable energía de aquellas gentes, no se daba reposo: recorrían cientos de leguas de, la áspera y seca sierra peruana para informarse, para tomar posiciones, para reclamar, para pleitear —con licenciados en leyes de por medio— exhibiendo papeles reales, hablando en nombre de derechos y prioridades e iniciando acciones violentas contra sus propios compatriotas, cuando aún tenían levantada la tierra, con todos sus habitantes desordenados y hostiles.

Si meditamos sobre estos hechos, sobre la anterior historia incaica, de perpetuas guerras y muertes sangrientas e incluso en las posteriores guerras que conturbaron el comienzo de la colonia —las famosas *guerras civiles del Perú*—, la sangrienta sublevación del cruel Gabriel Condorcanqui y el reguero de sangre que dejaron entonces —en el siglo XVIII— uno y otro bando, cabe preguntarse si el enrarecimiento del ambiente, a más de tres mil quinientos metros de altura sobre el nivel del mar, no tendría algo que ver con esta exaltación de los ánimos, con esta distorsión de la más elemental prudencia, con este afán de entrar en acción, de echar mano de la violencia como única solución de los problemas.

Ahora, con el almirante dueño de la ciudad, la soldadesca almagrista saqueaba las casas de los pizarristas más destacados: *Tomábannos nuestras haciendas y caballos*, dice dolorido Pedro Pizarro. Así amanecieron, con gran estupor, las gentes del Cuzco, que se veían sorprendidos por un cambio de gobernador y de situación toda en la que no habían participado y del que no habían tenido noticia.

Era imprescindible para Almagro legalizar cuanto antes esta situación irregular; dar una base jurídica a lo que había conseguido por la fuerza de las armas. Por ello, *pidió a los Regidores, que luego se juntasen y, examinadas las provisiones reales que tenía, las obedecieran y cumpliesen, y aunque, como se ha dicho, había en el Regimiento diversidad de pareceres, por excusar inconvenientes, cuerdamente se acomodaron al tiempo*. En efecto, Almagro *se hizo jurar del Cabildo por gobernador de aquella ciudad y de cien leguas de término, conforme a la provisión de su Magestad*. Esta medida, a todas luces forzada, sólo conseguía posponer lo que ya parecía conducir a una guerra civil inevitable entre *pizarristas* y *almagristas*, aunque seguramente Almagro creía obrar rectamente, de acuerdo con las capitulaciones a él concedidas, y en espera de llegar a un acuerdo definitivo con su socio y amigo, Francisco Pizarro.

Pero para conseguir una pacificación más sólida de la ciudad no bastaba con esta medida, ya que aún quedaban en la ciudad todos los pizarristas con su ejército. Buscó entonces el mariscal a un pizarrista respetado por todos para darle la vara de alcalde. El nombramiento recayó en Gabriel de Rojas, *porque era hombre de gran crédito y autoridad* y, aunque éste al principio se negó, por su fidelidad a los Pizarro, finalmente no tuvo más remedio que aceptar, como único medio de ir pacificando los ánimos, y porque lo hizo *a ruego de los del Cuzco… porque juzgaban que mejor que otro miraría el provecho de la ciudad*.

En cuanto a los indios, la transitoria alianza con Manco había quedado invalidada cuando éste atacó a Almagro, a raíz del incidente de los prisioneros pizarristas que Almagro se negó a entregarle. Continuando con la política de los castellanos de tener un jefe indígena que fuera rey de los indios, Almagro *hizo y dio la borla del Imperio a Paulo, porque su hermano Mango Inca, visto lo que había hecho, se fue huyendo con mucha gente de guerra, a unas muy ásperas montañas, que llaman los Andes*.

Sólo le quedaba una duda al adelantado, que era saber cuál sería la actitud de Alonso de Alvarado, que venía hacia el Cuzco con una fuerza de quinientos hombres y se hallaba cerca de Apurimac. Pero no sería Almagro el que se puso en contacto con él, sino Orgóñez, quien, enterado de la presencia de Alvarado en Apurimac, con Pedro de Lerma y otros capitanes, le envió una carta dándole su versión de lo acontecido en el Cuzco y encareciéndole aceptara la legalidad de la gobernación de Almagro en Cuzco. Esta carta le fue entregada a Pedro de Lerma, quien, como se recordará, había sido destituido por Pizarro en favor de Alvarado. Su rencor hacia Pizarro hizo que diera a conocer el contenido de la carta entre las gentes de Alvarado e inclinara a muchos a favor de Almagro.

Alvarado, entretanto, había recibido otra versión de los hechos de Cuzco, mediante una carta secreta de Hernando Pizarro en la que daba *cuenta de su prisión, encareciéndole mucho la constancia y fe que convenía que tuviese en no desamparar a su hermano*. Reunió entonces Alvarado a sus capitanes y determinaron enviar esta carta al Gobernador, respondiéndole a Almagro que no tomarían ninguna decisión hasta conocer la respuesta de Francisco Pizarro desde la Ciudad de los Reyes.

Envió entonces Almagro a sus parientes —Diego de Alvarado y Gómez de Alvarado— pensando que por ser de su linaje tendrían mayor influencia sobre él, ofreciéndole su amistad, así como mercedes y gratificaciones. Pero Alonso de Alvarado, aunque recibió con gran alegría a sus parientes, a los que no veía desde hacía mucho tiempo, estaba decidido a mantener su fidelidad a Pizarro —incrementada desde que les había puesto al frente de la tropa en perjuicio de Pedro de Lerma— y decidió retener como prisioneros a los enviados de Almagro.

Reacción de Francisco de Pizarro.— Cuando llegó a sus manos la carta que le enviara Alonso de Alvarado, se dirigía Pizarro hacia el Cuzco con más de setecientos hombres de a pie y de a caballo, para socorrer a sus hermanos contra los indios, *porque ninguna cosa sabía del regreso de Don Diego de*

Almagro. La carta preocupó grandemente a Pizarro, quien se dio cuenta de su error al no ceder a que el obispo de Tierra Firme, que había llegado hacía más de un año —en 31 de mayo de 1536—, se reuniera con él y con Almagro para estudiar las capitulaciones con pilotos y cartógrafos. Ahora se daba cuenta de que, al impedir al obispo Tomás de Berlanga que se reuniera con Pizarro, había dado pie a que Almagro se encontrara desengañado e interpretara mala intención en el retraso de la entrega de las provisiones originales.

Pero ya era tarde para corregir el efecto que hubieran podido producir estos hechos y para enfrentarse a ellos tomó medidas jurídicas, sin olvidar las militares. Hizo una probanza en los Reyes sobre el territorio conquistado y ordenó se hiciese una *Información* sobre los límites, escribiendo también una carta al obispo Berlanga. Por otra parte, informó a sus hombres sobre lo acontecido en el Cuzco y *a todos pesaba la violencia usada por el Adelantado y de la prisión de sus hermanos*. A la carta de Alonso de Alvarado contesta dándole las gracias e informándole que piensa resolver el asunto, pero que es importante que entretanto no ceda su puesto.

La «rota» de Abancay.— Pero ya Alonso de Alvarado —como vimos— se había negado a las pretensiones de Almagro y había retenido a los otros Alvarado —emisarios de Almagro— como prisioneros. Previendo un ataque de Almagro, se fortificaba en el puente de Abancay, ordenando a Juan Pérez de Guevara que lo defendiese con gran parte de la infantería, mientras Juan de Rojas defendía el único vado cercano. Lo que no pudo evitar Alvarado fue que Pedro de Lerma fuera convenciendo a muchos para que se pasasen al bando almagrista.

Con todo, a pesar de estas tensiones, no podía decirse que había comenzado ya una guerra entre los dos bandos. Se estaban haciendo tanteo, midiendo fuerzas, afirmando derechos, pero no se había llegado aún a hechos irremediables. Almagro esperaba el regreso de sus emisarios, sin hacer caso a Orgóñez, quien aconsejaba vehementemente que se diese muerte a los Pizarro que estaban prisioneros. En vista de la tardanza de los Alvarado, decidió Almagro salir a su encuentro al mando de un destacamento, pero a los tres días tuvo que regresar precipitadamente a Cuzco, ante las noticias —que luego resultaron erróneas— de que Alvarado marchaba con su gente sobre Cuzco.

En vista de que seguía sin noticias de los enviados, salió de nuevo Almagro, teniendo la fortuna de que uno de sus hombres —Francisco de Chaves— consiguiera hacer prisioneros a treinta pizarristas en una

emboscada, sin derramamiento de sangre. Bien es verdad que muchos de ellos ya iban apalabrados o gobernados por Pedro de Lerma. Esta pérdida de gente que se inclinaba en favor de Almagro, debilitaba sobremanera a Alvarado, quien finalmente comprendió que se trataba de una conjura urdida por Pedro de Lerma y decidió prenderle. Pero Pedro de Lerma, avisado a tiempo, huyó de noche con todos sus amigos.

Todo se volvía a favor de Almagro en Abancay. Entre la gente de Alvarado la gran mayoría estaba ya a favor del mariscal. Este ordenó a Orgóñez que dirigiera las operaciones para atravesar el vado, aunque pronto se supo que *los conjurados con Pedro de Lerma guardaban el paso. Los cuales se le dieron, y aún los animaban para que pasasen sin miedo*. En el bando pizarrista Pérez de Guevara se defendió valerosamente, a pesar de que contaba con pocas fuerzas y entre ellas se encontraban muchos conjurados. Cuando cayó herido, ya nada pudo evitar la derrota de Alonso de Alvarado *sin muerte ni herida de ninguna de las partes* —salvo la de Guevara—, *sólo Rodrigo de Orgóñez pagó por todos, que una piedra que vino desbandada, sin saberse quién la tiró, le quebró los dientes*. Se puso Orgóñez tan fuera de sí que hubiera dado muerte a Alvarado —aunque se le rindió— de no llegar Almagro a tiempo de evitarlo.

Esta fue la *rota* —derrota— de Abancay, primera batalla de las guerras civiles, en la cual, afortunadamente, no había todavía ningún muerto, salvo algún caído en las escaramuzas precedentes. Aunque Almagro tomó personalmente parte en esta batalla, el hombre del día había sido indudablemente Rodrigo Orgóñez, que aprovechó este prestigio y la confianza que en él tenía el mariscal para proponer en el consejo que siguió a la batalla las más duras medidas: que se nombrara gobernador del Cuzco —en nombre del mariscal— a Diego de Alvarado y que éste saliera para el Cuzco con orden de ajusticiar a los Pizarro y a Alonso de Alvarado, cortándoles la cabeza. Llegó aún más lejos Orgóñez, quien propuso —con la exaltación de la victoria— que se reuniese todo el ejército para marchar contra Lima y hacer prisionero a Francisco Pizarro. Almagro accedió en un principio a todo lo que le proponía su lugarteniente, pero el buen sentido de Diego y de Gómez de Alvarado, que conversaron largamente con él por la noche, logró convencerle de lo desatinado de estas medidas y las revocó, con gran disgusto por parte de Orgóñez.

Todo esto había sucedido los días 12 y 13 de julio de 1537.

Negociaciones.— Almagro vuelve al Cuzco, sin hacer caso de la instancia de Orgóñez de atacar al gobernador en Lima, y espera las reacciones de éste ante los hechos consumados de su victoria de Abancay, que al mismo tiempo constituía la primera derrota de las armas pizarristas. No ignoraba que Francisco Pizarro haría todo lo posible en favor de la libertad de sus hermanos. Esta era el arma más fuerte que podía esgrimir el mariscal frente a su antiguo socio y camarada.

Pizarro había deliberado en Lima con sus capitanes, quienes le aconsejaron que enviara una embajada a Almagro para pedirle explicaciones y para rogarle liberara a los hermanos del gobernador. Nicolás de Rivera —a quien se encomendó esta delicada misión— habló con Almagro, pero no logró convencerle de que liberara a los prisioneros. Conocido por Pizarro el fracaso de este primer acercamiento, al tiempo que recibía noticias de la *rota* de Abancay, reunió de nuevo consejo para determinar las medidas que era preciso tomar, desconociendo aún si Almagro actuaba ya en franca rebelión o incluso si entraría en sus intenciones el atacar la Ciudad de los Reyes.

Como quiera que todos sabían que los dos socios se habían entendido siempre, incluso en los momentos de mayor tensión, aconsejaron que se estudiaran las provisiones de Almagro y que Pizarro hiciera lo posible por encontrarse con su socio y amigo. Para ello envió a Gaspar de Espinosa, al licenciado De la Gama, a Diego de Fuentemayor y al factor Suárez de Carvajal. Debían estudiar con Almagro la delimitación de las gobernaciones de ambos y hacer todo lo posible por conseguir la libertad de los Pizarro. Llegaron el 18 de agosto.

Almagro se mantuvo incólume en su postura, pero accedió al fin a que de nuevo el obispo de Panamá estudiara el asunto y que, entretanto, se dividiera el territorio entre los dos. En medio de estas conversaciones, de *un mal súbito*, fallecía el licenciado Espinosa. Almagro no accedió a soltar a los prisioneros y despidió a los comisionados de Pizarro con su contrapropuesta, esperando que Pizarro le diera contestación, ofreciendo marchar hacia la costa para celebrar una entrevista personal con el gobernador. Orgóñez, a lo largo de estas entrevistas, seguía insistiendo en que Almagro no debía mostrar *debilidad* y que convenía acabar con todos y marchar contra la Ciudad de los Reyes.

LA GUERRA QUE EL EMPERADOR NO PUDO EVITAR

Preparativos de Pizarro.— Mientras esperaba en Lima el regreso de sus comisionados desde Cuzco, quiso Pizarro preparar la ciudad para la defensa, temeroso de la actitud de los almagristas. Tomó medidas, tanto para asegurar la disciplina en esos momentos críticos, como para atraerse la voluntad de la tropa. Para garantizar lo primero, *dio una compañía de arcabuceros a Pedro de Vergara, otra de picas a Pedro de Castro, y otra de ballesteros a Juan Pérez. Y por maese de campo confirmó a Pedro de Valdivia, sargento mayor a Villalba, alférez general a Jerónimo de Aliaga*. En cuanto a lo segundo, *con el nombramiento de estos oficios se comenzó a dar dinero a los soldados*.

Ordenó también Pizarro que se construyesen trincheras para la artillería y se fabricasen nuevas armas y pólvora. Para incrementar su ejército, mandó reunir a toda la gente útil de Trujillo, aunque éstos prefirieron hacer un último intento para evitar la guerra, entrevistándose con el gobernador y —según relato de Borregón— *rogándole mirase que tenía partida la hostia con Almagro, y que toda la tierra era de por medio, y pues su Magestad daba a Almagro también gobernación, que se concertasen, y tomase cada uno lo suyo*. Vemos en estas palabras el desconcierto de aquellos castellanos, que personalizaban la disputa en Pizarro y Almagro, como si Pizarro quisiera negarle su gobernación a Almagro, cuando el verdadero origen del problema radicaba en saber si la ciudad de Cuzco caía o no en los límites la gobernación de Almagro.

Mientras se efectuaban estos preparativos bélicos en la ciudad de Lima, llegaban de Cuzco los enviados de Pizarro —con la baja del licenciado Espinosa— comunicando a Pizarro la oferta de Almagro de entrevistarse en la Ciudad de los Reyes.

La entrevista de Mala.— Para salir al encuentro de Pizarro organizó Almagro una fuerte tropa de quinientos cincuenta hombres y, llevando a Hernando Pizarro consigo bien custodiado —pues no se fiaba de quienes quedaban en el Cuzco—, salió hacia la costa, encomendando la hacienda real al tesorero Riquelme.

Hacía bien Almagro en no fiarse de los que quedaban en Cuzco, ya que apenas salido de allí Almagro, los pizarristas que quedaban, capitaneados por Lorenzo de Aldana, sorprendieron a Gabriel de Rojas —que, como recordamos, había sido nombrado alcalde— y, aprisionándolo, le quitaron las llaves de la prisión y pusieron en libertad a Gonzalo Pizarro y a Alonso de Alvarado, que inmediatamente se pusieron en camino hacia la costa, por ruta diferente que la de Almagro para no topar con él. Con esta acción de los pizarristas en Cuzco, se multiplicaron los que bajaban a Lima con quejas sobre los almagristas, confirmando a Pizarro en la idea de que sólo violencia e injusticia había por parte de Almagro.

Entretanto, Almagro continuaba su viaje hacia la costa. Llegado al valle de Chincha —y para ejercer un acto de soberanía y dar señales de autoridad— decide fundar en ese valle el pueblo de Almagro, con toda la solemnidad acostumbrada y nombramiento de los principales cargos. Aunque insistía Orgóñez en que lo más expeditivo era dar muerte a Hernando y, sin más, enfrentarse a Francisco Pizarro, Almagro se resistía y decidió por último enviar unos apoderados a Pizarro, para que se designasen por cada parte *terceros* que decidiesen lo que había de hacerse, hasta que el obispo de Panamá hiciera la demarcación. Almagro, por su parte, designaba como apoderados a Alonso Enríquez y a Diego Núñez de Mercado, que salieron enseguida para Lima o Ciudad de los Reyes, acompañados de otras personas, entre ellos el padre Segovia.

El 10 de agosto de aquel movido 1537, Pizarro salía de Lima, porque no quiso que los enviados de Almagro entraran en Lima, con el riesgo de que intentaran promover alguna conjura. Aunque supo con desagrado que Almagro había fundado en ese valle un pueblo con su nombre, se entrevistó con los apoderados de Almagro y accedió al acuerdo entre *terceros*, designando como delegados suyos a Francisco de Chaves y a Fray Juan de Olías, provincial de los dominicos.

Tuvieron lugar entonces muchos encuentros, conversaciones y opiniones, pero hacia el logro de la paz —según el creer de todos—, si bien Almagro no soltaba a Hernando (como le pedía el gobernador), ni le daba muerte (como

aconsejaba Orgóñez), ni lo enviaba preso a Castilla (como le aconsejaban los más prudentes) para que allá se sustanciaran la acusaciones de usurpación, abuso de los indígenas, violación de la paz, etc.

Transcurrieron meses hasta el 10 de octubre, en que determinaron los representantes de cada partido nombrar juez árbitro que decidiera, eligiéndose a fray Francisco de Bobadilla, hombre que gozaba de buen crédito, aunque algunos —entre ellos Orgóñez— le consideraban más inclinado a favor de Pizarro. Por la intervención de este fraile se acordó que hubiera una entrevista entre los dos gobernadores en Mala, donde se estudiarían los papeles originales de cada uno. Sólo iría cada uno acompañado de doce caballeros desarmados, jurando todos pleito homenaje de que no usarían de armas ni de engaños mientras durasen los tratos.

Gonzalo Pizarro, sin que su hermano tuviera conocimiento de ello, había ido secretamente hasta las proximidades de Mala con un fuerte destacamento y con intención de hacerse con el mariscal. Ignorando esto ambos interlocutores, tuvo lugar la entrevista. Por primera vez no hubo muestras de afecto entre los dos amigos, pues, si bien Almagro se dirigió afectuoso hacia el gobernador, éste se limitó a llevarse la mano a la celada y a hacer una fría reverencia. En este momento fue avisado Almagro de la trampa que le quería tender Gonzalo Pizarro, comunicándoselo Francisco Godoy, quien había preparado un caballo para el mariscal en el lugar donde se celebraba la entrevista. Salió Almagro abruptamente, salvando con ello su libertad, aunque había dejado instrucciones a Orgóñez —que había quedado en Chincha— de que, si algo le sucedía, diera muerte inmediatamente a Hernando.

Pizarro quedó sorprendido y envió al propio Godoy en seguimiento suyo, dándole toda clase de garantías para que regresara a Mala, a lo que sé negó Almagro. Finalmente —y aunque hubo de ser a través de representantes— se llegó a una acuerdo el 24 de noviembre en Limahuana. Por este acuerdo Hernando quedaría libre, Almagro retendría el Cuzco hasta que el rey dispusiera en firme y en veinte días se desharían los dos ejércitos. Al firmarse los acuerdos se depositaba una fianza de 200.000 escudos —100.000 para el rey y otros tantos para el que se mantuviera obediente— y se prestaba en los dos ejércitos pleito homenaje de caballeros, que constituiría la mayor seguridad de que cada una y todas las partes del convenio serían cumplidas. Almagro, en efecto, puso en libertad a Hernando, tomándole el pleito homenaje, pasando éste a reunirse con su hermano. Parecía resuelto temporalmente el conflicto, pero los ánimos estaban ya demasiado exaltados y la amistad entre los dos gobernadores rota de modo irreconciliable.

Estos hechos suscitan un nuevo comentario. Un escritor ha dicho que cuando el español pasaba a las Indias se convertía en un hombre nuevo. Lo que acabamos de narrar es la palmaria contradicción de esta idea: el español que pasaba a las Indias llevaba consigo todo el bagaje de sus prejuicios, de sus formas y de sus formulismos. Es más: esto es tan cierto en el orden individual como en el colectivo. Los hombres de Pizarro y Almagro tenían sus huestes —pizarristas y almagristas—, se integraban gustosamente en la rivalidad, porque —como extremeños que eran en su mayoría— estaban habituados, desde generaciones, a las guerras y luchas señoriales, que los Reyes Católicos, apenas cincuenta años antes, habían erradicado de aquellas tierras de frontera. Los cambios de postura, la inversión de fidelidades, el tomar cualquier pretexto para renovar hostilidades —típico de estas luchas intestinas— eran características y hábitos que se reproducirían en las Indias casi inmediatamente.

Cuando Pizarro regresó a Lima desde Limahuana, tuvo noticia de que Pero Ansúrez, al que enviara a España en los momentos de gran peligro de una sublevación indígena, había regresado y que, aparte de traer a 100 hombres con él, traía órdenes del emperador —que la reina había firmado en 13 de noviembre de 1536, más de un año antes— para que cada gobernador se limitase a explorar en sus territorios, y no se *entremetiese* en los de sus vecinos. Estas órdenes iban por igual para Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Pedro de Mendoza, cuya gobernación, aunque iniciada por el Atlántico, limitaba al Occidente —al menos en el mapa— con las de los otros dos gobernadores. Acertadísima intuición la del emperador al dictar estas órdenes, aunque el retraso en conocerse había de producir el efecto contrario al previsto por el rey.

Pizarro entendió que esta orden real dejaba sin efecto el pleito homenaje, ya que existía una nueva situación *de facta*: que Almagro se había *entremetido* en Cuzco, gobernación que no le correspondía, con lo cual todo volvía a la raíz y origen del conflicto. Meditó Pizarro que, por encima de todo acuerdo entre súbditos, estaba la voluntad real y así mandó comunicar a Almagro *que no tenía por firmes las Capitulaciones… que por tanto mirase lo que convenía hacer, porque aunque habían jurado, les convenía obedecer a unas Provisiones Reales que habían llegado, y que cumpliéndoles, como el Rey lo mandaba, quedaban libres de los juramentos*.

Almagro contestó en los mismos términos: que el Cuzco estaba en su gobernación, pero que, aunque no lo estuviere, habían firmado una capitulación, con el juramento de un pleito homenaje de cumplirla, de que se

le entregaba Cuzco mientras se delimitaban las gobernaciones. Y añadía una protesta terminante: que si algo pasaba, que no se le acusara a él —Almagro — de haber hecho o promovido la guerra. Lo cierto es que la guerra estaba ya determinada.

Preliminares de la batalla.— Los Pizarro se armaron y reclutaron gente —aunque pobladores de Quito, Trujillo, Jauja y otros lugares le pidieran a Pizarro que los licenciara y que no promoviera la guerra—, se nombró superintendente y gobernador de Cuzco a Hernando Pizarro y a Gonzalo capitán de la tropa, mudándose todos los nombramientos anteriores, con el fin de que los que se hacían cargo de los mandos no estuvieran sujetos por el juramento del pleito homenaje.

Almagro, por su parte, dividido su ejército para mayor seguridad, encaminaba a los suyos hacia el Cuzco —ciudad origen de la discordia y auténtica obsesión de Almagro y de sus seguidores— deseando entrar lo antes posible en la ciudad y fortificando, sobre la marcha, los pasos más importantes. Como llevaba a Pulo-Tupac consigo, contaba con la colaboración de los indios, que acumulaban *galgas* —piedras— en lo alto de los desfiladeros para arrojarlas sobre el enemigo si avanzaba por allí.

Pizarro, que se sentía ya cansado y descorazonado por este enfrentamiento con el que había sido siempre su amigo, decidió poner al frente de sus tropas a Gonzalo, su hermano. Pero Hernando había persuadido secretamente a todos de que le votasen y consiguió que convenciesen al gobernador para que le confiase a él el mando. Finalmente Gonzalo Pizarro iba con el título de capitán general y Hernando con el de superintendente, gobernador y cabeza de aquel ejército.

Rodrigo Orgóñez, que se iba retirando prudentemente por la sierra, propuso un proyecto audaz: abandonar la sierra y caer sobre Lima, aprisionando al gobernador, lo que no sólo pondría muchos triunfos en sus manos, sino que además les permitiría, por la posesión de un puerto, poner en conocimiento del rey todas las anomalías sucedidas, los juramentos falsos, los abusos de los Pizarro con los indios y, en fin, todas las quejas que figuraban en el proceso que se le había abierto a Hernando en Cuzco, y que había quedado en suspenso —pero no cancelado— cuando se le puso en libertad, en virtud del acuerdo de Limahuana.

Pero eran opuestos a esta idea Gómez de Alvarado, Francisco de Chaves y Vasco de Guevara, cuyo criterio prevaleció. La idea fue desechada y los almagristas continuaron hacia el interior, para ofrecer en Cuzco resistencia a

los pizarristas, corriendo así hacia su perdición, su derrota y su muerte. En el camino enfermó el mariscal, hasta el punto de temer por su vida, pero una corta estancia en un valle abrigado le devolvió el apetito y las ganas de vivir. Allí tuvieron más noticias del avance de Hernando y se volvió a dudar de la conveniencia de dar o no el golpe audaz de Lima, o marchar al Cuzco, decidiéndose nuevamente esto último.

Hernando, en efecto, avanzaba con ochocientos hombres de a pie y de a caballo, por Nazca, camino de la sierra. Su intención era ir zigzageando para despistar a Almagro y que no le intentara cortar el puente del río Acha, por donde quería aparecer a sólo diez leguas del Cuzco. Con esta táctica llegó Hernando hasta la provincia de Aymaraes, donde logró aprisionar a un almagrista, llamado Lora, por el cual supo que ya estaban todos los almagristas encerrados en Cuzco.

La noticia era cierta. Aunque la mayoría de los hombres sufrían el *soroche* —mal de altura—, era tanta la impaciencia de Almagro por encerrarse en Cuzco, que apenas sintió unos escuchas en los caminos y un mínimo retén de cinco hombres defendiendo el puente del Acha. Establecidos por fin en Cuzco, Almagro y Orgóñez se dispusieron a organizar la defensa. Como primera medida —y para evitar cualquier deslealtad en la ciudad— mandaron aprisionar a aquellos hombres que más se habían distinguido anteriormente como partidarios de Pizarro, ordenando la muerte —para escarmiento— de Villegas, que intentó huir para sumarse al ejército de Hernando.

Este se aproximaba rápidamente a Cuzco, sin prestar atención a los consejos de Alvarado, que le recomendaba mayor prudencia, reprochándole Hernando la excesiva parsimonia con que había avanzado la última vez hasta Abancay. La noticia de este rápido avance, que ya había dejado atrás Nazca y los Aymaraes para acercarse a diez leguas de la ciudad, y que el ejército pizarrista contaba con una nueva fuerza de ochocientos hombres, llegaba a la ciudad de Cuzco y promovía un consejo de guerra.

Para entonces el propio mariscal, muy enfermo y débil, deseaba más la paz que la guerra y así le dijo a Orgóñez que el rey sería mejor servido si se llegaba a una solución pacífica del pleito. Pero en el punto al que habían llegado las cosas, razón tenía Orgóñez cuando aseguraba que *los requerimientos pasados no habían aprovechado* y sólo quedaba una solución: combatir.

Reunido el consejo de guerra, los más prudentes estimaban que la mejor táctica era la de cerrar las calles de acceso con artillería, con lo cual podrían resistir a cualquier ejército, por numeroso que fuera. Pero Orgóñez quería

dilucidarlo todo en una batalla en campo abierto, a lo que también le inclinaba un reto que le había lanzado Hernando —por medio de un emisario— indicándole que sobre la armadura llevaría un juboncillo anaranjado, *y que le enviaba aquel aviso para que si él o cualquier otro le quisiese buscar, le hallase por las señas*. Así consiguió Hernando la batalla en campo abierto, que le convenía más que el asalto a una ciudad fortificada.

Batalla de Las Salimas.— Salió la tropa de Almagro, a las órdenes de Orgóñez, con unos quinientos hombres, de los que unos doscientos eran de caballería. El mariscal, enfermo, hubo de quedarse con Noguerol de Ulloa, que también se encontraba doliente, al cuidado de los prisioneros. Orgóñez, que tanto se había distinguido en otras campañas, iba a conducir a los suyos al desastre. Debió situarse en lugar abierto donde su caballería —superior a la de Hernando— hubiera podido combatir mejor. Pero al llegar a Cachipampa —campo de la sal, en quechua— o de Las Salinas, dispuso su tropa a la espera de la de su enemigo, encerrándole junto a un riachuelo. Paulo-Tupac, que seguía considerándose aliado de Almagro, quien le había otorgado su alta dignidad incaica, salió también con Orgóñez acompañado de una milicia de seis mil indios.

A última hora, Almagro decidió salir al campo de batalla, como había hecho en las ocasiones anteriores, aunque tuvieron que llevarle en una silla de mano, *para dar ánimos a los suyos*. Era la semana de dolores anterior a la Semana Santa de 1538.

Hernando Pizarro organizó su hueste casi del mismo modo que Orgóñez, y a la mañana del 6 de abril, víspera del Domingo de Ramos, comenzó la batalla. Pedro de Lerma buscó y halló con la vista a Hernando Pizarro, y arremetió contra él, pero aunque hizo arrodillar a su caballo de una embestida, tuvo peor fortuna que Hernando, quien, hiriéndolo *malamente* en una pierna, consiguió derribarlo.

Orgóñez, que era tan buscado por los pizarristas como los almagristas buscaban a Hernando, fue rodeado y, aunque luchó denonadamente, tuvo que rendirse. En el momento en que iba a entregar su espada a un caballero, lo derribó por detrás un criado de Hernando, *como quien iba Instruido por su amo* —según los cronistas— y lo degolló inmediatamente. Durante la batalla, que duró dos horas, muchos almagristas se pasaron al campo enemigo, lo que precipitó la derrota. Muerto Orgóñez, ya nada quedaba por hacer y *se declaró la victoria por los Pizarros*, dice escuetamente Herrero.

La victoria se manchó con crueldad innecesaria, ya que los pizarristas que habían sido víctimas de la derrota de Abancay, queriendo tomarse el desquite,

remataban a los heridos o acuchillaban a los que huían, y así cayó Ruy Díaz, al que un amigo llevaba en el anca del caballo, y el mismo Pedro de Lerma —ya malherido— fue rematado.

Esta batalla tuvo como fondo el ulular de los indios, que veían satisfechos cómo se destruían entre sí los españoles. ¿Qué parte habían tomado los seis mil indios que Paulo-Tupac había llevado como acompañantes de Almagro? Si hubieran intervenido, es posible que la suene de la batalla de Las Salinas hubiera sido diferente. Pero se mantuvieron como espectadores, esperando. Al final se lanzaron al campo de batalla para despojar a los muertos de sus vestiduras, botas, cotas y cascos. Esta codicia fue la que salvó a todos los españoles —de los dos bandos—, pues todos habían quedado muy maltrechos después de dos horas de bregar unos contra otros.

Si los indios no se hubieran entregado al saqueo, sino que ordenadamente —como parece que tenían concertado— hubieran arremetido contra los españoles, a buen seguro que hubieran recuperado la capital de su antiguo imperio. Reunido este botín y todos sus bienes, se encaminaron a la sierra de Vilcabamba, donde permanecerían mucho después de que los primeros conquistadores hubieran muerto, hasta tiempos del virrey Toledo, gobernados por la misma dinastía a la que habían permanecido los últimos incas.

PRISIÓN Y MUERTE DE UN MANCHEGO ILUSTRE

Había concluido la batalla al tiempo que caía una intensa lluvia, con un trágico balance de muertos por ambos bandos, aunque las pérdidas de los almagristas habían sido mucho mayores que las de los pizarristas, pues murieron en el bando de Almagro los capitanes Moscoso, Salinas y Hernando de Alvarado, y hasta doscientos hombres, en tanto que Hernando sólo contaba veinticinco o veintiséis bajas.

Demasiado tarde llegaba Valverde, que había sido proclamado obispo de Cuzco, por marzo de 1538, a poner paz en aquella tierra que había antes ayudado a conquistar. Pizarro recibía en Lima con alegría la noticia de la victoria de los suyos, pero muy empañada por la amargura de que su disputa con Almagro hubiera tenido que resolverse por la fuerza de las armas y a costa de la muerte de tantos compatriotas.

Almagro, ante la mala fortuna de sus armas y antes de finalizada la batalla, se retiró con algunos caballeros a la fortaleza de Cuzco, tal vez para hacerse fuertes allí o para resistir a las primeras violencias vengativas de Hernando, que tanto odio albergaba contra él. Pero se lo impidió Alonso de Alvarado, que lo hizo prisionero y lo llevó a encerrar en el mismo cubículo donde él había tenido preso a Hernando.

Tras apresar a aquellos que más se habían distinguido como capitanes de Almagro —como medida de seguridad—, entre los que se contaban Diego y Gómez de Alvarado, Juan de Saavedra, Gabriel de Rojas, Juan Ortiz de Zárate y muchos otros, Hernando mandó comunicación por medio de *chasquis* —correos indios— a su hermano Francisco de todo lo ocurrido. No están conformes los cronistas de si hubo o no saqueo de las propiedades de los almagristas en el Cuzco, pues así como Pedro Pizarro —familiar de los

vencedores— dice que no, otros afirman que sí hubo despojo. Sí se dio una muestra de mezquina venganza al colocar Hernando Pizarro la cabeza de Orgóñez en lo alto de un palo, en mitad de la plaza. Tremenda represalia *post mortem*, ya que Rodrigo Orgóñez había sido muerto en batalla y no juzgado y condenado en juicio, por lo que no podía ser infamado.

Una vez anunciada su victoria al gobernador, Hernando se dedicó a la difícil tarea de organizar la ciudad tras esta breve pero cruenta guerra. Tenía que complacer a los vencedores, pero no podía tampoco desagraviar en exceso a los vencidos para evitar un posible motín. A todos daba largas con la excusa de que aguardaba a su hermano. La situación en el Cuzco, conviviendo vencedores y vencidos, con un numeroso ejército forzosamente ocioso, era extraordinariamente inestable y hasta peligrosa, por lo cual Hernando fue dando licencia a muchos capitanes para que organizaran grupos de exploración, o simplemente regresaran a las ciudades de las que eran vecinos.

Política de pacificación de Hernando.— El primero en pedir licencia y obtenerla de Hernando fue Alonso de Alvarado, quien quería regresar a su gobernación de Chachapoyas. Hernando le solicitó llevase consigo a Almagro *el Mozo* para entregárselo al gobernador, su hermano, *porque quiso apartarlo de la presencia de los soldados de su padre*. Partió también Pedro de Candía, el artillero griego de las primeras expediciones, con una fuerza de trescientos hombres, para explorar el territorio de Ambaya, al otro lado de los Andes. Los Mesa, canarios, partieron hacia el Collao. Hernando, dándoles licencia para partir, descongestionaba la ciudad de ociosos. Los que no eran afectos a Hernando tuvieron también *puente de plata* cuando solicitaron partir.

¿Qué esperaba Hernando teniendo prisionero a Almagro y habiéndoselo comunicado a su hermano, el gobernador? En primer lugar, buscaba dar forma legal a todo, presentando a los derrotados almagristas como transgresores de la ley y como traidores a los intereses de la Corona. Por otra parte, no le llegaban instrucciones concretas de Lima acerca de lo que había de hacer con su prisionero. Y la situación era difícil para tomar una decisión por su cuenta. Si enviaba a Almagro a Lima, era posible que sus partidarios, desperdigados por la sierra, consiguieran libertarlo. Hernando se debatía en dudas y —para ir ganando tiempo— ordenó abrir proceso a Almagro.

Una vez abierto el proceso, acudieron numerosas personas —como ocurre siempre— a *ayudar al vencedor* con sus testimonios. Los escribanos no daban abasto a escribir las declaraciones y, al poco tiempo, el montón de los pliegos

llegaba a la cintura de un hombre. Cuando estaba en ello, le llegaron noticias alarmantes que confirmaban en cierto modo sus suspicacias y temores de que partidarios de Almagro se disponían a liberarlo. Estas noticias eran que, habiendo fracasado Pedro de Candía en su expedición, se había reunido con gentes de Almagro en el Collao y se dirigía con una bien organizada tropa hacia el Cuzco, siendo su intención tomarlo, liberar al mariscal y matar a Hernando.

En estas referencias había de verdad y de falso, producto de la fluctuante actitud, rencillas y temores de las gentes. Lo cierto es que Candía no sabía nada, pues era *dormido* —como dicen los papeles de la época— o de poco entendimiento, pero los que habían animado a que se acercara al Cuzco, sí tenían las intenciones de que tuvo noticia Hernando. Hernando, que posiblemente habría esperado a la llegada de su hermano Francisco antes de tomar decisiones definitivas en cuanto a la prisión de Almagro, se vio obligado a acelerar los trámites del proceso. Juzgó que, si salía del Cuzco para aprisionar a los amotinados de Candía, *estaba cierto que los que estaban en la ciudad, moverían para sacarle de la prisión*.

La acción de Gonzalo de Mesa, que era quien movía a la gente de Candía hacia Cuzco, determinó la muerte de Almagro. Así, Garcilaso dice que *a los principios no tuvo Hernando Pizarro intención de matarle, sino de enviarle a España, con la información contra él hecha. Mas como se vio que se tomaba a mal su prisión, y que muy al descubierto decían que lo habían de soltar… oyendo estas cosas Hernando Pizarro, y sabiendo en particular que uno de sus capitanes, llamado Gonzalo de Mesa, que le había servido como capitán de su artillería… trataba de salir con sus amigos al camino, y soltar a Almagro cuando lo llevasen preso, se precipitó y determinó de matar a Don Diego, por parecerle que quitándole de en medio, se acabarían aquellas pasiones*.

Almagro, entretanto, pidió varias veces que lo visitara Hernando, pero éste sólo fue en una ocasión, en la que Almagro le reprochó su situación, recordándole que cuando él estuvo preso en el mismo sitio, su condición y trato habían sido mejores. Hernando le dejó entender que se estaba sustanciando el proceso hasta que llegara el gobernador, o hubiera que mandarlo a Lima. Pero en su fuero interno —como hemos visto— ya sabía que Almagro estaba condenado a la última pena.

Los cargos, finalmente, fueron los mismos de siempre: que se había apoderado de una ciudad que no le pertenecía, que había atacado a Alonso de Alvarado en Abancay —sin que éste le hubiera hecho agresión alguna—, lo

que había sido causa de muertes, etc. Se olvidaba en los cargos —y subsiguiente sentencia— que todo aquello había sido absuelto y olvidado en Limahuana, cuando se había llegado a un acuerdo entre las dos partes, prestando pleito de homenaje con juramento de cumplirlo.

Almagro fue condenado a muerte. *Dada sentencia de muerte contra el Adelantado Don Diego de Almagro, mandó Hernando Pizarro que un fraile lo fuese a decir*.

Al conocer Almagro la decisión de su enemigo y juez, pidió verle nuevamente, a lo que accedió Hernando, lo que dio lugar a una tensa y violenta entrevista, en la que el mariscal le recordó todo lo que los Pizarro le debían, desde el comienzo de su amistad y sociedad, y cómo él había sido prácticamente el escabel sobre el que se habían alzado hasta la posición que entonces tenían. Le recordó también el trato que le había dado cuando lo tuvo prisionero y pudo haberle dado la misma pena en el proceso que se le abrió.

Pero Hernando no se conmovió, ni cambió un ápice su decisión, aconsejándole que —ya que era cristiano— se encomendara a Dios y se confesara. Vio en ello una posibilidad, un último resquicio para salvar su vida el acongojado ánimo de Diego de Almagro, negándose a confesar, pensando no se atreverían a matarlo sin confesión, e insistiendo en que se enviara su proceso al rey, para que éste decidiera si era o no culpable. Pero, viendo que de nada le valía esta gracia, decidió hacer testamento.

Almagro, que había sido siempre generoso, incluso demasiado liberal con sus bienes, no faltaba a su costumbre en el testamento. Ya que el rey le había dado licencia para designar sucesor en la gobernación, se la dejaba a su hijo, encargando como administrador, hasta la mayoría de edad de éste, a Diego de Alvarado. Nombró heredero universal de sus bienes al rey, si bien, calculando que habría mucha fortuna en la liquidación de la sociedad que tenía con Pizarro, rogaba a Su Majestad que hiciera gracia de todo ello a su hijo.

Muerte de Diego de Almagro.— Hernando decidió que la muerte de Almagro se llevara a cabo en secreto, temeroso de una reacción popular, y ordenó que se le diera garrote en la propia cárcel, sacando luego su cuerpo hasta la plaza, mientras el pregonero iba gritando: *¡Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad, y Hernando Pizarro en su nombre, a este hombre, por alborotador de estos Reinos, y porque entró en la ciudad del Cuzco con banderas tendidas, y se hizo recebir por fuerza, prendiendo a la Justicia, y porque fue a la puente de Abancay, y dio batalla a Alonso de Alvarado, y le prendió, y a otros, y ha hecho delitos y dado muertes…!* Tal y como era

costumbre con los juzgados y condenados a muerte, fue degollado en la plaza, aunque ya muerto.

Era notorio que aquél había sido un proceso político y no jurídico, ocasionado por las rencillas de bandería y la disputa de las jurisdicciones limítrofes, que habían de desencadenar aquella tragedia. Tras amortajar el cuerpo de Almagro en casa de Hernán Ponce de León, fue llevado a enterrar al convento de la merced, acompañando Hernando el cuerpo de su enemigo en el cortejo fúnebre.

Francisco Pizarro, mientas Almagro estaba preso, decidió pasar al Cuzco —como se recordará— para hacerse cargo él mismo de la situación allí y determinar lo que había de hacerse con Almagro. Estaba en Jauja, descansando de las jornadas que le habían traído desde Lima, cuando llegó la escolta que traía a Almagro *el Mozo*, al que recibió con gran cariño y pruebas de afecto, pues lo disputaba como sobrino suyo, ordenando que lo llevaran a su propia casa y encomendando que lo trataran —a él y a Gómez de Alvarado, que lo acompañaba— de modo *que no hallasen de menos su persona*.

Cuando se iba a partir para el Cuzco, se le acercó a despedirse *el Mozo* de Almagro y le dijo —llorando como un niño que casi era—: *Señor, acordaos de la antigua amistad que tuvisteis con mi padre, no permitáis que contra él se baga nada deshonroso, ni que se le quite la vida, pues aunque vuestro hermano pregona que no lo hará, el convencimiento general es que le dará muerte*. A ello, visiblemente emocionado, como testifican escritos de testigos presenciales, le contestó el gobernador: *No temas, hijo mío, no tengas cuidado. Tu padre vivirá y yo volveré a tener con él la antigua amistad*.

Los hechos que ya conocemos impidieron que estas últimas palabras de Francisco Pizarro pudieran cumplirse, como él mismo iba a saber muy pronto. Al llegar al puente de Abancay, que tan importante papel jugó en todos estos acontecimientos, oyó sonidos de trompeta, tocando victoria y se alarmó, creyendo que se trataba de nuevas alteraciones. No se serenó su ánimo al saber que no había tal, sino que su hermano Hernando había ejecutado a Almagro en el Cuzco. Se inmutó ante la noticia con profundo dolor y emoción. Paró el caballo y bajó la vista al suelo, procurando disimular la tremenda emoción que sentía. Mayor fue su padecimiento cuando supo el modo como se había llevado a cabo la muerte del que fuera su compañero, socio, amigó y camarada en la empresa de abrir el camino al Perú.

Balance de una vida.— Cincuenta y ocho años tenía Almagro cuando fue ajusticiado. Pero realmente su vida había sido mucho más corta. No cuentan en ella los años oscuros, sino aquellos en que hizo algo trascendente, y aquellos corren desde 1524 a 1538. Catorce años intensísimos, en los cuales había organizado —demostrando dotes para ello— tres armadas, había efectuado varios viajes por la costa, había arriesgado todos sus bienes, había batallado en las costas —perdiendo un ojo— y en las sierras de miles de metros de altura, había atravesado desiertos y ganado batallas a su amigo y gobernador. Pero se había perdido por su ambición de poseer Cuzco y por su debilidad frente a la intriga.

El epitafio que le dedica Antonio de Herrera y Tordesillas, al escribir su muerte, setenta años después, es patético en su cruda sencillez: *Hombre de cuerpo pequeño, feo rostro, especialmente después que perdió un ojo en la guerra… fue natural de Aldea del Rey, y de muy humildes padres*. En estas breves palabras se encierra todo lo que fue Diego de Almagro. Salido de la nada, gracias a su tesón, es uno de los pocos que puede hacerse cargo en Panamá de la arriesgada aventura de ir *al Levante*. Desde el planteamiento inicial, Almagro fue el oscuro de la infraestructura indispensable. Sin embargo, llegado el momento, compartía con los demás los sufrimientos y las fatigas, con una resistencia física de mocetón extremeño, con un ánimo decidido, impaciente y valeroso, de hombre de vanguardia. Pero tímido, irresoluto ante los consejos de los demás, hallando en sus segundos, y muy en particular en Rodrigo de Orgóñez en la etapa final, el complemento que necesitaba para encontrar la dureza que las circunstancias de tiempo y lugar exigían entonces.

De muy humildes padres, pudo alcanzar la hidalguía que le concediera el rey y comportarse como caballero, con la cortesía de los señores, en sus entrevistas con Pedro de Alvarado, en el encuentro para evitar su intromisión en Quito, en sus tratos con licenciados y frailes, en los momentos de prestar juramento de pleitos homenajes. Señorial en el manejo del dinero y de los bienes terrenales, como cuando repartía las riquezas legítimamente adquiridas en el reparto de los botines, bien para animar a las gentes —como en el momento de partir a Chile— o bien para alentarles con gran serenidad, como demostró al romper los pagarés al regreso de aquella desgraciada expedición.

De ánimo acerado, que no le permite cejar en ningún momento, ni cuando enfermo abandona a los suyos, haciéndose llevar en una silla al combate de Las Salinas, *para darles ánimos*.

Pertenecía a aquel género excepcional de los que nacieron en *Castilla, que face a sus hombres y los desface*.

BIBLIOGRAFÍA

lvarez Rubiano, Pablo, 1940, *Pedrarias Dávila*, C. S. I. C., Madrid.

allesteros Gaibrois, Manuel, 1940, *Francisco Pizarro*. Col. «La España Imperial», Biblioteca Nueva, Madrid.

1941, *Recuerdo y presencia de Francisco Pizarro,* Premio del Concurso Nacional, Madrid.

1963, *Descubrimiento y conquista del Perú,* Salvat Eds., Barcelona.

1976, *Diego de Almagro*, Ministerio de Información y Turismo, Madrid.

arón Castro, Rodolfo, 1943, *Pedro de Alvarado*, Madrid.

orregán, Alonso, 1948, *Crónica de la conquista del Perú,* Sevilla.

usto Duthurburu, José Antonio del, 1964, *Diego de Almagro*, Lima.

1965, *Francisco Pizarro. El marqués gobernador*, Rialp, Madrid.

ieza de León, Pedro, 1985, *Crónica General del Perú*, Col. «Crónicas de América», HISTORIA 16, Estudio y notas de Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid.

1985, *El Señorío de los Incas*, Col. «Crónicas de América», HISTORIA 16, Estudio y notas de Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid.

1986, *Descubrimiento y conquista del Perú*. Col. «Crónicas de América», HISTORIA 16, Estudio y notas de Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid.

stete, Miguel de, 1924, *Relación de la Conquista del Perú*, Lima.

errera y Tordesillas, Antonio de, 1935-50, *Historia de los hechos de los castellanos en Tierra Firme e islas del Mar Océano,* Ed. de la Real Academia de la Historia, Madrid.

ellafe, R. y Villalobis, S., 1954, *Diego de Almagro*, Universidad de Chile, Santiago.

urúa, Fr. Martín de, 1962, *Historia General del Perú,* Joyas Bibliográficas, Estudio y notas de Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid.

árate, Agustín de, 1944, *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*, Lima.

CRONOLOGÍA

	ORELLANA	AMERICA	ESPAÑA	EUROPA
1480	Nacimiento.	Culturas indígenas.	RR. CC. Cortes de Toledo.	Iván III de Moscú se auto-designa zar.
1514	Embarca para las Indias.	Vasco Núñez, designado adelantado de la Mar del Sur.	Regencia del Rey Católico.	Los portugueses, en China.
1519	Residente en el istmo.	Fundación de Panamá.	Cortés inicia la conquista de México.	Muere Maximiliano y queda el trono imperial vacante.
1522	Se asocia con Pizarro y Luque.	Penetración española en Centroamérica, así como en Sudamérica. Alvar Núñez explora en Norteamérica.	Guerras contra Francia. Batalla de Bicoca.	Los franceses son expulsados de Milán.
1525	Salida de Pizarro y espera de Almagro, que le sigue.	Llegada de la segunda expedición de franciscanos a México.	Creación del Consejo de Indias.	24 de febrero, batalla de Pavía y prisión de Francisco I de Francia.
1526	Nombramiento de Almagro como capitán, y 10 de marzo, escritura de la sociedad.	Exploraciones de Cabeza de Vaca entre el Mississippi y el California.	14 de enero, tratado de Madrid con Francisco I.	Luchas confesionales. Dieta de Spira.
1527	8 de enero, sale en busca de Pizarro.	Penetraciones por Santa Marta y Venezuela.	Segunda guerra con Francia.	«Sacco di Roma» por las tropas imperiales.
1528	Espera tensa en Panamá, en tanto Pizarro pasa a España para ver al rey.	Los Welser adquieren la gobernación de Venezuela.	Carlos V en Toledo. Llega Hernán Cortés a España.	Muerte de Durero en Nüremberg.
1529	Junio, Pizarro firma las capitulaciones en Toledo. Almagro, en Panamá.	22 de abril, establecimiento de línea demarcatoria con Portugal en el Pacífico.	Carlos V, en las Cortes de Monzón. Tratado de Barcelona.	Paz de Cambray y segunda dieta de Spira.

1530	Diferencias entre Almagro y Pizarro, y avenencia.	Intentos de colonización de los Fugger en las costas occidentales de Sudamérica.	Carlos V en Bolonia para la coronación imperial.	Liga de Smalkalda (31 dic.).
1531	Salida de Pizarro para el Perú y Almagro prepara la expedición de retaguardia.	Crisis en la colonización de Venezuela.	Carlos V reafirma su postura católica.	La iglesia inglesa se separa de Roma.
1532	Presionado por el Cabildo, Almagro sale con la expedición de ayuda, camino del Perú.	Muerte de fray Tomás Ortiz, que iba a informar sobre la situación de Venezuela.	Carlos V hace la paz con los protestantes.	Los turcos llegan a Hungría.
1533	14 de abril, llegada de Almagro a Cajamarca y reparto del rescate.	Fundación de Cartagena de Indias por Pedro de Heredia.	Carlos V y la emperatriz Isabel están en el reino de Aragón.	El rey de Francia se alía con los turcos.
1534	Almagro, ya mariscal, arregla los tratos con Pedro de Alvarado.	Exploraciones en la costa septentrional sudamericana.	Fundación de la Compañía de Jesús.	Enrique VIII de Inglaterra promulga las Actas de Supremacía. M. Ángel comienza a pintar *El juicio final*.
1535	Almagro, en Cuzco mientras Hernando Pizarro consigue concesiones para él, en España. Firma de capitulaciones con Pizarro (el 12 de junio), y sale para Chile.	Se crea el virreinato de Nueva España (México).	Campañas de Carlos V contra los berberiscos y conquista de La Goleta.	Es ejecutado Tomás Moro en Inglaterra.
1536	Exploraciones en Chile y llegada de nueva gente, con su hijo.	Exploraciones en la actual Colombia por Jiménez de Quesada.	Carlos V invade la Provenza en la tercera guerra con Francia.	Calvino, en Ginebra y muerte de Erasmo en Basilea.
1537	Abril. Almagro aprisiona en Cuzco a los hermanos Pizarro. Reunión en Mala con Pizarro.	Conquista del territorio de los muiscas por Jiménez de Quesada.	Guerra con Francia.	Los turcos avanzan hacia Austria, desde Hungría.
1538	Batalla de las Salinas, prisión de Almagro por Hernando Pizarro y ejecución de Almagro.	Jiménez de Quesada continúa la conquista de la sabana de Bacatá.	Tregua de Niza.	Las flotas italianas y españolas llegan a los Dardanelos, y Fernando de Austria es nombrado Protector de Hungría.



MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS. Nacido el 11 de junio de 1911 en Sevilla y fallecido el 30 de noviembre de 2002 en Madrid.

Historiador y antropólogo español, fue catedrático de Historia General de la Cultura en la Universidad de Valencia y, posteriormente, de Historia de América de la Universidad Complutense de Madrid. Fue director del Seminario de Estudios Americanistas redactor jefe de la *Revista de Indias*, director de la revista *Historia 16*, miembro del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del C. S. I. C. y de la Real Academia de la Historia.

En sus más de 60 años dedicados a los estudios históricos y antropológicos de América y España, Manuel Ballesteros es responsable de una lista inmensa de trabajos, más de 600, entre libros, ensayos, apuntes, conferencias, etc.